

Etel Schulte

LA BARCA DE LAS ALMAS

Una novela donde los
Misterios Sagrados toman Vida

errepair

Etel Schulte

LA BARCA
DE LAS
ALMAS

(Novela)

Los derechos autorales son donados para la divulgación de la Doctrina Espírita y para la ayuda social que promueven las Sociedades Espíritas Argentinas.

© 1998 Etel Schulte
Corrección: Mónica Costa

D.R. © ERREPAR S.A.
Avda. San Juan 960 - (1147) Buenos Aires
República Argentina
Tel.: 300-0549 - 300-5142
Fax: (541) 307-9541 - (541) 300-0951
www.errepar.com

ISBN 950-739-576-8
Queda hecho el depósito que marca la ley 11,723

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

A mis Guías Espirituales,
incansables Maestros y maravillosos amigos

Marzo de 1997

Parte I

Descubriendo
Egipto,
Reconociendo
el Pasado

I

Octubre, 1995

Calor, Sol brillante como el oro y una suave brisa que alivia la presión atmosférica. El Cairo, ciudad de los mil minarettes. Las mezquitas como rosas abiertas del desierto se levantan al cielo anunciando su fe. Recortadas contra la noche estrellada dibujando extrañas figuras de la magia de los tiempos.

Canales coloridos que atraviesan el Nilo, permitiendo el cruce de sus calles. Magia. Misterio. Arcano místico. Egipto, tierra de faraones.

Al atravesar sus calles no se tiene la seguridad de estar en el Medio Oriente de Aladino o en un pedacito de Londres. Por un lado, altos y modernos edificios, por otro, antiguas y exquisitas construcciones que recuerdan el poderío árabe.

Recostados en el cielo, los magníficos y variados minarettes se elevan para saludar al dios de los hombres. Árboles altos y frondosos sombrean las veredas repletas de gente que va y viene, siempre con prisa, con trajes típicos y coloridos, automóviles modernos, carruajes tirados por caballos, vendedores ambulantes, oro y joyas, pan y sudor.

El Cairo es como los faraones, único. Sobrepassando los edificios, largas y modernas autopistas atraviesan la ciudad, uniendo en poco tiempo, todos los extremos. Automóviles viejos y modernos surcan las calles como hormigas, camino al nido.

La enorme terminal de ómnibus congrega viajeros de todas partes, ansiosos de introducirse en la vida de la metrópolis.

Jardines y plantas decoran las veredas tumultuosas, repletas de gente que camina agitada entre los vendedores ambulantes, policías y ejecutivos.

El Gran Bazar tienta desde lejos a compras exóticas. Joyas preciosas, bolsas de pistachio, alfombras persas, jarrones de cobre labrado, dulces caseros, maní y cerveza.

El Museo del Cairo ofrece tesoros del famoso Tutankamon, Tutmosis III y los Ramsés, invitándonos a soñar con el mundo de los reyes celestiales.

Un poco alejadas del mundanal ruido, a pocos kilómetros, en Giza, yacen plácidas las pirámides sagradas y la misteriosa Esfinge. Mirándolas uno se pregunta cuál será el secreto de estas estructuras mortuorias que, aparentemente, fueron sólo salas de iniciación. Sus medidas son perfectas y tienen lógica, sus espacios son divinos y no podemos entenderlos, La Esfinge, esa mole de piedra con cuerpo de león y cabeza de diosa coronada, sonrío desde la eternidad, mostrando el camino de la evolución humana. Nosotros la observamos atentos y no conseguimos descifrar el enigma. Son acertijos milenarios que provocan nuestra intelectualidad, haciéndonos olvidar el sentimiento de la intuición, único camino del conocimiento, con el cual, tal vez, algún día, logremos entrar en el misterio de la vida y la muerte. Su mirada, casi apagada por la destrucción del tiempo, se proyecta melancólica hacia la antigua Atlántida de Platón, de donde probablemente proviene, traída por los vientos de otros mundos misteriosos.

Ella encierra las respuestas más exigentes del alma humana y mirándola, sentimos a la Madre divina y protectora que señala el camino al Dios Interior.

Hay algo en ella que nos atrae como un imán y no podemos dejar de mirarla y admirarla. Tal vez sea su juego entre sensual y místico que nos despierta de nuestra ignorancia.

Sus patas de leona muestran la fuerza y el coraje necesarios para cumplir la aventura de la vida. Su cabeza altiva y melancólica de reina coronada nos indica la superioridad de la mente sobre la materia y del yo superior sobre el inferior. Nos abre las puertas al templo interior donde mora el sol divino.

Las tres pirámides majestuosas, Keops, Kefren y Micerinos observan al mundo desde la raíz de los tiempos y nos revelan los misterios de la iniciación. La vida tiene todas las dificultades de los tortuosos corredores y las falsas cámaras para llegar a la esencia del ser y encontrar el cuarto sagrado. Son lecciones abiertas para los discípulos que saben leer el lenguaje del corazón humilde.

Mediodía. El aeropuerto del Cairo parecía un enjambre de personas moviéndose rápidamente de un lado a otro. Todos tenían miedo de perder el avión o algún momento importante de sus vidas. Calor, mosquitos y mucho ruido.

Todos los aeropuertos tienen una atmósfera similar, mezcla de ansiedad, alegría, llanto y esperanza. Es como si juntaran varias esencias y las pusieran todas juntas en un mismo frasco. Hay un nerviosismo particular, un ajeteo innecesario y una gran tensión emocional. Ir y venir. Nacer y morir.

El movimiento es tan agitado que desconcierta. Se oyen voces altas, gritos y risas. El llanto no se escucha porque se esconde en el fondo del alma. Empleados llevando cargados carros de equipaje, de la entrada a las filas de las compañías aéreas, muchachas elegantes, con tacones y traje azul, controlando los pasajes, canillitas juguetones ofreciendo diarios internacionales y pasajeros nerviosos perdidos en el tumulto.

La parte moderna del aeropuerto contrastaba con la arquitectura tradicional árabe de algunos rincones.

Egipto es todo eso, magia, mezcla de lo antiguo y lo nuevo, de lo real y lo irreal, vida y sueño.

Tamara, una joven de unos treinta y cinco años estaba arrinconada en una fila para hacer su check in. El cartel sobre el mostrador de la línea aérea decía "Luxor".

Apretaba entre sus manos el billete aéreo, al mismo tiempo que sostenía una pequeña valija. Sus ojos castaños, almendrados, demasiado cansados para su edad, recorrían el recinto sin parecer fijarse en nada determinado.

Con lentitud fue acercándose al final de la fila. Entregó su boleto y se acomodó la pollera de jean. El calor era insoportable y el aire acondicionado no funcionaba. Sus manos húmedas reco-

rrieron el cabello en un intento inútil de buscar alivio.

Se sentó en una hilera de asientos confortables y sin prestar casi atención al entorno, esperó el horario del avión. Aún faltaba una hora.

Miró el reloj varias veces, deseando apurar las agujas y al no conseguirlo, se levantó y compró una revista. No supo bien por qué lo hizo. Observó a su alrededor. Algunos conversaban animadamente, otros perdían la vista en los vidrios del salón, buscando al ser querido que no estaba, otros comían compulsivamente y otros, como ella, permanecían quietos sin saber qué hacer con su tiempo.

Sentada otra vez en su lugar, abrió su revista. Sus ojos se clavaron en una foto de la estatua de los Colosos de Memnón. Eran increíbles aquellos pedazos de piedra gigantescos, que parecían traducir la vida de los tiempos suspendidos. Estatuas del gran Ramsés saludando a la eternidad desde la inmensidad del desierto.

La figura de un hombre, de pie, al lado de los Colosos, mostraba la diferencia de tamaño. El hombre se minimiza ante el representante divino en la Tierra. La quietud de las manos sobre las rodillas, la mirada perdida en el horizonte o más lejos aún, la majestuosidad de todo su ser, llamaban a la meditación transcendental. Estos personajes solitarios del gran desierto parecían recitar versos perdidos de los templos que ya no existen.

No supo por qué pero no podía retirar la vista de ellos. Sintió latir el corazón agitadamente y sus ojos se nublaron. Algo le decía, en el interior del estómago, que ocurriría un encuentro.

Pensó que estaba delirando. ¿Qué podría tener que ver ella, una porteña, médica divorciada, de vacaciones en Egipto con estos colosos de los faraones antiguos? Los separaban milenios de historia.

Una voz melosa y típica, dejaba suspender las palabras a través del micrófono, anunciando la partida de su vuelo. Pensó que todas las voces de todos los aeropuertos son iguales... ¿estudiarían en una misma academia?

Cerró la revista, apretó el bolso entre las manos, estrujó la tarjeta de embarque y se apresuró a entrar en la fila. La tarjeta era verde, adoraba ese color, le recordaba al pasto fresco del jardín de la abuela.

Su mente estaba dispersa pero ahora, sólo le preocupaba no per-

der el avión, como a todos los que estaban allí, esos que parecían hacer un enjambre, apresurados y nerviosos.

La ansiedad de los pasajeros dio lugar a la calma de los empleados y así, de a poco, fueron subiendo al túnel que los llevaría al avión. Era un ejercicio de paciencia, sin duda.

Tamara estaba sentada junto a la ventana y a su lado, una señora de edad madura, de cabellos blancos y gran sonrisa. La miró. No tenía ganas de hablar con nadie y rezó porque no tuviera que hacerlo. La señora le sonrió y se mantuvo callada pero parecía del tipo de las charlatanas.

Una azafata simpática ofrecía bebidas, controlando, al mismo tiempo, los cinturones de seguridad. Otra, empezó a explicar cómo se debía usar la máscara de oxígeno, en caso de emergencia. Nadie prestaba atención.

La joven observó las salidas, exit, al fondo del avión y a los costados. Un ruido diferente anunció la partida. Motores rugiendo, aliento contenido. Ojos al cielo.

Cuando el avión ya estaba a la altura necesaria, Tamara se relajó. Siempre produce una sensación de alivio saber que se está en la altura correcta, en el camino correcto, con el aviador correcto.

Paseó la vista por los pasajeros, las gavetas de las maletas atiborradas de valijas, bolsas de plástico, regalos y botellas del *free shop*. Observó la mesita del asiento delantero y mecánicamente, casi sin darse cuenta, abrió la revista que apretaba en las manos, como un pedazo de pergamino añejo.

Volvió a mirar la foto de los Colosos y volvió a sentir ese extraño dolor de estómago que anticipaba una experiencia diferente. Los Colosos viajaban con ella. Tenían memoria.

Su vista se nubló, las estatuas se empañaron. Su vida comenzó a desfilarse delante de ella como una película colorida. Primero estaba con delantal blanco, camino al colegio. Las calles pasaban delante de ella en un desfile de modas. Los mínimos detalles aparecían, las baldosas rotas de la vereda y la planta de geranios de la puerta del colegio. Buenos Aires, Almagro. Barrio tradicional porteño. Recuerdo de tango y carretas de galpón, lecherías y churros calientes, infancia, canela y dulce de leche. El moño sujetando la cola de caballo, los

zapatos sin lustrar, el delantal almidonado, los deberes sin hacer.

Súbitamente la escena cambia y aparece un ataúd negro y mucha gente llorando. Su padre había muerto de un infarto. Llanto. Soledad. Miedo a la vida con sus solo siete años. Vacío. Noche sin estrellas. Su madre llora y se ve más chiquita que nunca. Se propone protegerla, ahora que su padre no estará con ellas. No sabe qué tremendo es el compromiso que asume, a su tierna edad. Dos mujeres luchando con la vida. La pensión del padre. El dinero que no alcanza. Los sábados sin color. Inseguridad y temor.

Un borrón y ahora es su fiesta de quince años. Muchas luces psicodélicas y el rock violento de los años 70. Un enorme salón con reminiscencias aristocráticas. Luces, estatuas, adornos en las paredes, obras de arte de la artesanía pasada, detalles de riqueza. El Círculo Militar. Plaza San Martín. Olor a naftalina y oro. Joyas y pan caliente. Canela y chocolate. La memoria de su padre, la fiesta en su casa de armas, el salón de fiestas. El vestido blanco de plumetí y encaje, la gargantilla de perlas cultivadas, la infaltable orquídea, los ojos esperanzados, los zapatos nuevos de taco alto que hacen doler los pies. Julián, el novio de la adolescencia, flaquito, con granos en las mejillas, tímido. Los pantalones nuevos no querían acomodarse y se subían sin cesar. Pobre Julián, pensó, después de tantos sueños... lo había vuelto a ver hacía poco, vendía camisas en un negocio de Florida.

Bueno, esos son los sueños, anhelos no realizados. El quería ser aviador y ahora era vendedor de tienda. Sueños de espuma fugaces como las flores.

No quiso pensar en sus sueños, cerró la puerta del recuerdo.

Puerta blanca. Prohibido.

Otro borrón y se vio en la Facultad de Medicina, el salón de actos, imponente y majestuoso como los Colosos de Memnón. El diploma en la mano. Es curioso cómo ciertos momentos quedan grabados a fuego en la memoria. Sus manos transpiraban y mojaron el papel que atestiguaba sus esfuerzos, sus noches sin dormir, los ojos cansados de tanto leer y el estómago lleno de tanto mate. Era médica finalmente.

Una calle arbolada, adoquines a la antigua, casas señoriales, edificios modernos, Palermo. El Hospital Fernández. Su primer trabajo.

Sala de partos. Niños sonrientes y llorones que agradecían a la vida la oportunidad de volver. Madres desfallecientes pero felices de tener este pedacito de cielo entre los brazos. Llanto amargo de quienes no pudieron ver concretado el sueño. Bebés mudos que no pudieron ver el sol de la nueva vida. Contraste. Blanco y negro. Vida y muerte.

Súbitamente aparece Andrés, su marido, en realidad su ex marido. Casamiento feliz en la iglesia de Las Victorias, altar lleno de flores blancas y rojas. El padre Antonio, viejo amigo del barrio. El sacramento. Para siempre. Palabras del ayer, sonidos del hoy. Vestido blanco otra vez, largo y sedoso, un ramillete de rosas color té, cabello recogido en discreto rodete, sonrisa feliz y corazón nervioso. La entrada triunfal, arcos y recuerdos, esperanzas e ilusiones de futuro... El vals del amor, Strauss en Viena.

La vida en común, el fracaso, la inmadurez de Andrés, las peleas, la infidelidad de él, el cansancio de ella. Vacío, la soledad, la angustia. Depresión, oscuridad, pastillas, terapia.

Parecían perro y gato, no podían hacer casi nada, sin discutir. Primero eran gritos y luego, palabras punzantes. ¿Dónde estaba el amor, las rosas color té, el vestido blanco... dónde la ilusión perdida... dónde... dónde?

La razón de este viaje loco era justamente encontrar paz y reponeerse de la profunda depresión que sufrió después del fracaso o del éxito, no se sabe. Vida nueva, compromisos nuevos, cuentas a pagar, supermercado después del trabajo y domingos vacíos. Depresión. Miedo. Soledad. Horas para completar y vacíos para rellenar.

Juan, el psiquiatra cauteloso y maduro, exigente y contenedor, se asomó a sus ojos. Los anteojos gruesos modificaban su mirada tierna y enmarcaban su rostro maduro. Había sido su tabla de salvación, su cable a tierra. Revolver la infancia, buscar dentro de la adolescencia, empezar a crecer, a ser adulto, caminar sin muletas. Un gran trabajo de autoconocimiento.

Tamara salió de su ensueño al sentir que la azafata la llamaba para ofrecerle una copa de gaseosa. Se sobresaltó y extendió la mano sin darse cuenta.

En ese momento la señora de al lado le sonrió y le dijo:

—¿Volvió de su viaje?

Tamara se sobresaltó, sentía que estaba en algún lado de la galaxia pero no dentro de un avión. Sonrió con esfuerzo y respondió:

—Disculpe, no le entiendo.

—Hija, simplemete me refería a si volvió de su proceso de recuerdos, si volvió de ese viaje al pasado que hizo, parecía muy penetrada.

Tamara sintió helarse la garganta. Era increíble pero su vecina de asiento había leído sus pensamientos y hasta parecía haber intervenido en ellos. No recordaba haberla visto.

—Realmente no sé como pudo saber qué estaba pensando. Sí, es verdad, estaba recordando mi vida, parecería un examen de conciencia o un balance de vida, creo.

—Hija, eso es bueno, nos alivia las culpas y nos abre la ventana del futuro.

La joven seguía muy impresionada y asombrada. Había esperado sorpresas en la tierra de los faraones pero no tantas ni tan rápido. No había visto aún las ruinas sagradas, no se había enfrentado a la esfinge, no había entrado en la priámide de Keops (su viaje fue directo de Roma a El Cairo y de allá a este avión, con conexión a Luxor). El trayecto por aire parecía una ventana al misterio oriental.

La señora volvió a sonreírle y le tomó con cariño la mano.

—¿Puedo? —aventuró tímidamente.

Tamara sintió un calor extraño en su mano y una corriente de fuerza y de amor, como un río, como el Nilo, por todo el cuerpo.

—Sí, por su puesto —respondió sin saber bien qué decía, de tanta sorpresa.

La señora sostuvo la mano con ternura y la dió vuelta observando con detenimiento las líneas, surcos y prominencias de la palma. Curioso cómo semeja un mapa natal, con casas y vértices, medio cielos y fondos. La foto holística de cada uno.

Pareció envolverse en una nube de distancia y después de un tiempo le dijo:

—Hija, este viaje será muy importante en tu vida, encontrarás las respuestas a las incógnitas de todo el trayecto de la encarnación presente. Vas a entender la razón por la cual pasaron muchas cosas

en tu vida, sobre todo en los últimos dos años, vas a encontrar la misión para la que viniste a esta vida y encontrarás a tus amigos del ayer y a los enemigos de las arenas.

Tamara empezó a sentir que se le mezclaban los niveles de conciencia, no sabía si soñaba o era realidad, si creerle a esta extraña o considerarla una loca suelta; estaba confusa y algo asustada.

Las palabras retumbaban en su cerebro pero su significado continuaba siendo una incógnita. No había pedido saber nada y ahora alguien se metía en su vida y hacía extrañas predicciones. —No entiendo bien, señora —dijo tímidamente.

—Entenderás con el tiempo y tu propio crecimiento espiritual. Sé que ahora te dices agnóstica, que no crees en lo sobrenatural, pero las futuras experiencias te darán la prueba de la existencia de Dios. No se puede vivir sin Dios.

Tamara sintió que un sudor frío caía por su frente y sus manos volvieron a humedecerse, igual que el día que le dieron el diploma de médica. No sentía la necesidad de Dios, estaba bien así, tenía otros problemas en su mente, en este momento. Esta mujer debía de ser una desequilibrada mental. Debía ser cortés, su madre se lo había enseñado, pero era un esfuerzo. Tenía miedo de saber. El futuro es demasiado incierto.

—Bueno —balbuceó—, no estoy muy segura de creer en Dios cuando veo morir bebés que no llegan a nacer, cuando veo madres abandonadas y prostitutas por la miseria, cuando la gente no tiene ideales o no sabe de felicidad o fidelidad. Si Dios existiese debería cuidarnos más.

—Estos son problemas tuyos, incógnitas interiores, piedras en tu camino espiritual, no son cosas de Dios. El sabe lo que hace, somos nosotros quienes no sabemos actuar porque nos alejamos del camino de la luz. De cualquier manera este viaje te abrirá las puertas al misterio de tu propia vida y encontrarás a Dios, quieras o no hacerlo. Es parte de tu destino.

—Tal vez —balbuceó Tamara, preocupada—. Me parece difícil, no soy contra pero la vida está bien, para mí, así como está.

—¿Seguro? —contestó la señora canosa, con una sonrisa giocondina—. Si todo estuviera bien no tendrías depresión ni esta-

rías en tratamiento para entenderte mejor. Si todo estuviera bien, otras cosas te hubieran sucedido, cosas más armoniosas.

Tamara estaba cada vez más intrigada pero empezaba a sentirse incómoda. ¿Quién era esa mujer que decía cosas tan profundas y parecía tan calma y segura? ¿Por qué se metía en su vida? ¿Cómo sabía de su terapia? ¿De dónde salía?

La señora le soltó la mano, se acomodó en el asiento y dijo simplemente:

—Te dejo una tarjeta con mi nombre y dirección, me llamo Griselda y vivo en Río de Janeiro, Brasil, estoy de vacaciones aquí, sólo por unas semanas. Si alguna vez necesitas ayuda, llámame. Siempre me encontrarás.

Tamara agradeció pensando que la posibilidad de contactarse con esta señora desconocida, que leía manos en un avión camino a Luxor y que vivía en Río de Janeiro, era tan remota como pasar las próximas vacaciones en la Luna pero guardó con cuidado la tarjeta, acariciándola sin querer, había algo que atraía como un imán. Debía ser la energía que desprendía. Todos proyectamos nuestra energía, pensó.

La señora se acomodó en su asiento, cerró los ojos y se dedicó a dormir o a meditar, no se podía saber. No volvió a hablar. Permaneció inmóvil y concentrada quién sabe en qué.

El avión continuaba su viaje corto de una hora que parecía largo como un viaje transatlántico. Los pasajeros conversaban animados e intercambiaban programas turísticos, entusiasmados ante la promesa de la aventura oriental.

Tamara se revolvió en el asiento y también cerró los ojos, sólo que no pudo ni dormir ni soñar ni meditar. Estaba suspendida en el aire, fuera de tiempo y espacio. Nunca imaginó que alguien le leyera las manos, le hablara de futuro místico, le diera su dirección en Brasil, en el medio del aire, suspendidas entre el hoy y el ayer. Debía de estar soñando.

Giró la cabeza y observó el paisaje que corría veloz, encuadrado en la ventanilla del avión. Increíble. El río Nilo parece una serpiente encantada, la Kundalini de los iniciados, enroscada en las arenas solitarias del desierto. Inmensidad árida. Alrededor del río,

haciendo de cinturón, se expande una franja verde y tropical donde se aprecian palmeras, dátiles, cocoteros, juncos de papiro y loto y flores exóticas. Es increíble el contraste, por un lado las arenas doradas y desiertas y por otro, la franja verde y fértil, la tierra más rica del mundo, germinada por el limo.

No podía dejar de pensar en lo ocurrido. No estaba segura si había sido realidad o fantasía. Una extraña le había leído el pensamiento y la mano y había pronosticado tiempos de reencuentros y respuestas espirituales. Los Colosos de Memnón volvieron a su mente. ¿Qué tendrían que ver con sus sueños, la señora canosa, el avión y sus miedos, sumados a su depresión?

Una voz varonil y arrogante interrumpió sus pensamientos, era el comandante que anunciaba el arribo a Luxor, en pocos minutos. Llegaba a la antigua Tebas, capital del Alto Egipto, majestuosa reina del Nilo. Llegaba al lugar que siempre soñó conocer.

Enderezó su asiento, ajustó el cinturón y apagó el cigarrillo.

Su vecina le sonrió y dijo,

—Querida, relájese y disfrute. Este será un período de vida muy importante para usted. No tema y confíe en sus Guías Espirituales.

—Gracias, pero todavía no sé hablar con mis Guías y, en realidad, ni sé bien qué son.

—Ya lo sabrás. Cuando quieras su ayuda, basta con llamarlos. El Angel de la Guarda es el principal de todos.

—¿Cómo se hace? —preguntó tímidamente.

—Solamente lo llamas con tu mente y visualizas una figura alta, delgada y vestida de blanco. Es suficiente para que acuda en tu ayuda. Le pides su protección y su orientación. Es importante dejarnos guiar por sus sabios consejos.

—Lo intentaré —prometió la joven—. Veré si puedo.

—Recuerda que pase lo pase no debes perder tu fe en Dios y en los Guías. La vida es una eterna enseñanza y debemos aprovechar cada lección. Así podremos pasar las pruebas kármicas con mayor facilidad.

—Yo aún no estoy familiarizada con el karma, la reencarnación o los guías —insinuó tímidamente.

—Todo llega a su debido tiempo —sonrió dulcemente la seño-

ra—. Todo tiene una razón de ser aunque no lo sepamos o no lo entendamos. Aguarda y confía. Colabora con los planes cósmicos y todo será beneficioso.

El avión dio una seca sacudida, indicando su próximo descenso.

Allá abajo, una ciudad pequeña, entre palmeras y arenas, entre aguas y ruinas viejas. Luxor. En realidad, Tebas. Tamara se colocó en la fila para bajar, esa fila donde todos se apuran como desesperados para dejar el confortable vehículo aéreo, que ya no parece serlo. Ansiedad colectiva, miedo escondido.

Unos minutos después, Tamara se da vuelta, buscando sin querer el rostro de la extraña dama canosa, doña Griselda.

Sorpresa. No está. Nerviosa, busca con ahínco, recorre uno a uno los rostros de los pasajeros, mira hacia arriba como si pudiera estar en las gavetas de las valijas y en el piso, como si pudiera esconderse allí. No está. Desapareció. Se esfumó.

Parecía imposible que alguien se desmaterializara en medio de los pasajeros apretujados en la fila de descenso, pero era verdad. La extraña había desaparecido igual que la paloma del mago Mandrake. No estaba. Tamara sintió un escalofrío en el estómago. Era demasiado raro todo lo que estaba ocurriendo.

En ese momento piensa si realmente existió esa señora o si todo fue producto de su imaginación. Tal vez la depresión produzca alucinaciones, o... quién sabe, existan fantasmas...

Recordó a su amiga Susana que adoraba leer sobre temas paranormales y situaciones de otros estados de conciencia, como ovnis, muertos que vuelven a la vida y objetos que se mueven solos, telepatía y adivinación.

Recordó los filmes de viajes intergalácticos y sus aparatos de transportación. ¿Existiría la posibilidad de desmaterializarse en un lugar y volver a materializarse, en otro? ¿Existirían seres de otras dimensiones conviviendo con nosotros?

Salió de su meditación existencial cuando una señora gorda la empujó con su bolso y un chico mal educado le pisó el pie. La realidad la sacudió. Debía bajar del avión. La fila se agitaba. Tebas la esperaba.

II

Cuando llegó a suelo egipcio, sus pies tocaron la tierra santa de los faraones, la magia de la otra vida. Sintió un extraño placer, un cosquilleo que subía de los pies hasta la cabeza. Finalmente estaba en Egipto, lugar de sus sueños y fantasías. Olvidaría la experiencia del avión.

Un hombre sostenía un cartel con su nombre escrito en él, la esperaba entre la muchedumbre. Era el guía que la llevaría hasta el hotel. Tranquilidad. El turismo funcionaba.

La camioneta recorría plácidamente las calles estrechas de Luxor, deslizándose entre los adoquines y los papeles tirados al descuido. La joven observaba todo con grandes ojos sorprendidos.

Las casas, bajas en su mayoría, estaban pintadas en distintos tonos de rosa y ocre.

Tenían un look muy especial. Recordaban el apogeo renacentista, aunque no eran de esa época. Algunos edificios de departamentos altos, muchas plazas con flores y plantas audaces, personas vestidas a la manera árabe, con largas túnicas coloridas y sobre todo, los antiguos carruajes tirados por caballos que son el transporte local típico. Todo la maravilló, parecía salido de un cuento de hadas o de la lámpara mágica.

Le llamó la atención la vestimenta de las mujeres. Todas, o casi todas, usaban el color negro, vestidos largos hasta los tobillos, mangas largas y la cabeza cubierta con una tela, también negra, que ta-

paba completamente el cabello y parte del rostro. Increíble, pensó, a Alá no le debía gustar el cabello femenino porque es pecado mostrarlo. ¿Qué tendría el cabello de sensual o provocativo? Incógnita para la mente occidental, sin duda.

Se llevó la mano, inconscientemente a sus cabellos y los alisó. Una hermosa cabellera de color rubio oscuro. Se alegró de no ser musulmana y de poder usar el suyo suelto y cuidado.

Pensó que si tuviera que vivir vestida así, sería muy infeliz. Estas mujeres no parecían desdichadas, sólo muy sumisas.

Los hombres, altos, morenos y de ojos claros en su mayoría, usaban, en cambio, colores variados. Realmente la mujer es un ser muy discriminado, allá por los países islámicos, pensó. Debe de ser difícil esta vida.

Tamara disfrutaba de todo lo que veía, era una maravilla estar en Egipto, en la cuna de la civilización, en la tierra de los dioses.

Llegaron a un hotel pequeño pero elegante, con cortinas de terciopelo rojo, adornos dorados en las paredes y muebles imitando antigüedad. Los ambientes parecían muy cargados para el gusto simple de los europeos y americanos pero el mundo árabe adora la magnificencia y la ostentación. Todo brillaba y relucía.

Se acomodó en el cuarto *single* y deshizo la valija con prisa. Luego se recostó en la cama y pensó qué haría. Eran las cuatro de la tarde y ese día no tenía programación turística. Daría una vuelta por la ciudad para familiarizarse con el lugar. Era lo adecuado.

Media hora más tarde salió del hotel con el mapita de la ciudad en la mano, un cuaderno de anotaciones, el libro sobre Egipto y una pequeña cartera con documentos y dinero. Lo primero que le llamó la atención fue el olor que respiraba. Había leído en algún lado que Africa tiene un olor característico pero no había prestado atención. Ahora era real, ese olor entre agridulce y dulzón, frutas y flores, era algo muy especial. Difícil definirlo porque no existe otro olor igual, es Africa, es único, es agradable, es el arcano. Caminó entre las calles hasta el río.

Llegó junto al Nilo y se detuvo. Allí el río era contenido por una costanera, angosta, de ladrillos, muy moderna. Una vereda ancha y limpiísima. Gente de todos lados del mundo circulando por ella. Arboles frondosos sombreaban las aguas y las flores se levantaban de su sueño.

La costanera moderna contrastaba con los edificios antiguos. Gente caminando sin cesar, de un lado a otro, buscando algo que no parecen encontrar, caballos cansados empujando carruajes coloridos, niños jugando por doquier, pájaros volando incansablemente y marineros improvisados.

Amarrados, los enormes barcos de excursiones que llegaban hasta Aswan, al sur del Nilo, cerca de la represa. Después el río se hacía imposible o casi, de navegar, pero se internaba airoso y provocante en el corazón del Africa, hasta el lago Victoria.

Miró los barcos majestuosos y deseó hacer un crucero. Mañana hablaría con el agente de viajes. De todas maneras había pedido tres días enteros en Luxor. Estaba intrigada sobre los templos de Luxor y Karnak y quería disfrutar todo. Tal vez se quedase más tiempo allí. Tal vez, iría a ver el Museo de Luxor. Tal vez continuase viaje hasta Esna, Edfu y Aswan.

Era la primera vez en su vida que podía disponer de tiempo para hacer su voluntad. La depresión se había ido. La vida le sonreía de nuevo, el tiempo y el futuro eran suyos.

Se sentó sobre una piedra y contempló el majestuoso río. La imagen de Cleopatra surcando las aguas la envolvió, Marco Antonio, Elizabeth Taylor, Richard Burton, realidad y fantasía, barcos grandes y poderosos, realeza y divinidad.

El agua reflejaba rostros antiguos, sueños perdidos, grandeza evaporada, la magia del Egipto antiguo, el esplendor de los dioses, el recuerdo de Capela.

A un costado vio las sombras de las ruinas de Karnak. Estaban cerca, podría ir caminando. Mañana tenía la excursión guiada, sería mejor dejarlo para el otro día.

Siguió caminando por la costanera y calles aledañas sin reparar que las sombras de la noche envolvían la ciudad. Seis de la tarde. El tiempo es diferente cuando se está de vacaciones. Es otro tiempo. Es propio.

Oscurece temprano y el día resulta muy corto, pero debía respetar las indicaciones de la naturaleza, que sabia como es, hacía sus programas de vida con anticipación.

Lentamente se encaminó de regreso al hotel, disfrutando del lu-

gar. Observaba todo con gran placer, con voluptuosidad egipcia.

Algunos niños jugando la sorprendieron entre las calles de adobe. Un hombre con un carrito viejo vendía pescado fresco. Un joven ofrecía postales por un dólar. Una mujer gorda vendía panes calientes. En una esquina ofrecían papiros “antiguos” a precio de banana. La ciudad no descansaba, ruido y cantos, alegría y castañuelas.

La sorprendió el tañir de unas campanas diferentes, parecía un sonido prolongado hasta el infinito, una voz cantaba en árabe. Todos los rincones respondían al llamado y de repente era un solo sonido que cubría el país todo, la hora de la oración.

Las mezquitas convocaban a la oración, era la última hora del día. El Islam manda rezar cinco veces por día, ésta era la última. Comienzan antes del amanecer y siguen a lo largo del día hasta el anochecer.

Qué hermoso, pensó Tamara, ese hábito de rezar cinco veces al día, agradeciendo a Dios estar vivo, poder comer, poder pensar, poder amar, poder sufrir...

Se sorprendió de su propio pensamiento. ¿De qué Dios estaba hablando? Ella decía no creer en ninguno, después de todo, dejaba morir a los bebés y a los enfermos, se olvidaba de los pobres, permitía el sida, el cáncer, se alejaba de los hombres, mirando desde arriba.

Se sobresaltó porque algo en su interior parecía modificado, ya no estaba tan segura de lo que pensaba. La imagen de la compañera de vuelo volvió a su memoria. Inconscientemente, tocó el papelito con la dirección. Era insólito, tener un papel con una dirección en Río de Janeiro de una mujer que había desaparecido en el avión, como desmaterializada. Volvió a recordar la experiencia y no pudo entenderla. Realidad y fantasía se fundían.

Luxor parecía una tranquila ciudad de interior y nada hacía pensar que allí ocurrirían cosas importantes en su vida. La mujer debía de ser una loca, con seguridad.

Mejor sería olvidarse de ella y concentrarse en el viaje mágico al Egipto que tanto le había costado. Recordó cuántas cuotas tendría que pagar durante los próximos meses. Mejor no pensar. Después arreglaría sus cuentas. Ahora debía disfrutar.

La imagen de su pequeño departamento en Palermo, Buenos Ai-

res, la invadió. Seguí y Salguero, dos ambientes, una lámpara china de la abuela, una mesa redonda, una cama de una plaza, comprada de oferta, algunas sillas y muchos libros. Era todo. Tenía que terminar de arreglarlo. Hacía sólo un año que se había separado y éste sería su nuevo hogar. Aún no había tenido ganas de decorarlo. Era un lugar vacío que le recordaba un fracaso viejo. Debía darle vida. Se distrajo pensando en la futura decoración de su futuro hogar, en el futuro de su vida incierta. Cortinas, algunas alfombras, muchas plantas, tal vez un gato...

La mente es el receptáculo de un conjunto de ideas locas y una superposición de planos de conciencia. Tamara pensaba en la decoración de su departamento en Palermo, barrio de Buenos Aires, mientras quería descubrir los misterios de Egipto, soñaba con la felicidad eterna y se sorprendía con pronósticos mágicos. Salía de una depresión aguda y reía junto a Cleopatra en el Nilo. Tenía miedo del vacío de los domingos y ahora hacía un viaje sola al Oriente.

Mente. Poder aún desconocido por el hombre. Arcano.

Se dirigió al restaurante del hotel y pidió una cena sencilla.

Siete y media de la noche. Nunca comía a esa hora. Tenía hambre y un pescado gratinado parecía invitarla a comer.

Después de la cena, decidió descansar para levantarse muy temprano, al día siguiente. La programación era codiciosa. Repasó el papel con los lugares a visitar: Templos de Karnak y Luxor, paseo por el desierto en camello. Lawrence de Arabia. Beduinos. Historias de amor.

Andrés, su ex marido, apareció de golpe retratado en el papel del programa. ¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde estaría en ese momento? ¿Pensaría en ella alguna vez?

Asignatura pendiente, pensó. Aún no fue resuelto el enigma del final del amor, ¿o sería el residuo del amor? Las relaciones humanas son las más difíciles del universo animado.

Apagó la luz y decidió dormirse. Mañana sería un largo día.

III

Tamara despertó en medio de la noche, bañada en sudor frío a pesar del calor. Temblaba como una hoja y lloraba sin saber por qué.

Un sueño extraño la había asustado. Estaba delante de un templo que no pudo identificar, rodeada de gente desconocida, que cantaba y bailaba al son de sonidos de instrumentos de cuerdas y de percusión. Los sonidos eran agudos y penetrantes, los instrumentos eran pequeños y diferentes a los que conocía. A pesar de que todos se veían felices, ella sabía que se trataba de un funeral.

De repente sale del medio de la muchedumbre un hombre vestido como los grandes sacerdotes y le acerca un copón de oro, con algo adentro.

Tamara se asusta e intenta escapar, sin saber el motivo. El ruido de la música aumenta y todo gira a su alrededor. Cuando gritando y transpirando se despierta, tiene grabada en las pupilas la imagen del sacerdote. Es Andrés, su ex marido. ¿Qué haría él en ese sueño? ¿Por qué le tuvo tanto miedo? ¿Qué intenciones tendría en realidad?

Sentada en la cama, con un vaso de agua entre las manos, pensó en el significado de ese sueño y sobre todo, la aparición de su ex marido en medio de la fiesta o del funeral antiguo. No tenía conexión lógica, pero el sueño fue tan real y la imagen de Andrés tan vívida que no conseguía sacarla de la cabeza.

Fue calmándose de a poco, tratando de usar el lado del cerebro que responde a la lógica y al razonamiento. Debía serenarse. Después de todo fue sólo una pesadilla.

El calor, la emoción del lugar, sus recuerdos del avión, con seguridad eran los causantes de este sueño loco. Probablemente algo se escapó del inconsciente y le dio un susto. Tendría que consultarlo con el psiquiatra. Recordó a Juan, el analista, siempre tranquilo, contenedor. ¿Qué estaría haciendo en ese momento?

Decidió dormirse, nuevamente. Entre sueños vislumbró una figura alta, delgada, vestida de blanco. Sonreía con amor e intentaba abrazarla. Era su buen protector.

Al día siguiente a las siete ya estaba lista en el hall de entrada esperando al guía de turismo. Iría al templo de Karnak primero y luego continuaría con la amplia programación. Llegó una camioneta con otros seis turistas. Ella los miró, uno por uno. Un matrimonio joven, probablemente en luna de miel, otro matrimonio mayor y dos señoras solas.

Cuando las vio, sonrió porque recordó una foto yanqui, todos estaban vestidos con shorts, zapatillas y medias blancas, cargaban las infaltables máquinas de fotografías y anteojos oscuros. Tamara estaba igual que ellos. Eran turistas asumidos.

La camioneta cruzó las calles de Luxor repletas de gente y se dirigió a las ruinas, a pocos minutos del hotel, del mismo lado del río.

Al llegar, un largo camino los esperaba hasta desembocar en los pilones, las altas paredes de forma cuadrangular, con inscripciones y alto relieves que indicaban la entrada del templo.

El sol quemaba desde temprano. Caminaron hacia el lugar sagrado con ansiedad y curiosidad. Un mundo de turistas se desplazaba por el camino.

El guía, un joven de unos treinta años, explicaba con orgullo y conocimiento, la historia de los antiguos faraones y los dioses poderosos. Todos escuchaban.

Tamara observaba todo con avidez, queriendo grabar en su mente cada detalle.

Cuando era niña siempre soñaba lo mismo, estaba entre paredes con jeroglíficos, jugando y saltando. Nadie la entendió. Ella tampoco supo el significado. Después de una cierta edad, no volvió a soñar ese sueño. Sólo ahora volvía a recordarlo. Siempre entre dibujos ex-

traños y estatuas imponentes. ¿Tendría algún recuerdo viejo? ¿Qué importancia tendría?

La mente almacena datos e informaciones, como una computadora y nunca estamos seguros de apretar las teclas correctas. Se distrajo observando la majestuosidad del entorno.

Karnak es el complejo religioso más grande del mundo y el más antiguo. Su construcción demoró dos mil años, siendo siempre modificada y aumentada por los sucesivos faraones. Es la obra perfecta de un pueblo maravillosamente espiritualizado.

Las primeras piedras levantadas tienen veinte mil años y las últimas, pocos años después del nacimiento de Cristo. Una gran incógnita. Un templo sin tiempo.

El enorme templo dedicado al dios Amón—Ra contiene otros templos secundarios dedicados a otros dioses menores. Compleja y rica estructura arquitectónica.

Varios pilones gigantes, paredes frontales en forma de cuña, indican la entrada a la casa de Dios. Los estandartes de la fe.

Tal vez lo más impresionante es la famosa sala hipóstila con sus enormes y altas ciento treinta y cuatro columnas que forman un verdadero bosque de piedras, ricamente adornadas. El hombre se siente muy pequeño junto a ellas y ese era el objetivo principal. Entender que nos creemos muy importantes y vanidosos, pero que somos pequeños e insignificantes ante la inmensidad divina.

Aún podemos apreciar los relatos de la vida cotidiana del pueblo, las operaciones de cerebro que hacían, los partos, las batallas, las crecientes del Nilo cada año, las cosechas, las bodas, los entierros, las historias de los dioses, todo gracias a los jeroglíficos inmortales.

Encontramos capiteles con adornos de la flor del papiro y la de loto, significando la unión de los dos reinos, Alto y Bajo Egipto, la cruz “ankh”, famoso símbolo de amor y unión divina, el escarabajo, símbolo del renacer de uno mismo, como el ave Fénix que resurgió de sus propias cenizas, y un sinfín de elementos que muestran la supremacía de este pueblo, venido del cielo.

Adelante de los pilones hay un altísimo obelisco cuya función era reflejar los rayos solares para que pudieran proyectarse dentro del

santuario. En una época estuvo cubierto con láminas de oro, como casi todos los monumentos.

Igual que en todos estos templos, hay una sala grande adelante, donde se recibía al pueblo, otra menor atrás, donde estaban los sacerdotes y los alumnos avanzados era también biblioteca— y finalmente, al fondo, el santuario, lugar sagrado donde solamente entraba el gran sacerdote o el faraón, a unos doscientos sesenta metros de distancia.

Esta sala tenía dos ventanas pequeñas en lo alto, una a la derecha y otra, a la izquierda, las cuales permitían la entrada del sol, que iluminaba siempre el lugar sagrado del dios Amón, sol mayor. Cuando el sol estaba sobre las cabezas, al mediodía, entonces la punta del obelisco de oro lo reflejaba, introduciéndolo en el santuario.

Allí estaba el propio Dios, su energía divina se condensaba en ese lugar. Por ese motivo sólo podía visitarlo el gran sacerdote quien luego transmitiría su poder al pueblo.

La historia griega ha documentado la Iniciación, en estos templos egipcios, de algunos de sus hombres más famosos, Homero, Tales, Solón, Pitágoras, Jámbico, Platón (vivió trece años en Egipto), Plutarco y Plotino.

También se ha hablado mucho de la iniciación en estos templos de los esenios y se ha levantado la posibilidad de la iniciación del propio Jesús, durante los años de su desaparición en la tierra, entre los trece y los treinta años, cuando empieza a predicar.

Tamara entró en la sala hipóstila y se recostó contra una columna. La sensación de pequeñez fue instantánea, al mismo tiempo una extraña sensación de confort la envolvió.

Las gigantes columnas redondas de más de veintres metros de altura se apoyan en bases circulares y ostentan capiteles ricamente trabajados. Sus lados son totalmente cubiertos por escritos jeroglíficos que cuentan la historia de los hombres y la intervención de los dioses en la vida cotidiana.

Caminó entre las gigantescas estatuas de Ramsés II y se dirigió al santuario, al final de todo el complejo religioso. Allí sólo queda una gran piedra, donde antiguamente se apoyaba la famosa barca del sol, que contenía la energía divina. Una vez por año, la barca era lleva-

da desde Karnak hasta Luxor, a cuatro kilómetros, por las aguas del canal sagrado que unía los dos templos. Las fiestas duraban 21 días y eran populares. En realidad eran un solo templo. En Karnak vivía Dios y en Luxor, se lo conmemoraba, era el salón de fiestas sagradas.

Los dos templos están unidos por tierra con un camino bordeado de una doble fila de estatuas de carnero, animal sagrado y emblema celestial. El carnero era considerado el único personaje que podría abrir las tinieblas del mundo inferior, con sus cuernos espiralados y preparar el camino para el alma viajera, que se dirigía al mundo superior. Tal vez, Miguel Angel tuvo en mente esta conexión mística cuando hizo el Moisés.

Tamara se apoyó sin querer sobre la piedra sagrada y sintió un escalofrío. Una corriente subía por sus dedos y llegaba hasta el cerebro. Entonces miró a sus compañeros de excursión. Todos observaban con la boca abierta los diferentes monumentos y estatuas.

Volvió a sentir la piedra bajo sus dedos. Era maravilloso pensar que durante milenios sólo había sido vista y tocada por algunos sacerdotes supremos y ahora, ella hacía lo mismo. Tenía el poder divino.

Pensó en Amón-Ra, el dios sol, señor de la noche y del día, proveniente de otros mundos, quien se unía, una vez por año, con su esposa celeste, Mut, la diosa de rasgos felinos, simbolizando la eterna unión del hombre y la mujer. A ella le gustaría tener esta experiencia divina y humana, al mismo tiempo. Recordó su matrimonio. Ilusión inconclusa.

En la pared de atrás vio algunos jeroglíficos y los famosos “cartuchos”, el nombre de los faraones recuadrados, separados, testimonios de su existencia.

En el pequeño templo de Khonsu, cerca del santosanctórum hay una notable serie de bajorrelieves, donde se puede ver a Horus coronado por el sol y la serpiente que simboliza la doble vida de los dioses, la sabiduría, la eternidad y la reencarnación. Atrás está la Esfinge que vigila las tumbas. Ament, la parte femenina de Dios, apunta al faraón con la cruz ankh, entre los ojos.

El ankh es el símbolo esotérico por excelencia ya que contiene el círculo, infinito y eternidad, el alma eterna, por un lado y por el otro, la cruz que indica el grado de evolución de esa alma del iniciado

y su propia crucifixión. Es decir, el triunfo de la parte espiritual sobre la materia primitiva y carnal. Este emblema de la cruz es importante porque existen pruebas de que muchos candidatos recibían su iniciación, acostados en camas, en posición de crucificados.

El ankh entre los ojos muestra el lugar de los dos chakras superiores, Frontal y Corona y sus respectivas glándulas endocrinas, pituitaria y pineal, asociadas desde siempre a la paranormalidad o mediumnidad.

Tamara se perdía en los recuerdos del pasado y del futuro, entre jeroglíficos y dioses antiguos, caminando entre las ruinas de Karnak, Tebas, la ciudad de las mil puertas. La ciudad de Dios.

El guía hablaba de Thot, señor de los jeroglíficos, el gran escriba, representado con cabeza de ave ibis. El inventó los ideogramas y fonogramas que luego fueron los jeroglíficos, además fue el inventor del Tarot, el libro sagrado del pasado, presente y futuro, el camino para llegar a la superación del karma. Tamara recordó las figuras del Tarot de su tía. Los dioses estaban presentes. El número cinco marcaba la asistencia del mundo invisible.

Tamara creyó ver a Thot bailando entre las columnas y escribiendo en el cielo palabras sagradas que los hombres se habían olvidado de leer.

El guía ponía tanto énfasis en los relatos que todos visualizaban a los diferentes dioses caminando y moviéndose entre los templos de Karnak. Thot, con la cabeza de ibis, Horus, hijo de Osiris, con su gran ojo místico y cabeza de halcón, Hathor la diosa de la maternidad con cabeza de vaca, Mut, la diosa felina, guardiana de las sombras, Maat, la diosa de la balanza y la pluma, la de la confesión negativa, Anubis, con cabeza de chacal, mensajero de los dioses, Hapi, el Espíritu del Nilo o cocodrilo sagrado, Kepher, el escarabajo o dios del propio renacer.

El joven guía continuó hablando de la misteriosa iniciación egipcia. Es curioso recordar que se llevaban a cabo en criptas sombrías y desnudas, verdaderas tumbas... ¿Serían las pirámides o los propios sepulcros sagrados?

Allí el ambiente era propicio para conectarse con el otro mun-

do. Los postulantes a iniciados hacían su experiencia, a voluntad, de la muerte provisoria. Dejaban su cuerpo físico durmiendo en ese lugar y trasladaban su conciencia al kah, con el cual debían internarse en el mundo de Osiris. Si vencían, volvían con el don de la cura y la predicción, si no, morían en el intento. Debían atravesar las doce moradas de la Duat y triunfar sobre las figuras del astral inferior.

—¿Qué es el kah? —preguntó la señora que aún no había hablado, intrigada.

—El kah es el doble etéreo del cuerpo físico — empezó a explicar el guía—. Es un concepto difícil de captar para los agnósticos. Es el cuerpo invisible, tal vez gaseoso o vaporoso, que nos acompaña desde antes de nacer y después de la muerte.

—¿Es eterno? —preguntó el arquitecto, interesándose en la conversación.

—Casi —respondió el guía—. Eterno es sólo el Espíritu pero él es casi eterno, aunque se modifica continuamente. Según el Libro de los Muertos el kah existe desde antes de la concepción física porque su nombre está escrito en las estrellas.

—Es asombroso —dijo Tamara—. Hoy en día se habla de las fotos Kirlian, de la energía sutil, de la Transcomunicación, de los aparatos electrónicos sensibles que descubren campos magnéticos y ellos, ya sabían de estas cosas milenios atrás.

—Este kah —continuó el guía— es el que visitará su tumba y leerá las inscripciones para su aprendizaje. El alma debe viajar por el espacio espiritual, luchando contra los seres de la noche y sus monstruos, hasta vencerlos y vencerse a sí mismo, para llegar al mundo de la luz, donde reina Osiris.

—En otras palabras —interviene la joven esposa— ellos desarrollaron un profundo conocimiento del alma humana, un camino de autoconocimiento y superación.

—Exactamente. El conocimiento nos da las herramientas para abrir las puertas de la oscuridad, vencer a los monstruos y llegar a la luz. Sólo la ignorancia nos hace prisioneros de nosotros mismos — acotó sabiamente el guía.

Tamara se quedó algunos momentos pensando en la conversa-

ción y sintiéndose parte de ese mundo mágico al cual creía no pertenecer. Los caminos del Señor son muchos y diferentes pero todos llegan a buen puerto.

Tamara salió de su ensueño y se reintegró en el grupo que ya estaba por partir a otra visita. En los tures todo debe ser rápido y agitado. Nadie sabe por qué.

Caminaron hacia la salida, rodeados de los recuerdos grabados en las piedras milenarias que parecían hablar con los turistas profanos para pedirles un poco más de respeto. Nadie sale igual, después de tener contacto con los dioses mitológicos y la divinidad presente en todos estos lugares sagrados.

Uno a uno fueron entrando en la camioneta con la botella de agua mineral, infaltable, en la mano, mirada de asombro y rollos de fotos a montones.

Emprendieron la salida y el camino al otro templo, Luxor. El joven recién casado se dirigió a Tamara, con simpatía: —Parecías muy ensoñada.

—Bueno —respondió Tamara—, creo que este templo es algo maravilloso.

—A mí me parece hermoso, desde el punto de vista arquitectónico, será porque soy arquitecto (además era inglés), pero no entiendo bien esta historia de tantos dioses y faraones, todos preocupados con el más allá —replicó el joven.

—Yo tampoco —respondió Tamara— pero, realmente, es impresionante, hay algo más que estética y armonía de estructuras y sueños del otro mundo...

—Me parece que se preocupaban más de la muerte que de la vida —intervino la señora de camisa roja, sentada atrás—. Hablan demasiado de la muerte... Esto asusta.

Todos miraron a la nueva intérprete del diálogo múltiple. —Tal vez —dijo la otra señora sola—, pero lograron dejar sus ideas y sus enseñanzas grabadas en la piedra por milenios. La sobrevivencia del alma está estampada en esos monumentos. Es el testimonio de su fe inquebrantable.

—Yo creo que la energía se condensa en algunos lugares y produ-

ce alucinaciones —dijo el joven recién casado, irónicamente.

—¿Qué? —casi gritó la joven esposa—. Por favor, alucinaciones son otra cosa, esto es verdadera fe religiosa materializada en las piedras. Merece mucho respeto.

—No lo entiendo —dijo Tamara—. Creo en lo que veo y aquí hay cosas que se sienten como una fuerza misteriosa pero usando la lógica, como seres modernos que somos, entendemos que aquí sólo quedan los despojos de un poderío pasado.

—No termino de entender este sentimiento morboso por la muerte, este deseo de construir monumentos gigantes para ser recordados eternamente —respondió el joven, muy entusiasmado con su tesis del momento.

—Es otro el sentimiento de la muerte —respondió la esposa bastante molesta con el rumbo de la conversación—. Ellos querían dejarnos el mensaje a nosotros, querían que no nos alejásemos de la idea central de un Dios creador, padre de todo lo creado. La muerte era nada más que un cambio de rumbo en el camino, por eso siempre representaban el viaje astral con la barca que cruzaba los mares del cielo, camino al Dios padre. Sabían vivir para aprender a morir. La muerte es un acto que debería ser consciente para todos nosotros.

—Bueno, querida, no tomes todo tan en serio. Sólo estamos conversando sobre las ruinas de un viejo templo egipcio —trató de intervenir el esposo—. No te alteres. El problema de creer es simple, o se tiene fe o no se tiene, y yo no la tengo. No me importa mucho.

—El único que pierde con eso eres tú —respondió molesta la joven esposa—. Algún día entenderás el significado de la vida y la muerte como dos caminos que conducen a un solo final. Dios es parte activa del Cosmos y estamos todos mezclados en la telaraña de las relaciones kármicas. Todos nos necesitamos, sin duda.

Se hizo un silencio extraño. Todos pensaban en la muerte de los faraones y en la de ellos mismos. Se sintieron incómodos. Nunca resulta fácil hablar de la muerte, ¿por qué será? Creo que no estamos preparados.

Tamara se enfrascó en pensamientos profundos. Después de todo había venido a Egipto para recuperar la salud mental y emocional y

no para preocuparse por la muerte, los sacerdotes y dioses antiguos o las ridículas mujeres que leen la suerte en los aviones.

Algo dentro de su estómago le decía que el tema no era tan fácil, como ella creía.

Después de todo los antiguos hacían un psicoanálisis más elaborado que el actual, se conocían a sí mismos y enfrentaban la muerte con amor y dedicación.

Estando en este ambiente, no se puede dejar de pensar en el mundo divino como algo que nos pertenece.

El guía sonreía en silencio y parecía planear una sorpresa.

Nadie se dio cuenta.

Llegaron al templo de Luxor. Otro pilón enorme a la entrada y dos colosos faraónicos guardando el acceso. Otra vez la sensación de pequeñez, de ignorancia respecto a las leyes divinas, otra vez la impresión de estar olvidándose del verdadero camino.

Sólo los expertos egiptólogos podían notar la diferencia de los relieves y dibujos, unos tenían mil años de diferencia entre unas paredes y otras. Tal vez, fue la única civilización que mantuvo patrones de cultura y arte tan perfectos que el tiempo no modificó sus creencias. Alguna razón debía haber para mantener con tanto cuidado el conocimiento espiritual llevado al arte, la ciencia y la cultura. De dónde serían estos seres, es aún un misterio para la actualidad. Se habló de naves espaciales, de otras galaxias, de seres de una raza superior provenientes de la Atlántida, de otros niveles de conciencia proyectados en la realidad del mundo, en fin, se aventuraron muchas hipótesis y nadie sabe la verdad.

Luxor es bastante menor que Karnak pero tiene la soberbia de los grandes salones de fiesta. Caminar por sus patios rodeados de columnas altísimas, con capiteles laboriosamente trabajados, paredes enteras escritas con jeroglíficos, cartuchos con los nombres sagrados, admirar la cruz del ankh por todos lados y la atmósfera sagrada, todo hace que los turistas, normalmente bulliciosos, se comporten como en una iglesia.

Bastaba mirar el camino destruido de carneros para imaginarse el esplendor de Tebas hace miles de años, sus gentes, su creencia en el alma eterna, sus lujos, su oro, sus esencias de flores y perfumes, la

mirra y el incienso sobre los altares naturales, los jóvenes estudiantes en las salas de la vida, como se llamaban sus escuelas, los sacerdotes hierofantes, que habían vuelto de la muerte y podían, entonces, curar a los enfermos, el mundo mágico de Osiris, señor de la muerte...

Osiris, Isis y su hijo Horus formaban una trilogía divina muy interesante. En todas las religiones antiguas existen trilogías que representan, al igual que el número tres, la unión de los opuestos y el balance perfecto del todo.

Osiris estaba casado con su esposa y hermana, Isis, la maga, la madre protectora. El es asesinado por su hermano cruel, Seth (Caín y Abel, el Bien y el Mal, la eterna lucha cósmica). Este lo descuartiza y desparrama los miembros por todo Egipto. Isis, loca de amor, busca y encuentra todas las partes, a excepción del falo que fue comido por un voraz pez del Nilo. Isis lloró tanto que el falo astral del amado se revitaliza y la fecunda. Así nace Horus, el hijo bienamado, que representa la renovación y la vida nueva, a través del sacrificio.

Estaba allí el alma eterna, representada en los dibujos que la llevaban en la barca, de un lado del río al otro, hasta llegar a la tierra espiritual. Estaba el “kah” o doble etérico, saliendo del cuerpo físico para pasear y enamorarse de las obras de arte realizadas... , en fin, estaba el espejo del más allá que en realidad, es el más acá.

El dios Amón compartía el templo de Luxor con la diosa Mut, su esposa sagrada y con su hijo divino, Khonsu. Otra trilogía famosa.

Las salas de columnas de capiteles con papiros cerrados y papiros abiertos se continuaban en medio de otras salitas, destinadas a las ofrendas.

Tamara, embelesada con tanta perfección, admiraba cada detalle y de repente recordó la conversación de la camioneta. Dios era una imagen infantil para seres no intelectualizados pero ahora estaba dudando de sus creencias, en medio de tanta religiosidad. La física cuántica con sus postulados de intercomunicaciones, observador y hechos a ser observados, todos modificándose continuamente, la hicieron meditar sobre lo sobrenatural. La afirmación científica de una mente superior, organizadora y perfecta, gestora del primer impulso cósmico o “big bang”, apareció en sus pensamientos, cruzándose con los cartuchos y jeroglíficos místicos. Su mente era un caos.

Tamara observaba las figuras gigantes de Ramsés, embelesada por la perfección de sus líneas y la majestuosidad de su humildad. Hablaban de felicidad y evolución.

Un destello de recuerdo le transmitió la imagen, otro tiempo, otro lugar, otro Coloso... y el viento joven acariciando su rostro. Disfrutaba de la escena cuando de improviso un temblor sacudió su pecho. Miedo. Angustia. Soledad. Muerte. Otro relámpago fugaz: un desfile de mujeres hermosas, una pared completa de dibujos religiosos, el pájaro alado y el sol protector. Otra vez el miedo profundo venido del fondo del ser.

La joven abrió y cerró los ojos varias veces en un intento de volver a la realidad. Nada aparentemente importante había pasado.

Las ruinas actuales, herederas del poderío de ayer, se mantenían de pie, como la Esfinge, señalando el camino que los hombres se empeñaban en ignorar. La energía que las envuelve viene de otra dimensión existencial y pretende animar lo inanimado. Vida y más vida, sólo vida.

—Estos muertos volvían a observar y disfrutar sus tumbas, pero, ¿podían volver para perjudicar a alguien? —preguntó sorpresivamente la señora sola.

—Dicen los antiguos escritos que cuando los muertos no quedaban conformes con el cuidado que se les brindaba o las ofrendas que se hacían en su nombre, volvían a perturbar a los responsables —continuó el guía—. Existe un documento, el Papiro de Turín, donde se relatan algunos acontecimientos de este tipo. Se decía que eran espíritus que “volvían con el viento” para exigir lo que consideraban suyo.

—Si ellos eran escuchados y vistos, debían hacerlo con su kah —dijo la señora sola.

—Exactamente —continuó el guía— o usaban sus cuerpos sutiles para comunicarse.

—Increíble —suspiró Tamara—. Eran como fantasmas que se aparecían...

—Bueno —dijo el guía—, un fantasma es sólo la visión de alguien que vivió en la Tierra y ahora no tiene más cuerpo físico. No hay que temer.

Se hizo otro silencio. Todos meditaban en estas cosas del espíritu, en la vida y la muerte, la culpa y el premio, Caín y Abel y las eternas luchas entre el bien y el mal, entre los seres de la oscuridad y los de la luz.

Hay momentos en que lo trascendental puede modificarnos, elevándonos de la materia grosera. Son estas vivencias las que nos permiten vislumbrar un rayito de sol en medio de la tormenta y nos abren el corazón a las experiencias místicas que la vida nos ofrece. Tal vez es cuando unimos nuestros dos mundos, el material y el espiritual, el superior y el inferior. Un escalón más cerca del dios personal o interior.

El tiempo de la visita terminaba y salieron todos, rumbo al hotel.

Descansó un tiempo y se preparó para el pequeño paseo por el desierto, en camello. No sé por qué la gente se llena de programas, uno atrás del otro, cuando está en un lugar nuevo. Tanta cosa para ver y después, tanto cansancio junto...

IV

Dieciséis horas. Estaban todos listos para la excursión, en un lugar apartado, cercano al desierto de Luxor, un pequeño pueblo de los suburbios.

El camello es un animal extraño que nos recuerda a los prehistóricos, tal vez por su tamaño desproporcionado o su fealdad. Son altos, desparejos, desiguales, lampiños, con cara de cansados y ojos de carnero degollado. Pobres camellos. ¿De dónde vendrían? En la época de los faraones no se los conocía. ¿Dónde habrán estado todo ese tiempo?

El que estaba destinado a Tamara tenía un cordón con pompones de lana coloridos, alrededor del cuello y campanitas que sonaban con los movimientos de la cabezota. Eran graciosos, grandes e infantiles, a la vez.

Subirse le resultó fácil. Estaba bien entrenado. Primero agachó sus patas delanteras en ángulo agudo y luego se sentó en las traseras, quedando bien arrodillado en el suelo. La montura era algo extraña, parecía un conjunto de mantas de dormir. Subió y se sostuvo como pudo, una mano en las riendas y otra por detrás de la montura, en una madera que siempre está en ese lugar, tal vez, parte importante de la silla de montar.

En ese momento recordó la extraña manera que tienen los beduinos de esterilizar a las hembras del camello, colocando una pequeña piedra dentro del útero. Infalible aunque misterioso. De

allí debe haber surgido la idea del espiral anticonceptivo.

Eran quince personas en total, de diferentes edades, nacionalidades e intereses. Todos montados en los camellos cansados del desierto de Luxor.

Salieron en fila india, hacia las arenas desconocidas. Tamara sintió latir su corazón entre el miedo a caerse de esa altura y la alegría de sentirse la princesa árabe en busca del príncipe encantado.

Es curioso lo que hace este paisaje en la mente de los hombres. La zona verde y fértil iba quedando atrás y las arenas se presentaban como incógnita de los tiempos. Inmensidad árida. Caminos por recorrer, misterios por descifrar.

Tamara miraba cada detalle con atención. Sus compañeros de viaje parloteaban entre sí con risas nerviosas y palabras vacías. Ella sintió la necesidad de guardar silencio interior para integrarse al paisaje. Su alma se unía a la inmensidad. La conciencia se multiplicaba.

La primera impresión del desierto es que todo es igual. Después vemos las diferencias entre las dunas, algunas pequeñas, otras grandes, unas lisas, otras con las laderas marcadas en líneas paralelas por el viento. También las piedras que aparecen son diferentes, en forma, tamaño y textura. Las piedras tienen temperatura, vibración y Espíritu interior. Arena y piedra, diferencias siderales.

Un cielo límpido se vestía de azul. El silencio se sentía sonoro y armonioso.

Media hora de cabalgata, o mejor sería decir, de “camellada”, había pasado. El guía y sus cinco ayudantes estaban atentos a los detalles. Una señora gorda amenazaba con caerse, un hombre delgado no dejaba de silbar y asustaba a los camellos, otros no sabían dónde poner las manos y gesticulaban demasiado. Un viento caliente saludaba los rostros y el olor de Africa, penetrante y único, llenaba las narices.

De algún lugar o de todos, sonaban las campanas y los rezos, llamando a la última oración de Alá. Siempre será mágico oír los sonidos que elevan el alma de Dios, de donde quieran que vengan.

En ese momento el grupo se detuvo. El guía explicó, brevemente, que deberían aguardar unos diez minutos. Era la hora del profeta Mahoma y su dios Alá, la hora de todos los hijos divinos.

Para sorpresa de los quince turistas, que no conocían los ritos islámicos, los seis hombres bajaron de sus camellos, extendieron una manta corta sobre la arena y todos, en la misma dirección, se pusieron a rezar. Las cabezas miraban hacia La Meca. Increíble cómo encontraban el punto cardinal, en cualquier situación o lugar, con tanta facilidad.

Arrodillados, se inclinaban hasta tocar el suelo con sus frentes, en señal de humildad y obediencia, volvían a incorporarse sobre sus rodillas y volvían al suelo. Repitieron las genuflexiones varias veces, acompañándolas con oraciones sonoras en árabe.

Tamara sintió el corazón lleno de ternura. Para estos hombres, Dios estaba presente aquí, en la arena, en el interior y sobre la faz de la Tierra. La fe actuada es siempre algo que nos conmueve. Recordó haber visto a varios de ellos con la mano izquierda dentro del bolsillo donde llevaban el rosario musulmán. Es parecido al cristiano pero más corto y no tiene las divisiones por decenas de las cuentas. Recorren el rosario con los dedos y rezan mentalmente, todo el tiempo, en cualquier lugar que se encuentren.

Curioso —pensó— venir a Egipto para pensar en Dios. Tal vez el ambiente místico de los antiguos me está modificando las ondas mentales. ¿Serían magos que perpetuaban sus poderes a través del tiempo?

Continuó meditando algunos segundos más.

Pasada casi una hora de viaje llegaron al oasis, meta de la excursión. Generalmente pensamos que son lugares planos pero en realidad son terrenos irregulares, con pequeños promontorios y hendiduras que acompañan el correr del agua. Hay pastos altos y vigorosos, palmeras, dátiles y cocos. La tierra es fértil, así que cualquier cosa puede crecer libremente aquí. Tierra exuberante y generosa.

Los esperaba un grupo de beduinos for export con tiendas descoloridas, niños sucios y camellos viejos. Familias del desierto preparadas para turistas.

Les habían preparado una comida típica y un show. Había carne de camello y cordero, leche de cabra y queso de no sé qué, panes de cebada, dátiles, bananas y cocos.

Al bajar del camello todo el mundo sintió el efecto de la came-

llada. Las piernas no duelen de la misma manera que con el caballo pero la cintura y los riñones parecen de plástico. Los tobillos se hinchan y la cabeza parece bajada del lugar.

Estiraron sus cuerpos doloridos pero complacidos de la aventura, caminaron por el amplio oasis, intentando descubrir cosas nuevas y finalmente se reunieron en un círculo, en el suelo, frente a la carpa principal. Un hombre de unos cincuenta años, alto, moreno, de ojos verdes y barba bicolor los recibió. Era el jeque árabe de esos beduinos, aunque nadie le creyera. Tamara pensó que si él era jeque, ella era Soraya, en fin.

El extraño personaje los convidó con leche tibia, panes calientes, carnes y frutas. Se deleitaron con dátiles, cocos, pistachio y maní.

Las mujeres, vestidas de negro y con los rostros casi totalmente tapados, traían las bandejas de plástico moderno conteniendo las comidas tradicionales. Los dos mundos se unían.

Tamara sacaba fotos sin cesar pensando que sus amigos nunca creerían lo que estaba viendo y se concentró en la manera elegante de no aceptar la horrorosa leche de cabra. Su solo olor la descomponía. Nunca había podido beber leche. Pensó si eso tendría que ver con la imagen materna. Ella quería a su madre pero odiaba la leche. Basta, gritó interiormente, me voy a volver una psicoanalizada barata. Cuántas pavadas se pueden pensar en el desierto.

Unos jóvenes aparecieron con instrumentos musicales. Eran unas guitarras pequeñas y unas castañuelas mínimas que se colocaban sólo en dos dedos, índice y pulgar. Comenzó la música, alegre y movida. Otras jóvenes mujeres bailaban con mucha gracia y el barullo de los cánticos festivos llenó el desierto. Baile sensual y provocativo. Mahoma no veía.

Los sonidos parecían repetirse siempre, al igual que las oraciones. Oriente era difícil para los occidentales, sin duda.

Después de un tiempo de comida y música, el “jeque” les dijo que allí vivía la clarividente más grande de todo Egipto y que por una módica suma leería la suerte de todos los presentes. Su especialidad era leer la arena, una manera muy diferente de videncia.

Inmediatamente se produjo una revolución energética. Todos corrieron a una fila para ser agraciados con la bienaventuranza eter-

na de la videncia ajena. Curioso, los hombres que tienen fama de no creer en estas cosas, fueron los primeros en acudir al llamado mágico del improvisado jeque árabe.

Tamara sintió que el corazón se paraba y el estómago empezaba a gritar de bilis. No. Otra experiencia de suerte, no. Nunca había sido amante de las predicciones. Había algo temeroso en la capacidad del otro de saber el futuro ajeno. Para ella el futuro era un conjunto de etapas que no se podían saltar, como Piaget. Era mejor ignorar los resultados adelantados.

Parecía que estaba en un grupo extraño donde a todos les gustaba leer la mano, la suerte y cualquier otra cosa. La experiencia del avión, que intentaba olvidar, era suficiente para un viaje solo. Decidió quedarse sentada y callada para pasar inadvertida.

El cielo se había oscurecido, la noche había invadido la esfera superior. Las estrellas brillaban sobre la tierra de los faraones. Pasaba el tiempo y la fila se achicaba. Los que salían hacían comentarios entusiasmados sobre los poderes de esa señora.

Tamara rogaba interiormente que nadie se diera cuenta de que ella no participaba del festín mitológico. Ni pensar en enfrentar otra videncia.

Ya habían entrado todos y se disponían a subir a sus camellos para el regreso, cuando de la tienda principal sale una señora gorda, desdentada, con el rostro descubierto y el cabello tapado por una mantilla negra, como todas las otras. El cabello no se muestra nunca, a excepción del marido, en la intimidad del hogar. Es un símbolo fálico aunque no lo creamos.

Miró hacia Tamara y dijo bajito, en un inglés bastante claro: —Jovencita, usted no quiere saber su suerte porque teme enfrentarse consigo misma.

—No —respondió tímidamente la joven, agradeciendo hablar inglés, también—. No creo que sea eso pero, la verdad, no me interesa mucho el futuro adelantado.

—Entre, por favor, a usted no le cobraré, necesito hablarle. Ante la invitación, que más parecía una orden, Tamara se levantó de la rueda y siguió a la anciana adentro de la carpa.

Las piernas le temblaban y las manos se le humedecieron. Trató

de controlarse pensando que todo eso era una pavada y que una médica inteligente como ella, no podía temer a una vieja desdentada, en el medio de un desierto fabricado para turistas, que se creía dueña de poderes paranormales.

El interior de la tienda era simple. Muchas alfombras persas cubrían el piso, algunos almohadones servían de sillas y camas al mismo tiempo, unos frascos y vasos, un radio grabador moderno que desentonaba con el conjunto. Era todo.

Se sentaron frente a frente sobre dos cómodos almohadones y la vieja levantó un pedazo de alfombra. Quedó al descubierto una superficie de arena, material que usaba para su mancia. Tamara pensó que nunca nadie le había pronosticado con arena. El método era original, sin duda.

La vieja tomó una vara de papiro, planta fibrosa, larga y delgada y con ella empezó a mover la arena del piso, como si fuera un plumero.

Tamara parecía hipnotizada observando los círculos concéntricos que trazaba en la arena.

Luego se detuvo y rezó algunas cosas inentendibles, movió la arena con las dos manos. Se detuvo, quedó en silencio y le pidió a Tamara que apoyase las dos palmas de sus manos sobre la superficie de arena. La joven obedeció en silencio. Quedó estampada la foto de su vida. Cuadro holístico del Tercer Milenio.

Pasados unos segundos, la extraña clarividente entró en trance. Con los ojos cerrados, con palabras lentas y seguras empezó a relatar lo que veía, fuera de tiempo y espacio.

Mirándola en su postura erguida, los ojos cerrados, la boca moviéndose lentamente y el silencio reinante, parecía ser una escena de otra dimensión de conciencia y... tal vez lo fuera.

—Veo un gran torbellino que te envuelve y te retiene. El torbellino está en ti y fuera de ti. Extraño. Enemigos del pasado aparecen para cobrar viejas deudas. Amigos del futuro vienen en ayuda. Confía en los nuevos amigos, ellos pertenecen a otras etapas de crecimiento y tienen la fuerza y el conocimiento para ayudarte. Tú no crees en nada sobrenatural pero el tiempo llegará en que no podrás dejar de creer. Eres ignorante de las leyes divinas y crees saber mu-

cho. El tiempo llegará en que deberás aprender otra realidad que no sea la de tu mente material.

“El alma sufre más que el cuerpo pero el cuerpo no quiere obedecer a la mente física. Hay otra realidad dentro de ti y los tiempos se juntan. Confía en tus guías espirituales y en los amigos nuevos. El dios-sol estará contigo para ayudarte a vencer a los soldados de la oscuridad. No temas y confía en la fuerza del bien que siempre es superior al mal.”

De repente la vieja se calló y quedó inmóvil como una estatua de yeso.

Tamara estaba más dura que la vieja, no sabía si estaba en la tienda, en un templo o suspendida en el aire de los tiempos remotos.

Las palabras que acababa de escuchar se habían grabado a fuego en su cerebro. No las entendía completamente, eran algo confusas pero el tono y la seriedad con que fueron pronunciadas indicaban una cierta gravedad.

La vidente que pareció volver de un viaje lejano, sonriendo le preguntó cómo le había ido en la sesión. Tamara no podía responder, las palabras no salían de su boca. Además le parecía insólito que la propia médium le preguntara. Esta se apresuró a explicarle que durante las videncias ella no recordaba nada y a veces creía que ni siquiera era ella quien hablaba. Sorpresa mayor para la joven médica. Nunca había considerado la posibilidad de que alguien hablara sin recordar sus propias palabras. Todo en Egipto estaba resultando demasiado mágico para ella.

—Las respuestas a tus incógnitas aparecerán de a poco dentro de ti —respondió la vieja desdentada, con aire de cariño—. Debes confiar siempre en la divinidad.

—Habla de confiar y esto lo repitió mucho —aventuró Tamara—, pero aún no sé en quién confiar ni de qué me está hablando.

—Especialmente en ti misma, en tus propios valores como hija del Dios y en los seres del mundo espiritual que siempre acuden en nuestra ayuda.

—Gracias, recordaré sus palabras, se lo aseguro, pero necesito tiempo para incorporar tantas cosas nuevas a mi vida, sobre todo la presencia de seres invisibles o celestes y las cosas del Karma.

—Naturalmente y así será. Cada cosa a su debido tiempo.

Nada sucede por casualidad ni tampoco nada existe sin sentido claro. Ya sabrás reconocer las señales de los tiempos —sentenció la vieja misteriosa.

Tamara salió de la tienda como si caminara entre nubes. Con dificultad se subió al camello y todos partieron de regreso. Su mente no paraba de pensar y un sentimiento de miedo empezó a llenarle el estómago. Había planeado este viaje con mucho entusiasmo, orientada por su psiquiatra, para recobrar las fuerzas perdidas, para encontrar su equilibrio interno, para superar las crisis del divorcio y la falta de hijos programados, en fin, para todo esto, pero no para encontrarse con personas misteriosas que hablaban de cosas misteriosas en un país misterioso, donde el cielo y la tierra se unían.

Esa historia de enemigos del pasado que volvían le retumbaba en la mente. Sabía que no los tenía pero tampoco creía en esos amigos del futuro que tanto la ayudarían. Palabras similares a las del avión.

Instintivamente evocó la figura alta y delgada del ángel custodio y pidió mentalmente su protección.

Trató de alejar esos pensamientos y concentrarse en el viaje de regreso por el desierto oscuro. Las estrellas brillaban como faroles encendidos e iluminaban las arenas húmedas por la ilusión óptica.

—Lindas estrellas —dijo el guía, en un intento de modificar el ambiente de los asustados turistas.

—Sí —respondió Tamara, sabiendo que debía continuar este diálogo—, son hermosas.

—Pensar que los antiguos egipcios conocían tan bien esas estrellas que podían mentalmente trasladarse cuando querían. Además se supone que de una de ellas vinieron, de Capela.

Tamara sintió despertar su interés por esta posibilidad que nunca había oído.

—¿Qué es Capela? —preguntó curiosa.

—Es una estrella mucho mayor que el Sol perteneciente a la constelación de Cochero, entre Géminis y Tauro. Es de color amarillo y de estado gaseoso y se comporta como un sol joven —explicó el guía con entusiasmo.

—Nunca oí hablar de ella antes, y mucho menos como origen del pueblo egipcio.

—Hablamos del pueblo antiguo, ese que conocía las trepanaciones de cerebro, las operaciones de corazón, la astronomía, la astrología, las condiciones del suelo y sus cosechas, el arte de pintar con elementos naturales que perduran hasta nuestros días, los que conocían los secretos de la vida y la muerte, hablamos de miles de años antes de Cristo. Lo que queda del pueblo egipcio no pertenece a ese pasado, es otra raza diferente, otro nivel de existencia.

Tamara no salía de su asombro. Era un diálogo maravilloso con el guía casi desconocido, en medio de la noche estrellada del desierto de Luxor o de Tebas.

—Cuénteme más de Capela —pidió ansiosa.

—Bueno, no hay mucho más. Dicen las tradiciones esotéricas que este pueblo cultísimo y muy religioso vino expulsado de este solo Capela porque eran espíritus rebeldes que no se adaptaban a su planeta muy evolucionado, espiritualmente. El castigo fue su expulsión y la venida a la Tierra, planeta de baja vibración astral y aún en proceso de crecimiento. Su misión era mezclarse con los hombres de la Tierra, enseñarles su cultura y sus avances espirituales, colaborando en la elevación del hombre primitivo de aquí. Observe usted que no se conoce período de prehistoria en el pueblo egipcio. Parecería que nacieron sabiendo.

Se hizo un silencio profundo. Las imágenes se introducían en sus pensamientos, buscando acomodar tanta información nueva, que en realidad, era vieja.

El resto del grupo no participaba de la conversación, estaban entretenidos contando chistes de moda y hablando de la vidente de arena. La única que prestaba atención era la joven esposa que dijo, en ese momento:

—Mi madre me contó hace mucho tiempo esa tradición. Me parece interesante pero no se pudo comprobar.

—Es verdad, pero tampoco vemos la electricidad y ella existe —dijo el guía con aire sabio.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó Tamara intrigada por la historia fantástica del origen de los egipcios.

—Dice la tradición que tuvieron éxito en su misión porque pasaron los conocimientos adelantados que poseían en la ciencia, el arte, la medicina, la agricultura y en religión. Hablaron, por primera vez, de un Dios que cuida las almas y les da muchas oportunidades.

—¿Cómo era eso? preguntó Tamara.

—Ellos creían firmemente en la continuación de la vida y por eso hacían monumentos tan maravillosos. El alma del muerto tenía un doble llamado “kah”, que hoy llamaríamos cuerpo bioplasmático, doble etérico o periespíritu, que lo acompañaba durante todo el período de la entre-vida. Era este cuerpo astral contenedor del Espíritu quien visitaba sus tumbas, leyendo y aprendiendo los escritos de las paredes, disfrutando de sus cosas terrenas que allí estaban y acercándose a los vivos para ayudar en su trayectoria por la Tierra. El alma pasaba por un proceso de purificación y de faltas negativas. Si su vida había sido buena, entraba en la tierra de Osiris y disfrutaba de la vida sin el cuerpo físico, sólo con su kah. Si no lo había sido, debía trabajar mucho en ese período para lograr el perdón de sus faltas y su propia elevación espiritual.

—Realmente eran muy conocedores de los secretos de la muerte —dijo la joven esposa—. A mí me parece fascinante todo esto. Es increíble que la mayor parte de sus trabajos artísticos fueran hechos para ser disfrutados por los espíritus y no por los vivos.

Otro silencio. Estaban metidos dentro del misterio de los tiempos y los conocimientos que sobrepasan la lógica humana. El trabajo de las tumbas era secreto y solamente sería visto por ojos desencarnados, jamás por ojos de seres vivos o encarnados. Era obra para el mundo espiritual, únicamente.

Tamara volvió al comienzo de la charla. —¿Qué pasó con ellos y la estrella Capela?

—Dicen que volvieron a ella, felices de haber cumplido con su misión de redención en este planeta y ahora no necesitan reencarnar más aquí. Volvieron al paraíso perdido, después de milenios de trabajo personal.

—¿Existe algún indicio en los jeroglíficos que apoye esta teoría, es decir, que vienen de Capela? —preguntó Tamara, tímidamente.

—Según los escritos sagrados, el alma después de la muerte física

hace su viaje por el cosmos astral y su corazón es pesado en la balanza de Maat. Si pesa menos que una pluma y su confesión es negativa, prueba que fue un buen hombre en la Tierra y tiene derecho a habitar en el cielo de Osiris, cerca de Orión y las Pléyades, donde podrá ver finalmente, al Toro del cielo... —explicó el guía.

—¿Toro? —preguntó Tamara—. ¿No es lo mismo que Taurus?

—Sí, exactamente, y Capela está entre las constelaciones de Géminis y Tauro o Toro.

—Es increíble esta historia... ¿y de la Atlántida que tanto se habla, como origen de ellos? —volvió a preguntar la joven muy interesada.

—Bueno, en realidad las dos historias se combinan. Algunos sobrevivientes de la Atlántida fueron los fundadores de esta generación de antiguos egipcios. Los atlantes eran también de Capela pero como se dejaron tentar por el poder y el oro, no cumplieron con la misión sagrada de trabajar el amor, el perdón y el desapego y fueron desterrados de la isla Atlántida o Poseidón... Los sobrevivientes de las terribles catástrofes que hundieron la tierra o isla, se establecieron en Egipto y lucharon por vencer las pasiones primitivas, instituyendo un reino de amor y religiosidad que duró milenios.

—¿Es Capela muy diferente a nuestro planeta? —preguntó la joven esposa.

—Sí. Capela pertenece a los planetas llamados superiores, donde el hombre es un ser espiritualizado, camino al final de la evolución, próximos a Dios. No necesitan de cuerpos físicos tan densos como el nuestro, así que sus “kah” o cuerpos etéreos son luminosos y gaseosos, sutiles y muy perfectos. Ellos se pueden trasladar de un lugar a otro, sólo con la voluntad. A pesar de este grado de perfección que tienen todavía no son espíritus puros, todavía tienen que reencarnar, aunque sea en planetas o esferas de existencia superiores —explicó el guía con mucho entusiasmo al poder explayarse en un tema que lo apasionaba.

—¿Y la Tierra, qué clase de planeta es? —preguntó Tamara.

—La Tierra es un planeta intermedio. Hay planetas más abajo en la escala de valores espirituales y otros, superiores. La Tierra está en proceso de elevación pero aún falta mucho para llegar. Debemos superar el odio, la envidia, el poder, la ambición, el rencor, y muchas

otras pasiones bajas. Nos falta mucho camino para recorrer...

—Nunca hubiera pensado en estos términos sobre la evolución de los mundos —suspiró la joven, muy pensativa.

—Siento que esta historia debe de ser verdad —comentó Tamara—. Es una muy buena explicación sobre ese origen tan misterioso de ese pueblo tan avanzado, en todos los sentidos. —Así lo creo yo también —dijo el guía—. Son ejemplos de superación de la animalidad del hombre y la elevación a la espiritualidad.

La magia del desierto los cubrió en su viaje de retorno. El resto del viaje fue hecho en silencio como homenajeando a los poderosos del pasado.

Desde el cielo, Capela les sonreía, allá en la constelación del Cochero.

V

Esa noche Tamara tuvo un extraño sueño. Estaba en una isla gigantesca, totalmente diferente a las conocidas. Castillos y palacios altos y elegantes, revestidos de oro puro, se veían por doquier. Caminos estrechos y sinuosos recorrían la ciudad. Las plantas audaces, trepaban por los troncos de las palmeras, mezclándose con orquídeas maravillosas y flores multicolores. El cielo era de un azul tan intenso que llegaba a encandilar. El aire, diáfano y puro. Buscó saber dónde estaba y encontró un cartel: AZTLAN.

Siguió buscando más información porque ésta no era suficiente, pero no la encontró. Estaba en la isla de Aztlan.

Caminando por las calles alegres y coloridas encontró algunas personas, que le llamaron la atención por su apariencia. Eran altos y elegantes, de piel rojiza y cabellos largos y negros. Los ojos eran marrones y llamaba la atención su brillo especial. Parecían adivinar el pensamiento ajeno y contener mucho poder mental. Las orejas eran llamativas, alargadas y puntiagudas, mayores que las normales. Se levantaban hacia atrás y arriba del cráneo. Semejaban antenas esotéricas.

Tamara vio pasar varios hombres, mujeres y niños. Todos tenían el mismo aspecto, cambiando solamente los detalles personales propios de cada uno.

Se admiró de poder observar una luminosidad alrededor de sus cuerpos. Recordó las lamparitas eléctricas. Esta luz, que rodea-

ba los cuerpos de los habitantes de la isla, se expandía a algunos metros de distancia y presentaba diferentes colores y matices.

Se entretuvo un buen tiempo estudiando el fenómeno de luminosidad de estas personas. Nunca había visto algo semejante. Prestando más atención vio que la luminosidad era mayor en la parte de la cabeza y que además se inclinaba hacia adelante y fuera del cráneo. Estos seres tenían un cuerpo sutil diferente a todos los otros conocidos. La parte superior se extendía hacia afuera del contorno físico.

Tamara siguió caminando mirando todo lo que aparecía ante sus ojos. Tenía la sensación de estar en una tierra encantada.

Al llegar a una esquina, vio dos niños jugando a la pelota. Se acercó y conversó con ellos. Les dijo que tenía hambre y quería saber dónde conseguir alguna fruta. Los chicos se rieron y uno dijo: —Si quieres una manzana, sólo tienes que desearla.

—La deseo pero tengo que saber adónde conseguirla, dónde comprarla —insistió la joven.

—No conozco ese verbo —rió el otro niño—. Observa.

A continuación, cerró los ojos, movió las orejas puntiagudas y extendió la mano izquierda. Segundos después, una hermosa y perfumada manzana se materializaba en su mano, como caída del cielo.

Tamara estaba sorprendidísima. Tomó la manzana y comprobó que era real, tenía peso, color, textura, olor y sabor. Con cierto miedo comenzó a comerla, en cuanto los chicos se perdían en el aire, volando como pájaros y riéndose de ella.

Era la manzana más deliciosa que había comido y la más mágica, sin duda.

Repuesta de su asombro, continuó caminando por la extraña ciudad. El oro de los edificios encandilaba los ojos y asombraba la mente. Pájaros de cristal transparente volaban sin cesar emitiendo sonidos musicales celestiales. Pétalos de rosas caían en determinados sectores, perfumando toda la zona. Era un mundo diferente.

Más adelante encontró un hombre muy alto y hermoso, de cabellos renegridos y largos cuyas orejas eran más puntiagudas

que las de los otros seres. Se acercó y le habló. El también se rió de ella y le dijo:

—Pareces perdida, niña. ¿Qué deseas?

Tamara, entusiasmada por la experiencia de la manzana, se atrevió a pedir:

—Quisiera tener las joyas más hermosas del mundo.

El hombre alto se rascó la oreja, cerró los ojos, habló con los pájaros de cristal y extendió la mano izquierda.

En pocos minutos cayeron tantas joyas que las manos no alcanzaban para sostenerlas. Se las entregó riendo. Tamara no podía creer lo que veía. Eran collares, pulseras, aretes, anillos, diademas, broches, todo de oro y piedras preciosas. Se sentía la reina de Aztlan.

Sorprendida por la facilidad que tenían estos seres de materializar cualquier cosa, siguió su camino, buscando nuevas experiencias.

Un buen tiempo después, encontró una viejita encorvada y arrugada que descansaba al borde del camino. Juntó coraje y le habló. El mismo procedimiento, la miró, se rió y le preguntó qué quería. Tamara pidió comprobar el nivel de poder mental de ellos.

La viejita, riendo, le pidió que mirase sobre una pared blanca. Sobre la pantalla improvisada comenzó a correr el film de su vida, desde niña hasta el presente. Llegado al punto de este, su viaje, a Egipto, se detuvo. La pantalla se llenó de puntos y sombras negros.

Tamara, asustada, pidió explicaciones. La viejita respondió que hasta ella tenía límites cuando se trataba de cosas del pasado, mezcladas con magia. Con Egipto no se juega, dijo, de allí proveñan sus hijos, escapados de Aztlan, Atlántida mística.

Tamara salió corriendo y vio a cuatro gnomos jugando a la ronda y varias salamandras con los elfos escuchando las indicaciones de la viejita, que ahora, estaba con el hombre de orejas puntiagudas. Los Elementales se hacían presentes, obedeciendo a sus amos.

Una figura alta y delgada, resplandeciente de luz se acercó y le dijo:

—Conociste el poder ilimitado de los hombres atlantes y por el mal uso que hicieron de él, esta cuarta raza adámica fue destruida y su paraíso hundido. Los pocos sobrevivientes lucharon por su sobrevivencia. No investigues más allá de tu capacidad de entender. Cada cosa tiene su momento y su razón.

A continuación, enormes olas furiosas taparon la escena, entre espuma y larva de volcanes en erupción. Fuego y agua, los dos purificadores naturales estaban actuando para lavar las ofensas del hombre.

Cuando Tamara despertó, el sueño continuaba vívido en su mente, sorprendiéndola.

VI

Muy temprano, al día siguiente, Tamara y otros turistas atravesaron el Nilo en un pequeño barco a motor, una lancha bastante moderna. Se dirigieron a la margen occidental, la tierra de Osiris, la tierra de los muertos sagrados. Esa que durante milenios no podía ser visitada por los mortales. Era el reino de la Espiritualidad.

Es aquí donde se construyeron las famosas tumbas de los reyes y reinas, escribas, nobles y sacerdotes. En los lugares más escondidos para que nadie los encontrara, se excavaron en la roca las tumbas enormes y lujosas de los hombres y mujeres importantes de su época. El valle de los muertos.

Los templos recordatorios se hacían en lugares muy alejados de aquí para rendir memoria a los muertos para preservar sus tumbas de los saqueos y profanaciones.

El Nilo tiene un encanto especial que parece remontarnos a los tiempos de Capela y Ramsés II. Sus aguas son históricas ya que vieron el surgimiento y la desaparición de esta raza especial, venida de un sol lejano.

Llegados a tierra, tomaron una combi que los trasladó, a través de la zona verde hasta las arenas áridas de las montañas sagradas. El paisaje es cambiante y excitante.

Tamara sentía latir el corazón de una manera diferente, había algo más que curiosidad y fantasía. Era como si reconociera el lugar. No lo podía aceptar porque ella no creía en recuerdos del pasado

kárnico y tampoco tenía seguridad en la sobrevivencia del alma. Sería producto del gran calor y de las conversaciones del día anterior. La mente es un extraño juguete en manos de las emociones, sin duda.

De los compañeros de viaje solamente estaba una de las señoras solitarias del viaje al desierto. Sintió pena de no ver al joven matrimonio con el que se había encariñado.

Al llegar al punto de destino se encontraron con una feria moderna de artesanía, donde se podía apreciar toda clase de artículos, piedras, pirámides, escarabajos, gatos sagrados, cuadros pintados, telas exóticas, amuletos, y un sinfín de cosas.

Los turistas, como compradores compulsivos que eran, se abalanzaron sobre las tiendas coloridas. Las únicas que no se acercaron a comprar fueron Tamara y la señora solitaria, que se llamaba Alicia.

Alicia se aproximó y le dijo a Tamara:

—Ya compré tantas cosas que no tengo lugar en las dos valijas que tengo. Creo que no podré comprar ni un recuerdito en Estambul, para donde voy después. Usted tampoco compra.

Esperaba una respuesta y Tamara dijo, casi sin ganas:

—A mí no me gusta mucho comprar porque después no hay lugar donde poner estas cosas que aquí parecen divinas y en casa, horribles. Además me duele la cabeza.

—Pobrecita, querida, debe de ser el sol que es muy fuerte por aquí. Tengo aspirinas, si quiere.

—No, gracias, prefiero no tomar nada, ya se pasará. —Claro, pensó, soy igual que todos los médicos, recetamos a los otros y nosotros no tomamos nada.

La conversación no prosperó así que permanecieron en silencio, observando todo. Las tumbas se acercaban, mostrando las entradas de concreto moderno con que habían sido hechas para permitir el acceso a ellas.

Cada tanto se veía una, eran muchas, sin duda. La montaña se mostraba alta, agresiva e imponente. Era un lugar de recogimiento religioso que los hombres profanaban sin piedad.

El cielo azul claro parecía sacado de un pincel de artista plástico. Las piedras mudas, parecían hablar en un idioma diferente. El sol quemaba.

Cuando finalmente los bulliciosos visitantes terminaron de comprar todo lo comprable, emprendieron el camino a las tumbas de las reinas. Los otros valles, de reyes, nobles, escribas, estaban un poco más lejos de allí, pero no demasiado.

Tamara sentía un extraño dolor de cabeza que aumentaba con cada paso. Parecía estallar algo allí adentro de los sesos. Las manos estaban húmedas como siempre que se ponía nerviosa, como el día en que recibió el diploma. Se acordó de la señora del avión y sus predicciones. La vieja desdentada apareció después. Todos parecían hacer un carnaval con sus pensamientos confusos. El guía del día anterior y la famosa estrella de Capela también surgieron en la fiesta mental.

Se sobresaltó cuando el nuevo guía dijo que deberían prepararse para entrar en la primera tumba a visitar. Era la de un joven príncipe, Amen-Hor Khepesh, hijo de Ramsés III, muerto a los trece años. Hasta esa edad los hombres eran sepultados con las madres, en el valle femenino. Por ese motivo fueron encontrados muchos cuerpos de niños y fetos momificados, en este valle.

La puerta de material blanco contrastaba con la piedra vieja pero evidentemente, había que hacer una entrada moderna. Fueron pasando de a uno por el sendero angosto, un túnel estrecho iba hacia abajo, muy inclinado. Había que sostenerse del pasamanos de madera y caminar con cuidado por las tablas del piso, en ángulo agudo. Llegaron a un recinto cuadrangular, todo pintado, paredes y techo. Era impresionante y majestuoso. Los turistas se embelesaron con las figuras de los dioses, Osiris, Anubis, Maat, Isis y los jeroglíficos descriptivos de la vida del joven y su tiempo. Los colores estaban firmes sin mostrar el paso de miles de años, las figuras se erguían como altares del cielo. La explicación rápida pero certera iba llenando los oídos de cultura y fe. Todos escuchaban con el mayor respeto.

Tamara sintió que el dolor de cabeza iba en aumento. Un vértigo fugaz la envolvió. Pensó que iba a desmayarse.

Las paredes parecían venírsele encima y todo el lugar parecía salir de las piedras pintadas. Vorágine. Miedo. Memoria akásica.

Se sostuvo y continuó bajando a otras dos piezas pequeñas que en otro tiempo guardaron las pertenencias del príncipe y estatuas de los dioses y faraones. Finalmente llegaron al cuarto del sarcófago.

El ataúd era de piedra maciza y oscura, sin pinturas. Extraño hecho, ya que todos eran profusamente decorados. Probablemente el joven murió antes del tiempo calculado para terminar la obra. A un costado se veía el cuerpo momificado de un feto de seis meses. Tal vez un hermano del difunto. El silencio del lugar llamaba a reflexión.

El techo de la sala del difunto era un cielo pintado de azul con hermosas estrellas dibujadas. ¿Sería recuerdo de otro cielo estrellado perdido en la vía láctea?

El guía explicaba con esmero los diferentes puntos importantes de las esculturas y el significado de los extraños mensajes escritos.

De repente se escuchó la voz de Tamara, un poco diferente, más aguda y más lenta.

—Las paredes de estas cuevas excavadas en las montañas se hacían sobre la superficie cubierta de barro y paja, alisado y secado con mucho cuidado. Debían estar bien lisas para poder usarlas. Luego se dibujaban los contornos de las figuras con trocitos de carbón, teniendo cuidado con las proporciones armónicas de los cuerpos y sólo después se podían pintar. Las mezclas de pintura se lograban con algunas hierbas del lugar y el polvo sacado de otras piedras como la tiza, la malaquita, el cobre, el cristal. El pincel era una rama de junco con la punta machacada. Había muchos tamaños de ellos, para las diferentes necesidades. Siempre se le agregaba a la pintura algún tipo de pegamento, como la cola o la clara de huevo para que se adhiriera mejor a las paredes. Deberían durar hasta el fin de los siglos.

Todos los presentes la miraron con admiración. El guía, con la boca abierta, le preguntó:

—Señora, ¿cómo sabe usted tanto de las técnicas de pintura antigua?

Tamara, como salida de un sueño, respondió: —No sé, no lo sabía antes, no sé...

—Cuéntenos algo más, querida —pidió Alicia, la señora solitaria.

Tamara entrecerró los ojos y dijo con voz pausada:

—El trabajo mayor era siempre por causa de los detalles. Para terminar la uña de un pie, por ejemplo, o el juego de luz y sombra de un ojo, se demoraban semanas enteras. Cada pliegue de la ropa debía tener profundidad y textura para verse real y vital.

No podían trabajar muchos artesanos juntos porque se molestaban entre sí, en los espacios reducidos de los dibujos. Entonces, unos trabajaban solamente en los techos, otros en las paredes y otros en las esquinas. No debía quedar ningún lugar en blanco. Otros artistas se dedicaban únicamente a las escrituras sagradas. Ellos copiaban los textos que traían los sacerdotes del templo. Este trabajo era sumamente importante porque si cometían errores, cuando el kah o doble del muerto viniera a visitar su tumba, no podría aprender los mensajes o los estudiaría equivocados, con perjuicio de su salvación eterna. Recordemos que las escrituras y dibujos no eran para los vivos y sí, para los muertos.

Silencio. Los compañeros de excursión, amontonados en un rincón de la sala funeraria, para permitir el ingreso de otros grupos de turistas, la escuchaban con máxima atención.

—¿Y la iluminación, aquí adentro, cómo la conseguían? —preguntó el guía con respeto—. No creo que usaran antorchas, como algunos sugieren, porque entonces, las paredes y techos estarían marcadas por el humo, o sea, estarían negras...

—No —respondió Tamara— no usaban antorchas. No había fuego aquí adentro porque consumiría el oxígeno y sería malo para los trabajadores de los dioses. Había un sistema de espejos, colocados en distintas posiciones, haciendo una cadena de ellos, que reflejaban y llevaban la luz exterior, al interior de las tumbas. Estos espejos eran, en realidad, placas de oro puro. En el punto final, dentro del lugar donde se trabajaba en ese momento, se colocaba un cilindro que venía del templo, el cual almacenaba y potenciaba la luz del Sol. Eran como faroles encendidos.

Tamara calló de golpe, parecía estar en trance. Estaba rígida, de pie, con la mano derecha sobre el sarcófago y los ojos perdidos en los dibujos de las paredes, como si perteneciese a ellos. —¿Qué pasaba al terminar la obra? —volvió a preguntar el guía, fascinado por este diálogo, sin poder creer toda la información que estaba recibiendo.

—Cuando estaba terminada y su dueño aún vivía, se tapaba la entrada con cuidado pero dejando la posibilidad de entrar con cierta facilidad. Si fuera descubierta por los saqueadores de tumbas, no tendrían nada para robar ya que los objetos personales no estaban

todavía allí. La puerta no podía ser lacrada porque luego llegarían los esclavos con los varios estuches que contenían la momia, al igual que todos los objetos del muerto, sillas, camas, adornos, juguetes infantiles, y los vasos canópicos con las vísceras del muerto.

Antes de cerrar la entrada, cuando se habían ido todos los trabajadores, venían tres sacerdotes, dedicados a estas tareas y pasaban dos noches enteras, encerrados aquí, controlando las escrituras, para que el muerto pudiese hacer correctamente su viaje al otro lado de la vida. El conocimiento espiritual era muy importante. Allí encontraría los elementos necesarios para abrir su mente, como había sido abierta su boca para la comunicación con los dioses, durante la momificación del cuerpo. Durante el viaje al otro mundo, el alma debía pasar por pruebas muy difíciles. Existían seres horribles que querían atraparlo y peligros dantescos que debía evitar. Para tener éxito debía tener conocimiento y éste lo adquiriría con la lectura sagrada que le mostraba el camino correcto. Siempre tenía que dominar las palabras y saber el nombre de las cosas.

Cuando se retiraban los sacerdotes, hablaban con los custodios celestes de las tumbas para que no permitiesen la entrada a extraños. Si esto llegara a ocurrir, las personas morían mal, empujados por la fuerza mental almacenada que los sacerdotes dejaban al irse. Todos tenían miedo de morir mal y no poder llegar hasta la tierra de Osiris. El alma vagaría eternamente sin encontrar la paz.

—¿Y los artículos de magia que encontraron en las tumbas? —preguntó el guía.

—Eran realmente objetos de magia, aunque para nuestra mente del siglo XX sea difícil de aceptar. Deberíamos volver a los orígenes del hombre para encontrar respuestas —continuó ella—. Estos artículos mantenían el magnetismo de los pensamientos que se le habían introducido. Esto sólo lo podían lograr los iniciados en los secretos del más allá.

Después de unos minutos de silencio, volvió a preguntar el guía:

—Mucho se ha hablado, dentro de la magia, de la importancia que tenía el nombre del muerto. ¿Era verdad?

—El REN o nombre es un mantra sagrado que lo unía al Creador para siempre. Ocurre que no era su nombre de nacimiento, sino el

que le daban los dioses después de su muerte. Sería un bautismo en la fe con nombre sagrado. Si lo perdía, pasaba por serios problemas y sufrimientos.

—¿Nadie podía ayudarlo en este trance de la entre-vida? —preguntó otra vez.

—Sí, todos los familiares y amigos, con sus plegarias y ofrendas a los dioses, dadas en su nombre. Así, ayudado por los seres queridos, de los dos planos, podrían recuperar su REN y seguir su camino en el mundo del más allá.

Uno de los turistas tuvo un acceso de tos violento y el ruido sobresaltó al grupo. Parecía retumbar entre las paredes de la cueva... ¿o tal vez era una carcajada venida del otro lado?

Un frío extraño recorrió a los presentes y el miedo a lo desconocido se apoderó de ellos.

Tamara pareció salir de un sueño, abrió los ojos, sacudió la cabeza y preguntó:

—¿Qué pasó?

Todos miraron asombrados y asustados. Parecía trastornada, perdida en el tiempo.

—Bueno —aventuró el guía— usted empezó a hablar sobre cosas muy interesantes referidas a técnicas de pintura y asuntos religiosos. Realmente nos deleitó con sus conocimientos sobre el Egipto antiguo. La felicito.

—¿Yo? —casi gritó Tamara—. Yo nunca estudié sobre Egipto. Mis conocimientos se basan en algunas lecciones aprendidas en el colegio o alguna película. Yo no sé nada de esto.

—Sin embargo —respondió el guía, confundido—, sus conceptos fueron claros y exactos.

—Yo no pude hablar de algo que ignoro —gritó la joven fuera de sí—, debe de haber algún error.

Todos se miraron en silencio, incómodos con la situación.

Obviamente este no era el mejor lugar para discutir, entre muertos y fantasmas. El miedo a lo desconocido los sacudió.

—Querida, no se preocupe —dijo con aire cariñoso Alicia—, el calor y el ambiente fúnebre nos trastornan a todos un poco. De todas maneras, sabiendo o no, sus explicaciones fueron muy interesantes.

El guía se apresuró a sacarlos de la cueva. Afuera, un sol de fuego los esperaba hambriento. La vida volvía a la realidad... ¿o sería lo contrario?...

Hicieron el trayecto hasta la camioneta en silencio. Tamara temblaba pero trataba de disimularlo. Estaba avergonzada de su propio comportamiento. Empezó a pensar si se estaría volviendo loca. A veces, las depresiones no elaboradas traen como consecuencia períodos de desequilibrios mentales, más o menos serios. Dios mío, esto no ocurriría, con seguridad.

Aceptó la aspirina de Alicia y se acomodó en el asiento. Iban camino al valle de los reyes para visitar otras tumbas.

Los dos valles se parecen mucho y si uno no es entendido, cree estar en el mismo lado. El sistema es el mismo. A los costados del sendero se van abriendo las entradas con carteles indicativos de las diferentes tumbas. Al entrar hay que bajar por un túnel angosto e inclinado, pasar a varios pasadizos y cuartos vacíos para llegar finalmente al cuarto del sarcófago, hábilmente escondido.

Se han encontrado cientos de tumbas entre reyes, reinas, nobles, escribas y sacerdotes, todas cumpliendo el mismo patrón de construcción. Solamente unas pocas se pueden visitar actualmente porque las otras no están cuidadas y aseguradas para el turismo.

Se detuvieron a la entrada de una de ellas y el guía indicó la próxima vista a esta tumba real, que no es diferente de las de las mujeres.

Al pararse delante de la entrada la joven Tamara empezó a sollozar y a gemir, como si algo terrible le hubiese pasado. Los compañeros de excursión la miraban cada vez más preocupados. Todos trataron de calmarla pero fue inútil, continuaba diciendo, entre sollozos:

—Aquí no entro, aquí no... Los custodios celestes están aún en la puerta... ellos no quieren extraños... No entren ustedes, no entren... El dueño estuvo aquí muchas veces y está enojado porque no le dejaron sus pertenencias y además, las inscripciones están incompletas. Tuvo muchos problemas por esto. Quiere vengarse, quiere vengarse. Los artesanos aquí quedaron castigados dentro de la cueva, el dios de la muerte se levantará con furor...

Un guardia de seguridad del lugar se acercó gentil pero autoritario, preguntando qué estaba ocurriendo.

Tamara gritaba que nadie debía entrar, que era médica, que no estaba loca, que veía lo que los otros no veían, en fin, que parecía estar poseída pero era una persona muy normal. Nadie le creía.

—Está bien, doctora —dijo el guardia—, puede ser que sea verdad, en Egipto todo puede ser verdad pero ahora compórtese o tendré que llevarla al área de seguridad, detenida, por favor. Cálmese.

Tamara se calmó asustada por la palabra “detenida”. Aceptó la invitación para sentarse bajo un árbol, beber algo de agua y esperar pacientemente que los otros terminasen la visita interrumpida. Tenía horror de hacer un escándalo.

Quiso quedarse callada para poner sus pensamientos en orden, hacía falta mucho equilibrio mental. Un miedo agresivo la invadió. Su especialidad no era la psiquiatría pero el hecho de ser médica y hacer su propio tratamiento psiquiátrico, le daban herramientas suficientes para empezar a entender el problema.

Ella sabía que salía de un proceso difícil pero también sabía que no había sido tan grave como para provocarle estos desequilibrios o descontroles, que por otro lado, nunca había padecido. Era todo muy extraño. Pensó que esa noche haría una llamada telefónica a su psiquiatra, en Buenos Aires. Necesitaba perder ese miedo reciente a la locura que la estaba invadiendo. Locura y muerte, los dos miedos básicos del hombre, presentes en el valle.

Las manos estaban húmedas como siempre que se asustaba, como el día que recibió el diploma o el día que tuvo relaciones sexuales, por primera vez. El miedo marca presencia.

Imágenes confusas se agolpaban en su mente. Recordó a Griselda, la señora del avión, a la vieja desdentada del desierto, la clarividente que usaba arena como elemento de predicción, al guía, los camellos, la estrella de Capela, Osiris y la muerte bendita de los antiguos, las profecías que le habían hecho, su madre, el padre Antonio, el buen cura que la casó, su departamento, los Colosos de Memnón, la barca de las almas...

Había pasado casi una hora cuando vio volver al grupo.

No había posibilidad de dejarla de ese lado del río, sola, debería ir con ellos.

El guía la tranquilizó diciendo que sólo faltaba la visita al valle

de los artesanos y que allí no había cuevas ni tumbas, ni fantasmas ni jeroglíficos. Sería un paseo agradable y corto. Luego volverían al hotel y ella podría descansar tranquila.

La proposición parecía sensata y todos aceptaron. Subieron a la combi nuevamente y se acomodaron en los asientos.

La imagen de los valles encantados es una escena digna de ser recordada. Toda la magnificencia del pasado se hace presente para dar testimonio de la grandeza de los pueblos elegidos.

Tamara volvió a llamar mentalmente a su guía espiritual, a ese ángel de la guarda a quien empezaba a conocer, gracias al miedo loco que la consumía. Siempre nos acordamos de Dios cuando tenemos miedo y empezamos a creer cuando nos sentimos perdidos.

Al aproximarse al valle de los artesanos Tamara empezó a sentirse peor. Trató de pensar que era sólo un lugar de ruinas para turistas inocentes y no un lugar sagrado de muertos. No había nada que temer. Allí no había imágenes del pasado misterioso.

Llegaron a un conjunto de ruinas cuadrangulares que representaban las bases de las antiguas casas de la ciudadela de artesanos. Algunos pedazos de piedra testimoniaban la existencia de los humanos en esos lugares perdidos.

Trató de distraerse pensando en su departamento de Palermo, en los perfumes del free shop que pensaba comprar, en el Hospital Fernández, en la familia, en Andrés, todo inútil.

Sólo aparecían jeroglíficos, monumentos y paredes pintadas delante de ella.

Llegando más cerca del valle de los artesanos se sintió peor aún.

El guía explicó que se haría solamente una pequeña parada para ver las ruinas de la antigua ciudad de los artesanos y que quien quería, podría quedarse en el ómnibus.

Eran cuadrados de ruinas desparramados por el suelo como piezas de dominó mal usado. Recuerdos del pasado o ilusiones del futuro.

Aquí vivieron los diferentes obreros de los monumentos famosos, todos mezclados, pintores, arquitectos, escultores, dibujantes, obreros de cargar piedras, de cortarlas, de hacer excavaciones, todos. Todos vivían en esta aldea rodeada de murallas muy altas, aislados

del mundo. Ellos eran los conocedores, los constructores y los guardianes de los lugares sagrados. Debían proteger el secreto con sus vidas. De toda esta clase artística, se sabe muy poco, en realidad, justamente porque debían esconder los arcanos.

Los turistas empezaron a caminar entre los restos de las casas, recorriendo e imaginando el pasado. Aparecían las figuras etéreas con sus trajes diferentes y sus tareas más diferentes aún. Vivían entre el Nilo y la montaña, separados del resto de la creación, felices de ser los custodios de los dioses, los artesanos del más allá.

Tamara caminó entre las ruinas y sin darse cuenta, empezó a llorar. Estaba mansa, tranquila, serena y muy triste. Diferente al ataque anterior ante la tumba real.

—Ah, mi antigua casa —dijo sollozando—, todo negro y sucio ahora, antes, tan hermoso. Aquí fui tan feliz y tan desgraciada, al mismo tiempo... Era prisión y paraíso. ¡Cómo me gustaba pintar!... decoré muchas paredes y techos. Las manos me dolían de tanto pintar, pero era feliz... Cuando vino Nefer a la aldea, todo cambió. Conocí el amor y el dolor. Se fue... no sé adónde... lo mataron creo... yo lo sabía y no le dije nada. Oh, Nefer cómo te quiero... No, no, no soy culpable, no, no.

Tamara tuvo entonces, un ataque de histeria y entre llantos y gemidos, decía que la mataron, que era y no era culpable, que era feliz y que era infeliz... Nadie entendía nada.

—No me maten... No voy a beber ese líquido, sé que me quieren matar... , soy inocente, inocente... ¡No lo maten, es inocente... no, no!

El llanto convulsivo no la dejaba hablar. La angustia no la dejaba conectarse con la realidad del aquí y el ahora. Sufría mucho, sin duda. Parecía una niña perdida en el bosque de las brujas.

Todos los presentes la miraban asustados, sin saber qué hacer.

Esto no era un simple ataque de calor. Parecía que estaba loca, sintiéndose otra mujer, en otro tiempo, hablando cosas raras, en fin, era una loca con seguridad... o ¿recordaba realmente otra vida?

—Un poco más lejos está el barrio de los embalsamadores —irrumpió Tamara—. Mi tío trabaja allí. Hacen un trabajo muy bonito. Abren la boca y los oídos de las momias para que puedan comuni-

carse y defenderse durante el viaje a la Duat... Las personas del otro lado del río tienen miedo de los que trabajan con muertos. Extraño. Yo los quiero mucho.

El guía le sostuvo las manos con cariño y la miró con ojos desmesuradamente abiertos. Los otros, observaban la escena como en el teatro, alejados e inactivos. Todo lo que estaba ocurriendo era demasiado fuerte para personas que no querían compromisos con la vida interior.

Trató de calmarla con palabras suaves y contenedoras, acariciando sus manos con ternura. Tamara se tranquilizaba. Era una niña asustada y perdida en la noche.

—Nefer. ¡Mi amado Nefer! —empezó a gemir la joven—. No sé adónde está... Lo busco y no lo encuentro...

—Tranquila, tranquila —intervino el guía—. Ya lo encontrará. Ahora sería mejor que se sentara dentro del ómnibus. Le daré agua y volveremos al hotel, por favor.

—¡No! —gritó Tamara, furiosa y desencajada— ¡no! ¡Me quiere matar, me quiere matar! No voy a beber ese vino. Está envenenado, yo lo sé. No, ayúdeme, por favor...

Tamara giraba la cabeza de derecha a izquierda, buscando rostros que no encontraba. Parecía ver otros que nadie más veía.

—No quiero morir, por favor —suplicaba con insistencia—. No, Nefer, ayúdame, yo te amo, no quise perjudicarte, perdóname, perdón. Vienen muchos más... ellos me van a encontrar y me matarán... ¡Ayuda!

La señora llamada Alicia se acercó al guía y entre los dos contuvieron a la joven que fue calmándose de a poco. Anubis la perseguía, la barca se perdía en el Nilo sagrado, los jeroglíficos estaban incompletos, Isis la abandonaba, los sacerdotes la perseguían, las momias se reían de ella, en fin la pobre joven hablaba sin cesar de temas y personajes que nadie conocía ni entendía. Los tiempos no siempre se superponen.

Después de un rato, Tamara se quedó tan cansada que parecía desmayada en los brazos del guía. Alicia la abrazaba con ternura sin saber qué hacer.

Fue conducida al ómnibus y todos emprendieron rápidamente el

regreso al otro lado del Nilo, al hotel de Luxor, con cortinas rojas y paredes doradas.

Un pájaro negro y grande revoloteó sobre ellos. Describió un círculo perfecto y apuntó al sol. Su sombra cubrió la camioneta, dejando un mensaje clave. Ra hablaba para los iniciados que estaban ausentes.

El guía comentó con cierta prudencia, que la joven parecía haber vuelto al pasado y eso era común en ciertos casos. La mayoría de los turistas se inclinaban a pensar que era una joven desequilibrada, inconsciente, que había ido sola al Medio Oriente.

Según él, muchas personas recordaban haber vivido en los lugares antiguos. Si la mente almacena todos los recuerdos de todas las vidas, no es extraño que en algún momento aparezcan flashes de esas vivencias.

Todos guardaron silencio, entre preocupados y furiosos de perder el paseo completo y haber presenciado una escena tan desequilibrada.

Desde el egoísmo humano, asusta mucho la locura del otro porque refleja un terror escondido que no se quiere asumir. Es una sombra en nuestra psiquis.

Las mismas preguntas sin respuestas estaban en todas las mentes. ¿Sería posible recordar otras vidas? ¿Uno podría convertirse en otra persona? ¿Existiría la posibilidad de vivir muchas vidas? ¿Unas simples ruinas podrían despertar la memoria transpersonal o akásica, después de milenios de historia? ¿Existía realmente el alma y el viaje en el más allá?...

La figura de la trilogía, padre, madre e hijo cubrió sus pensamientos. Osiris, Isis y Horus se manifestaban en las estrellas. Marcaban presencia. Los jeroglíficos mágicos escribían su historia nueva sobre las arenas de las tumbas. Los muertos y sus kahs se erguían entre las montañas sagradas, alabando al Creador.

La magia de Egipto iluminaba el Valle Olvidado, reviviendo los mitos y despertando a los hombres. Desde el cielo, las estrellas sonreían al saberse recordadas. El Nilo majestuoso arrastraba su vestido de fiesta, reflejando a los reyes divinos y a la barca de las almas, en camino al paraíso perdido. Osiris sonreía.

VII

Tamara descansaba entre sábanas frescas y coloridas, en su linda habitación single. A su lado, dos hombres, una enfermera y el gerente del hotel, la observaban con atención. El cuarto estaba en penumbras, escondiendo los miedos.

En ese momento Tamara abrió los ojos y preguntó, con voz soñolienta.

—¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

—Está usted en Luxor, en su cuarto de hotel, cálmese que todo está bien ahora —dijo una voz tranquila y pausada, de uno de los médicos—. Soy el doctor Buomed Alí.

—¿Estoy enferma? Sólo recuerdo mucho dolor y sufrimiento, allá en el valle de los reyes. Soy yo misma pero no sé bien qué me pasó. Me siento muy extraña.

—Digamos que está usted muy estresada, agotada y alterada. Todo se arreglará, ya verá. Calma y paciencia... —pidió el médico con voz persuasiva.

—Me siento rara, es como ser yo y no ser, al mismo tiempo. Se me junta en la memoria una vida y otra, rostros que me persiguen, fantasmas que me llaman, tengo miedo... —empezó a sollozar—. No quiero morir de nuevo, no, por favor, fue horrible y... Nefer, Nefer, ¿dónde está?

Los dos médicos se apresuraron a calmarla y le dieron un comprimido que la dormiría.

—Debo estar volviéndome loca —dijo Tamara con voz muy baja—. Por momentos me siento una joven que vivió en el Valle sagrado, con miedo a ser envenenada y por otros, soy yo misma, Tamara, en este tiempo, en este lugar... Recuerdo mi profesión, mi madre, Andrés, mis amigos, Buenos Aires...

—Cariño —dijo dulcemente la enfermera—, tienes un desdoblamiento de personalidad temporal, tal vez el sol te hizo mal... confundes dos vidas. Tu angustia contenida también pudo causarte este trastorno. No temas, todo pasará con un buen tratamiento.

—Quizá —balbuceó la joven—, quizás... , pero me siento feliz e infeliz al mismo tiempo, cuerda y loca, vieja y joven... Parece que estuviera viva y muerta al mismo tiempo... ¿Cree usted en la reencarnación?

—No —dijo secamente la enfermera—, soy musulmana y no acepto la idea de varias vidas.

—Tampoco yo creía antes —respondió Tamara—, ahora no sé qué pensar. Estoy viviendo algo muy confuso y por primera vez, en años, pienso en Dios...

—Dios, cualquiera que sea su manifestación y su nombre —intervino uno de los médicos— es siempre nuestra tabla de salvación.

Tamara estaba envuelta en sus propios pensamientos, tratando de descubrir qué era el Karma, las reencarnaciones, Dios, Alá o Amón-Ra y dónde viviría el ángel de la guarda.

El calmante estaba haciendo efecto y se iba quedando dormida, entre recuerdos de ayer y de hoy, los pilones y los jeroglíficos, obeliscos y muertos eternos. Sonreía tiernamente como un niño en el regazo materno.

De repente, se irguió en la cama, con el rostro desfigurado, los ojos inmensamente abiertos un rictus amargo en los labios. Empezó a gritar.

—Me quieren matar, me quieren matar, ¡No! ¡Yo los mataré a ellos! ¡No! Quiero vivir... Estoy envenenada. Madre Isis, ayúdame... Tengo miedo mucho, mucho miedo. Viene la serpiente de siete cabezas que comerá mi nombre... ¡No! Los voy a matar. Soy poderosa.

Los médicos y la enfermera se acercaron a la cama e intentaron

sujetarla. La joven poseía inesperadamente, una fuerza incontrolable. Parecía la reencarnación de Schwarzenegger.

Gritaba, aullaba, y se contorsionaba como una fiera enjaulada. La dulce Tamara había desaparecido. En su lugar, un ser grotesco y violento trataba de golpear a los médicos y a la enfermera.

Después de unos minutos de forcejeo, lograron recostarla nuevamente. Una inyección rápida cumplió con el deber de dormirla.

Observándola, ahora, inmóvil e indefensa, acurrucada en posición fetal entre las sábanas floreadas, todos se preguntaban qué era lo que había sucedido.

Parecía imposible unir a las dos Tamaras, la dulce y la violenta, en una sola.

—Debemos comunicarnos con su familia —dijo uno de los médicos, preocupado—. Es serio el caso.

—Sí, ya hablé con la agencia de turismo y tienen su dirección en la Argentina, donde vive esta joven —respondió el gerente del hotel—. Debemos consultar con la secretaría de sanidad, no sabemos si puede viajar sola.

—Yo creo que si la ponemos en un avión, con una enfermera, podrá ir bien, estará dopada todo el viaje. Allá su familia puede tomar precauciones.

—Es una pena, tan joven y bonita —dijo el otro—, pero no hay duda de que está muy alterada. Parece un cuadro de esquizofrenia.

—Yo opino lo mismo —respondió el primero—. Debemos consultar con el organismo oficial para descartar responsabilidades.

—... Y yo tampoco quiero ninguna —intervino el gerente—. Hablaré con la secretaría de turismo. Es serio el problema cuando hay enfermos mentales.

—No se preocupen, es un cuadro claro de locura temporal, no hay responsabilidades civiles por parte de nosotros —dijo el otro hombre—. Tal vez, esquizofrenia con doble personalidad.

Su mente volvía al valle de los artesanos, a las tumbas, a las pinturas... en fin, no podía parar de ver esas imágenes que la torturaban, sin contar con los fantasmas que la perseguían. Eran muchos, algunos vestidos de blanco y otros con ropas de colores. Uno le acercaba

un copón con un brebaje peligroso, otros extendían las manos para tomarla y jalarla. De repente todos reían con carcajadas espantosas, el cielo se oscurecía, y ella gemía y gritaba, sin parar.

La mente no descansa nunca, es un motor energético incansable. Las escenas se sucedían unas a otras, invirtiendo tiempo y lugar. Saltaba de su hogar en Buenos Aires, al valle de los muertos, del avión, a la vieja desdentada, de los vivos, a los dioses. Dormía y soñaba o soñaba que dormía.

Los presentes la miraban con asombro y miedo. Sentían pena y curiosidad.

¿Estaba loca, poseída o revivía otra vida? Las respuestas no se encuentran con facilidad. Los dos mundos siempre coexistentes, parecían ahora, disociados. Un sueño que moría, una pesadilla que empezaba.

Todo fue preparado para conducirla, dopada al avión que la llevaría a su tierra, a sólo pocos días de la anhelada experiencia de Oriente.

El aire africano, tan típico y especial, la rodeó en un intento vano de consuelo. La magia del pasado volvía al presente y los hombres modernos no la podían entender. Arcano.

Entre las sombras de la noche, una figura alta y delgada, vestida de blanco se dibujó sobrevolando el cuerpo de Tamara. La abrazó con amor y susurró a su oído.

—Estoy cerca, no temas. Estoy contigo. Los caminos se bifurcan y debes elegir. La luz es siempre el sendero del alma evolucionada. Lucha por ella.

Un fuerte olor a rosas impregnó el lugar, llevando paz y armonía al corazón dolorido de Tamara. Una presencia celestial estaba allí, sin duda.

Un manto de oscuridad cubrió la cama y el hotel. En algún lado resonaban las campanas llamando a la oración, en algún lado se arrojaban a rezar a Alá, en otro lado, Anubis jugaba a las escondidas con Horus y la madre Isis protegía a sus hijos bien amados, mientras buscaba los trozos perdidos del cuerpo mutilado de su esposo Osiris.

... y los dioses esperaban en silencio.

Parte II

Regresando a Buenos Aires, Hundiéndose en el Ser

I

Buenos Aires. La Reina del Plata. La de cabellera larga que se recuesta contra el Riachuelo viejo y los puentes nuevos. La del taconeo compadrito, los zaguanes oscuros y los geranios en flor. Buenos Aires. Sabor a ayer y suspiro del mañana. Edificios altos que contrastan con los conventillos antiguos, avenidas y autopistas que sobrevuelan barrios aristocráticos. Tango y folklore, amor y mate. Yerba de ayer secándose al sol.

Buenos Aires es la reina victoriosa que abraza al Río de la Plata, elevando su corona por encima de las estrellas. Bocinazos. Alegría y tristeza. Asfalto y cielo. La fuerza del futuro y la melancolía del pasado. Calles de piedra vieja y avenidas modernas. Corazón de América, ilusión y fracaso. Madre de los inmigrantes, cuna de intelectuales.

Un automóvil último modelo corre furioso por la avenida Leandro Alem, pasa el Correo, contornea los colosos de cristal y el hotel Sheraton, cambia de nombre, ahora es avenida Del Libertador, cruza Callao, recuerda a Piazzolla remontando un barrilete, se arroja por Palermo, suspira sus jardines maravillosos y sus flores multicolores, bordea el hipódromo, se sumerge en Belgrano y se dirige a Olivos (en las afueras de la ciudad).

Esta avenida es especialmente hermosa, atraviesa una de las partes más lindas de la cosmopolita ciudad, recorre los barrios viejos y portuarios, los edificios tradicionales, los barrios elegantes y sofisticados, los jardines y cruza las arterias tumultuosas.

El final del camino es el Tigre, hermoso lugar donde el delta se introduce en la avenida ancha y da paso a los modernos barcos de excursión por los variados ríos que entorpecen las islas.

El pasacasete del auto toca la canción “Gracias a la vida”, al mismo tiempo que un gato es corrido por un perro furioso. La música deleita no sólo por su armonía sino por las palabras sabias de quien agradece la vida, a pesar de todo. Mercedes Sosa sonrío desde el CD y nosotros, desde el fondo del alma encantada.

Un hombre joven, tal vez de unos treinta y tantos y una señora madura de edad indefinida, pero real, conversan con tono triste y preocupado.

—Quien escribió esta música debía de estar muy feliz, de otro modo, no lo entendería —dijo ella, meditativa—. Agradecemos la vida cuando estamos felices y nos olvidamos, cuando sufrimos...

—Doña Marisa, por favor, no se preocupe, todo saldrá bien, es cuestión de tiempo— aventuró el hombre, sin estar seguro de lo que decía.

—Dios quiera que así sea, Andrés —respondió—, pero estoy muy preocupada. Tamara sigue mal y no encuentran solución al problema. La medicina moderna tiene sus límites, sin duda.

—Confianza, como en la música, esa es la palabra mágica, confianza. No podemos perder la esperanza y la confianza en Dios, encontraremos la solución —respondió el joven con esmero.

Un silencio triste, con sabor a miedo los envolvió. Temían hablar de los sentimientos íntimos de cada uno, temían enfrentar la cruel realidad, que a veces parece ser la única verdad.

—Ella fue siempre tan lógica, tan organizada, tan mental, no puedo entender este súbito desequilibrio que la lleva a la locura —volvió a decir la señora—. Es mi hija y siento que el mundo me aplasta.

—A veces, yo también me siento culpable porque sus problemas, aparentemente, comenzaron con el divorcio. Yo la quiero, usted lo sabe, pero teníamos muchas diferencias y peleábamos todo el tiempo, aún sin tener motivo, era raro...

—Hijo, no sirve de nada este recuerdo, lo importante es encontrar una solución para que mi Tamara vuelva a conectarse con la

reaiidad, vuelva a ser una persona normal... —Respondió la madre con angustia.

—Veremos cómo está hoy, tal vez nos reconozca, tal vez esté mejor, quién sabe —suspiró el joven más angustiado aún, intentando disfrazar de esperanza la tristeza.

Los dos callaron, cada uno metido en su propia mente, rezando o pidiendo o esperando, como podía, tratando de enfrentar la realidad con madurez.

Al llegar a Olivos, el auto se detiene frente a una casona vieja y señorial, monumento del pasado glorioso y distante. Las enredaderas audaces cubren las paredes hasta el segundo piso donde se pierden entre los ladrillos viejos.

Una reja alta, elaborada y segura rodeaba la casa. Un portón con visor y portero electrónico anuncia la entrada. Más allá, la puerta de madera tallada con un viejo escudo de armas, recuerdo de tiempos idos.

Todas las ventanas tienen rejas y la palabra libertad, parece fuera de contexto. Arriba del portón un cartel que dice: “Clínica neuropsiquiátrica Dr. López”. Habían llegado a destino. Deberían enfrentar la realidad.

Nuestros personajes bajan del auto, caminan hacia la entrada y tocan tímidamente el timbre del portón electrónico. Una voz, tan mecánica como el aparato, pide la identificación, igual que en la época del proceso militar. El mismo miedo, la misma indiferencia, la misma locura, la misma ausencia de sentimientos.

Abierta la puerta por los guardianes galácticos, entran en un pequeño hall y giran a la derecha donde está el cuarto de la secretaria. Todas son iguales, con sabor a nada. Un escritorio que nadie usa, una biblioteca que nadie consulta y unos sillones que nadie se atreve a compartir. La sala de espera o el ejercicio de la paciencia, que es lo mismo.

De pie, esperan la llegada de la enfermera jefa o de alguien responsable por las visitas. Entra una mujer de unos sesenta años, típica carcelera, ojos negros sin brillo, rodete en la nuca, anteojos gruesos y sonrisa prestada. No debió conocer el amor ni el orgasmo.

Después de cruzar varias frases huecas sale y vuelve a aparecer, acompañando a Tamara. El nerviosismo estampaba su angustia en las paredes.

Los presentes se dirigen a otra sala, más amplia, a un costado de la secretaría. Es la sala de visitas o la antesala del infierno, como quieran. Esperanza y desilusión.

Tamara está delgada, ojerosa, llorosa ausente. Su cabello largo y sedoso que tanta envidia debe haber dado a las mujeres musulmanas, está recogido con un rodete burdo y mal hecho. Más que una joven parece una marioneta usada.

Dos hombres altos y robustos entran en la sala y se ubican cerca de la puerta. Son mudos y perfectos como dos robots. Son los enfermeros guardianes o los carceleros de los inocentes. Son los que mantienen el orden del desorden.

La madre se abraza a ella con mucho amor y algo de miedo.

Los reencuentros son difíciles. Nunca sabemos si debemos llorar o reír, abrazar o tomar distancia. Los reencuentros son encuentros nuevos de cada uno y no siempre estamos preparados para ellos. Hay una parte que se va con el otro, hay una entrega que espera respuesta.

—Querida, qué ganas de verte, te quiero, mi corazón... ¿cómo estás? —pregunta temerosa.

—Bien —responde la joven como hablando con otros personajes distantes—. Bien, eso creo.

—Querida, soy Andrés, yo también estoy aquí —aventura el joven, abrazándola con ternura.

Los dos miran a los enfermeros de la puerta, en busca de una confirmación a sus temores.

—A pesar de los fuertes calmantes, sigue gritando en las noches como una fiera herida —explica uno de ellos, en voz baja—. Durante el día está más calma.

—Tamara, hijita —interviene la madre— por favor, dinos qué te pasa.

—Yo hablo con personas que ellos no ven y siento que me amenazan, me quieren matar, mamá, pero estos hombres creen que estoy loca y sólo me dan sedantes y camisas de fuerza. El otro día me golpearon pero van a decir que es mentira. A un loco nadie le cree y yo no estoy loca, sólo hablo con personas que ellos no ven.

Tanto la madre como el antiguo esposo intentan controlarla y

calmarla con palabras de ternura y abrazos de susto. La joven se atemoriza más.

Tamara retuerce las manos, las mira sin saber que son sus manos, pone los ojos en blanco y empieza a temblar como una hoja en día de viento. Se descontrola, se pierde en la irrealidad. Lloro y gime como un perro apaleado, aparentemente sin motivos.

Después, las palabras de su boca cambian y grita desesperadamente que la quieren matar, que está perdida, que los faraones volvieron, que Nefer la espera para matarla, que las inscripciones fueron mal escritas que ella descubrió el secreto sagrado, en fin, un montón de imágenes que describen al antiguo Egipto y a su patología actual. No la entienden. Tienen miedo de entender.

Los enfermeros entran en escena tomándola de los brazos y retirándola de la habitación. El fantasma de la joven flota en el ambiente. Es el ayer y el hoy, confundándose.

Un silencio pesado cubre el lugar. La madre y el esposo se abrazan, sin palabras, sin esperanza. La locura produce reacciones extrañas en las personas que se supone, son normales. Un gran miedo al “contagio”, una gran frustración, incompreensión. Intentar aferrarse a la línea límite. Es lo correcto o por lo menos, parece ser.

De alguna manera, la locura representa la muerte en vida y es al traslado de la conciencia de un plano terrenal al otro, espiritual, que el hombre teme por sobre todas las cosas, por ignorancia. Nunca hablamos de la muerte o de la locura. Son hermanas gemelas del miedo. Nosotros, los tontos ignorantes.

Doña Marisa se acerca al médico que estaba entrando en la sala y con voz angustiada pregunta:

—Doctor, por favor, dígame algo. ¿Mi hija se va a recuperar?

—Estamos haciendo todo lo posible —respondió con voz impersonal—. El cuadro es difícil, presenta desdoblamiento de personalidad, dentro de una esquizofrenia aguda y manía de persecución.

—¿Cómo puede ser que esta enfermedad aparezca de repente? —pregunta doña Marisa muy asustada.

—Algunas veces —explicó el médico, con calma— los síntomas están dormidos y pasan inadvertidos a los familiares y amigos. En algún momento se produce un “clic” y todo surge con violencia. Tal

vez alguna experiencia en su viaje al Medio Oriente disparó el dispositivo que puso en marcha el proceso psicótico, no sé.

—Sí, parece que se trastornó delante de unas ruinas en Egipto —explicó la madre, sollozando—. No pudimos saber mucho. Volvió muy alterada, casi sin hablar. ¿Qué se puede hacer, por favor? —pregunta angustiada.

—Hicimos todo, respecto a las terapias tradicionales y no obtuvimos resultados importantes, ahora sólo queda probar alguna terapia alternativa.

—¿A qué se refiere? —pregunta la madre con una luz de esperanza jugando en las pupilas oscuras.

—Por ejemplo, a la terapia de las regresiones, la cual no es aceptada por todos los psiquiatras. Tiene sus pro y sus contra. Como todo. Es una terapia de vanguardia.

—Explíquenos de qué se trata, doctor —intervino Andrés con interés.

—Claro, por supuesto. Básicamente esta psicoterapia consiste en inducir al paciente a alcanzar niveles de conciencia profundos, donde no existen barreras conscientes. En este estado de relajamiento y libertad, el paciente se remonta en el tiempo, a experiencias lejanas y traumáticas, infancia, vida intrauterina, hasta vidas pasadas.

—¿Cree usted en la reencarnación? —preguntó casi asustada doña Marisa.

—Señora, lo que yo crea no es importante, lo único importante es considerar otras posibilidades para curar o equilibrar a su hija.

—Pero... ¿Usted piensa que se pueden recordar, verdaderamente, vidas pasadas? —preguntó la madre con insistencia.

—La experiencia, que es lo único que cuenta, muestra que en algunos casos se encuentra la solución a los traumas profundos, recordando acontecimientos de vidas pasadas. Sería como decir que el origen de ese “clic” de Tamara tendría que ser buscado en otra dimensión de vida. No estoy muy seguro de creer en la reencarnación pero la práctica terapéutica dice que el sistema es bueno, especialmente para casos graves —respondió el médico con voz tranquila.

—¿Cómo y cuándo se haría? —preguntó con ansiedad doña Marisa.

—Depende de ustedes y de Tamara. Ella debe concordar, aun en

su estado alterado mental, debe estar de acuerdo en esa búsqueda de su pasado.

—Suponiendo que ella acepte y nosotros también, ¿cómo y cuándo se haría? —insistió la madre.

—Personalmente, yo no hago regresiones. Mi experiencia es sólo de colaborador en estos casos. Tendremos que buscar algún buen psiquiatra, especializado.

—¿Quién sería, sabe usted? —preguntó Andrés.

—Pensé en el doctor Juan Gálvez, el antiguo psiquiatra de Tamara. Lo conozco y sé que es excelente, además conoce a la joven y se entienden. Tamara respondería mejor con alguien de confianza, obviamente. Es imprescindible tal confianza del paciente en el terapeuta que la guiará al otro mundo.

—De acuerdo —dijo doña Marisa—, hable usted con él.

—Marcaré una entrevista. Quiero que tengamos una charla previa, ustedes, nosotros y Tamara.

—¿Es necesario que ella asista? —preguntó el ex esposo, sobresaltado.

—Ciertamente. Debemos ser muy respetuosos de la vida ajena y de su intimidad. El hecho de que la joven esté alterada no significa que vamos a invadir sus secretos sin su consentimiento, aunque les suene extraño —explicó el médico, con autoridad.

El doctor López salió de la habitación para hacer el llamado con toda urgencia. No había tiempo que perder. Cuando volvió, unos minutos después estaba todo organizado. Al día siguiente tendrían la reunión de familia para programar la terapia audaz de regresión a las vidas pasadas y traumáticas de la joven paciente.

Día nuevo. Se encuentran todos, otra vez, en la clínica psiquiátrica del doctor López, en Olivos. La esperanza era la primera dama de la obra por estrenar.

El doctor Juan Gálvez es un hombre maduro, de anteojos gruesos, canas en las sienes y aspecto bonachón. Es un personaje entre gurú y confesor. Alguien en quien confiar.

El aroma de café fresco llena la sala y todos, nerviosos, se apresuran a tomar una tacita. Parece que este acto distiende la tensión

reinante, aunque el café sea excitante. Una contradicción más de nuestra dualidad.

—Doctor, somos todo oídos —dice doña Marisa ansiosa—. Explíquenos usted lo que hará. Nosotros no sabemos nada de esta terapia.

—Bien, amigos —empezó Juan, usando deliberadamente la palabra amigos para crear un ambiente relajado—. Esta técnica consiste en la posibilidad de volver a vivir, a recordar, hechos mareantes que pudieron afectar la psiquis, en el pasado, dejando sus huellas en este presente. Estos hechos dolorosos de otras vidas, serían los causantes reales de los conflictos no solucionables en esta vida y que no responden a las terapias tradicionales.

Hizo un breve silencio, dejando que cada uno asimilase las palabras y los conceptos nuevos que debían incorporar a sus mentes. Cada uno proyectaba, sin darse cuenta, la curiosidad por su propio pasado ignorado.

Juan se dirigió a Tamara y le dijo, dulcemente:

—Tamara, nos conocemos hace mucho tiempo y sabes que te quiero. Creo que entendiste que vamos a urgar en tu pasado lejano, si es que nos autorizas, para encontrar los motivos ocultos de tu enfermedad presente. Necesito de tu cooperación y de tu autorización para hacerlo. Puede ser desagradable y doloroso. Estamos invadiendo tu intimidad.

La joven pareció fijar los ojos en el médico con más precisión. Una luz se hacía en su confuso cerebro. Se sentó erecta en la silla, movió las manos como alisando algo y dijo suavemente: —Trataré de colaborar y puede usted hacer lo que quiera conmigo. Necesito que me crean. Necesito ser yo misma, otra vez.

—Gracias, querida, todo saldrá bien y te repondrás, ya lo verás. Confía en mí, en Dios y en tus Guías Espirituales.

Una lucecita se encendió dentro de Tamara. Esas palabras la había escuchado en otro lugar, en otro tiempo... ¿Dónde sería? La imagen de la vieja desdentada del desierto apareció en su mente, seguida de la extraña señora del avión, los Colosos de Memnón, la estrella de Capela...

Se encerró en sus recuerdos, se perdió en su psiquis alterada. Los

demás continuaron hablando sobre la famosa regresión, intentando entender este moderno arcano, que permitía vivir de nuevo una experiencia lejana.

—El paciente es llevado a relajarse totalmente —siguió explicando Juan—, guiado por mi voz pausada y bajita, que lo induce a un estado de autohipnosis o algo parecido. En el caso de Tamara recurriré a la hipnosis tradicional porque no creo que ella esté en condiciones de hacerlo con conciencia y voluntad.

Todos lo escuchaban absortos por el mundo nuevo e inimaginable que se les aparecía en este momento. La esperanza se levantaba como bandera triunfadora.

—Irá entrando de a poco y con confianza en estados profundos de conciencia que la llevarán a recordar y a volver a vivir hechos de otras vidas.

—¿Hay algún peligro? —preguntó asustado Andrés.

—Sólo cuando el que dirige la regresión es inexperto —respondió el terapeuta.

—¿Cuánto tiempo llevará el tratamiento? —preguntó doña Marisa, ansiosa.

—No sabemos. Es siempre una sorpresa. Algunos se entregan con facilidad y tienen recuerdos claros y precisos en poco tiempo. Otros, demoran varias sesiones hasta empezar a abrirse y “ver” algo. En el caso de Tamara sabemos, o creemos saber, que existe un tiempo y un lugar específico, Egipto, para empezar a buscar. De este modo, intentaré llevarla a ese tiempo, desde el comienzo. Si acepta, creo que no será mucho tiempo. Tal vez un par de meses y sabremos los motivos pasados para esta angustia presente. Luego, claro, vendrá la terapia específica para curarla. Nada es fácil. Saber los motivos causantes del dolor es importantísimo; pero más aún es encontrar la técnica adecuada para trabajar los odios, rencores y miedos provenientes de él.

—Quisiera que me lo dijera en palabras más fáciles —pidió tímidamente la madre.

—Por supuesto, disculpe usted —se excusó Juan—. Quiero decir que debemos saber cuáles fueron los personajes del pasado y los hechos que la hirieron, que la perturbaron, para después poder traerlos

al presente y hacerle ver cómo es necesario perdonar todo lo pasado para poder enfrentar un futuro exitoso. Nada es fácil y menos aún cuando están involucradas acciones kármicas.

—Quisiera leer algo sobre el karma —aventuró Andrés.

—Después le daré una lista de libros serios que pueden orientarlos. Es importante saber la seriedad y la responsabilidad que involucran estos hechos.

Tamara parecía estar en uno de esos momentos en los cuales se conectaba firmemente con la realidad. Sus ojos no se apartaban de los de Juan, ignorando a los otros. Parecía beber sus palabras. Sus manos estaban quietas como palomas dormidas. —Quiero intentarlo —dijo temblorosa—, confío en ustedes. Todos la observaron con sorpresa, estaba momentáneamente en uso de sus facultades mentales, sin duda. Volvía a ser la misma de antes. Esperanza. Luz. Ilusión.

Luego quedó callada y acurrucada en la silla, volviendo al mundo de las sombras, al cosmos misterioso de la mente. Había huido del presente, una vez más.

Cada uno de los miembros de esta reunión mantuvo un instante de silencio, como en los actos escolares, buscando respuestas en el fondo del ser, llamando inconscientemente a los ángeles médicos para que acudieran en su ayuda.

La posibilidad de esta técnica psicoanalítica abría las puertas al futuro, revolviendo el pasado. Parecía una posibilidad lógica.

Andrés pensaba en la felicidad de verla curada y en la posibilidad de un reencuentro, después del dolor.

Marisa pensaba en la alegría de tener una hija nuevamente, en esta vida.

Juan meditaba sobre su técnica y rogaba al cielo que tuviese éxito. Dependía mucho más que el éxito de su profesión, la alegría de la sanación de una joven talentosa, ahora, envuelta en las sombras. Sentía el peso de la decisión y el compromiso con la mente emocional.

El doctor López soñaba con la renovación de la vida, buscando respuestas en los estados profundos de conciencia.

El ambiente se cargó de esperanza y ésta dibujó una sombra iluminada en todo el salón. Los corazones latían apresuradamente llamando a los guías del espacio y la sonrisa del Pastor los alcanzó. El

plan estaba en marcha y la esperanza, encendida. Manos a la obra. Era tiempo de acción. Había que penetrar el espacio kármico, revolver el pasado y aventurarse dentro del propio espíritu. Se estaba a la puerta de lo desconocido, enfrentando a los monstruos del Nilo, que pretendían comer el nombre del difunto.

II

Habían pasado algunos días en los cuales Tamara tuvo una alimentación especial, a base de verduras, frutas y jugos. Debió cumplir también con períodos de reposo prolongados y tornar medicación adecuada.

En los casos normales de regresión, nada de esto es necesario pero en el caso de la joven, por el estado alterado de su mente, se debían tornar precauciones. Sus condiciones deberían ser óptimas para el éxito de la empresa.

Doña Marisa y Andrés habían devorado libros y artículos sobre la reencarnación, el kanna, la ley de causa y efecto, sin terminar de entender bien toda esa filosofía pero confiando en la providencia divina que todo lo puede.

El consultorio de la clínica estaba en penumbras y una música clásica, muy delicada, sonaba en el ambiente. Un palito de incienso perfumaba la sala. Todo era paz y armonía.

Tamara estaba sentada en un sillón de relajación que se acomodaba en diferentes posiciones, imitando una cama. Retorcía sus manos, nerviosa, con los ojos clavados en un crucifijo sobre la pared. Del otro lado, el doctor López estaba atento, con una libreta de anotaciones en la mano y un grabador, en la otra.

Juan se acercó a ella, con cariño y con una voz muy pausada y magnética le pidió que fijara la vista en un llavero que sostenía en la mano, meciéndolo.

La joven miró una bola de cristal de roca que parecía contener la imagen de una estrella, la cadena era de plata refulgente.

Suavemente, como si acunara a un recién nacido, Juan fue obligándola a fijar sus ojos en la bola de cristal, únicamente. Era increíble pero lo estaba logrando. Los ojos iban y venían, de la bola al crucifijo, del crucifijo a la bola... hasta que finalmente se quedaron en la bola de cristal.

El reflejo de las facetas de la piedra dibujaban arabescos sobre las pupilas de Tamara. El brillo de la cadena de plata iluminaba aún más las figuras sombreadas.

La música y el incienso colaboraban firmemente a preparar el ambiente de entrega.

La voz de Juan, cada vez más profunda, fue alcanzando su objetivo. Habían pasado quince minutos.

Los ojos de Tamara se cerraron y se abrieron varias veces hasta que el peso de los párpados fue tan grande, que le impidió abrirlos.

Su cabeza se ladeó suavemente y entró en un estado profundo de hipnosis.

Su corazón latía con regularidad pero pausadamente. El cuerpo se enfrió y fue cubierto con varias frazadas. El ritmo mental y el cardíaco bajaron sus ciclos y ya estaba lista para enfrentar las nuevas vivencias provenientes de su pasado lejano.

La voz de Juan continuaba indicando el camino. Primero fueron órdenes de relajación total de los músculos, huesos y órganos, luego, mensajes de calma, paz y confianza, en ella y en los guías del mundo espiritual que acudirían a asistirle.

El cuerpo de la joven descansaba relajado y cómodo en el sillón y su mente vagaba detrás de las palabras de Juan, buscando encauzarse, como el río. Las huellas se presentaban.

Habían pasado treinta minutos más.

Tamara fue llevada al pasado, como un tren rápido que recorre el espacio temporal hasta que ella misma decidiera pararse en un punto y bajarse.

De su boca salían palabras sueltas, frases sin sentido aparente hasta que llegó al nudo del problema, había llegado a su estación y se bajó. Es una técnica muy eficaz ya que remonta la memoria, con cau-

tela y seguridad, hasta llegar al punto de conflicto y aquí se detiene.

—Estoy en el pueblo de artesanos... hay mucha arena... hace calor —dijo súbitamente, con voz pausada y muy bajita. —¿Como te llamas? —preguntó Juan.

—Tapki —respondió inmediatamente.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años.

—¿Cómo estás vestida?

—Tengo sandalias bonitas de cuero claro, se atan por detrás de los tobillos, el vestido es color ocre, de lino, suelto, con un cinturón de varios colores, dos collares de turquesas y plata, cabello largo y negro, sujeto con una especie de vincha.

Parecía cansada de repente. El terapeuta se detuvo unos minutos, dejando que la joven se reconociera como artesana de otro tiempo. Debía encontrarse a sí misma y afirmarse.

—¿Qué ves? —preguntó, a continuación.

—Las montañas, el viento suave, el sol fuerte, las casas... ¡mi casa!

Tamara fue inducida a entrar y reconocer su casa, describiéndola.

Las paredes de piedra, unidas por un tipo de barro claro, los pisos aplanados y duros, algunos utensilios de cocina, jarros de pintura, unos catres, todo apareció ante sus ojos actuales. Describió el lugar con detalles precisos.

Cuando se le preguntó sobre su trabajo en ese lugar, respondió:

—Soy pintora, dibujo y pinto sobre paredes de tumbas reales y templos. Mi padre mezcla los colores para hacer diferentes pinturas y mi madre hace los pinceles con yuyos y hierbas atándolos. Luego los deja secar al sol y los recorta de diferente tamaño. La planta más usada es el papiro sagrado porque su punta es como un abanico, especial para dibujar y pintar.

Los dos médicos se miraron asombrados. Habían trabajado juntos en muchas sesiones pero ninguna tan fascinante como ésta. Es raro llegar tan lejos en el tiempo de una regresión. Habían pasado demasiados siglos o milenios, en realidad, pero la memoria transpersonal estaba allí.

—Cuando era pequeña fui a la escuela de arte del gran templo, siempre cerca de aquí. El templo tiene dos enormes estatuas del fa-

raón delante de la puerta principal. Son los Colosos de Memnón —continuó relatando la joven, en trance.

—Describe mejor este lugar donde estás —pidió el terapeuta—. Concéntrate y dime cómo es el templo y los colosos.

La joven pareció meditar unos segundos y luego dijo: —Las dos figuras del faraón son enormes,... cuando me paro al lado me siento una hormiga... Atrás de ellos hay un gran templo, imponente, con grandes columnas. Los colosos están en la entrada, cuidando el ingreso de personas y vibraciones.

—¿Qué quieres decir con vibraciones? —preguntó curioso el médico.

—Ellos cuidan la entrada y protegen el templo. Existen personas malas que no deben entrar y existen fuerzas, que llamamos vibraciones, que tampoco deben ingresar porque contaminan. Es un secreto como fueron imantadas las estatuas. Sólo los hierofantes saben hacerlo. Ellos la cargan de pensamientos vitales, los cuales actúan como una barrera magnética. Cuando alguien manda una onda mental perversa, esta imantación de las estatuas, la capta y la destruye. Es, sin duda, un sistema importante de protección.

Los dos médicos se miraron asombrados. Era increíble el conocimiento esotérico de esa joven y la fuerza de la memoria actuada. Estaba realmente, viviendo su otra vida, en el Egipto faraónico.

Tras una pausa continuó Juan. —¿Qué función tiene ese templo?

—Es el santuario de Osiris, dios de la vida y la muerte. Aquí estudio yo.

—¿Cómo es esa escuela? —preguntó Juan—. Cuéntanos todo lo que ves.

—Está en el segundo patio del templo, donde además de la escuela hay una biblioteca. Los libros son piedras dibujadas o paredes con jeroglíficos, no existen papeles para estudiar. Mi maestro dice que el papel se destruye con el tiempo y la piedra, no.

El es muy viejito y sabio, es hijo de Isis. Somos seis alumnos pequeños, varones y mujeres. Estudiamos el cuerpo humano, el kah o Espíritu gaseoso, y otras cosas. El maestro dice que si no sabemos cómo es el cuerpo no podremos pintarlo ni dibujarlo, tampoco el alma, si la desconocemos... El kah es muy importante, nos acompaña

durante toda la vida en la tierra y después, es nuestro único vehículo... Aprendemos a mezclar pinturas, a usar pinceles... nos enseña sobre religión también. Todo el trabajo es repartido entre los dioses, cada uno tiene una función específica, así también nosotros debemos hacer... Todos trabajamos para todos. Es una escuela de vida.

Se hizo un silencio prolongado que nadie se atrevió a interrumpir. Los dos médicos observaban todo con cuidado y tomaban notas. Támara estaba sumergida en el pasado, relatando los detalles mínimos.

Juan dejaba que la joven penetrara más en esa vida. Todo estaba funcionando bien. La regresión se desarrollaba con todo éxito.

—¿Quiénes más estudian allí? —continuó preguntando Juan.

—Los dibujantes y pintores, escultores y futuros sacerdotes.

Cada grupo tiene profesores diferentes, según su especialidad. Hay también otro grupo, que estudia el arte de momificar. —Háblame de esas personas —pidió Juan.

—Estudian la anatomía del cuerpo y las funciones vitales.

Deben conocer cada detalle. Son seres importantes porque saben volver a armar el cuerpo, otra vez después de vaciado y además, saben rellenarlo .

—¿Sabes cómo los rellenan?

—Con perfumes, gasas empapadas en incienso y mirra y hierbas aromáticas.

—¿Qué más hacen? —siguió inquiriendo el terapeuta.

—Primero dejan los cuerpos setenta días en una bañera de betún y sal, luego los preparan, les quitan las vísceras y los envuelven en tiras de lino blanco. No se pueden olvidar de colocar los amuletos mágicos que protegerán al alma.

—¿Qué son los amuletos mágicos? —preguntó curioso Juan.

—Son estatuillas de dioses, escarabajos, perros y gatos sagrados, el halcón y otros más. El sacerdote trae las estatuillas y amuletos ya imantados y los embalsamadores los colocan en el lugar exacto. Todo tiene que ser perfecto.

Los dos psiquiatras estaban embelesados ante la información, tan precisa que la joven daba de su vida en Tebas. Es justamente en los detalles donde se aprecia mejor la real vivencia.

Pasaron unos minutos de silencio y Juan volvió a preguntar.

—¿Quiere decir que los embalsamadores conocen la magia?

—No —respondió Tamara sonriendo—. Ellos sólo aprenden el lugar exacto de cada amuleto, el corazón, el hígado, los ojos.

La magia es cosa de sacerdotes, únicamente.

—¿Cómo sabes tanto de momias, si tú eres pintora? —inquire Juan.

—Porque tengo un tío que se dedica a estos trabajos y él me cuenta sobre su trabajo y a veces, me deja observar. —¿Está tu tío junto a ti en este momento?

—No, no está —responde Tamara con seguridad.

Otro silencio. Los dos médicos se miran asombrados. Están entusiasmados con la experiencia que están realizando. Nunca antes habían logrado remontar la memoria a una etapa tan lejana. Además, los detalles eran fascinantes. El mundo mágico se abría. De repente Tamara empieza a gritar, sollozando:

—Ahí está Nefer, Nefer, mi amor... No, no... Está muerto, está muerto.

—Cálmate, cálmate, Tapki, trata de ver qué pasa, sin gritar —la tranquiliza Juan preocupado.

—Lo mataron. Yo sabía. Lo mataron...

—¿Quién es Nefer? —pregunta Juan.

—El hombre que amo, mi gran amor. Está muerto.

Juan la tranquiliza y la lleva a un tiempo anterior a éste para sacarla del momento traumático. Cuando el paciente se angustia y sufre, puede interrumpir la cadena de recuerdos, en un proceso de protección y bloqueo. Hay que salir del momento traumático.

Retrocede en el tiempo kármico. Los ojos cerrados y su actitud de trance la hacen parecer una muñeca dormida o la Cenicienta esperando al príncipe encantado. El tiempo pasa y su cuerpo no se mueve. Respira pausadamente, plácidamente. Donde se encuentre está bien, sin duda. Sólo ella sabe en qué esfera existencial se halla. La mente, como motor activo que la conduce con calma a buen puerto. Los dioses están presentes. Después de cierto tiempo prudencial, el terapeuta vuelve a preguntar.

—¿Dónde estás ahora? ¿Qué haces?

La joven mueve los labios con dificultad y empieza a hablar con

voz muy baja y apenas oíble. Está sumergida en las ondas mentales más profundas del cerebro y su voz parece llegar de las propias tumbas reales, de su vida milenar.

—Debajo de unos árboles, lejos de la aldea. Nos amamos.

Estamos conversando y haciendo planes. Somos muy felices. Estoy con Nefer.

—¿Cómo lo conociste a Nefer?

—Nefer vino un día desde el otro lado del río. Lo traje un sacerdote del templo de Horus. Ellos viajan por el mundo y atraviesan el río de la vida, nosotros no podemos hacerlo. Nefer es escultor y debe hacer un trabajo para una tumba real, la misma para la que estoy trabajando yo.

—¿Reconoces a Nefer como alguien de esta vida tuya en Argentina?

Breve pausa. La respuesta es negativa. Aparentemente en esta vida ellos dos no se encontraron. No reconoce su rostro entre amigos y familiares. Nefer debe continuar en la entre-vida. —¿Cómo es Nefer?

—Alto, moreno, de ojos claros, muy hermoso y fuerte.

Otros silencio. Tamara parece sumergida en la historia de amor y allí se queda, disfrutando la felicidad. El terapeuta la deja. Está sumergida en recuerdos felices. Sonríe.

Después de unos minutos, vuelve a preguntar adónde está en ese momento. Parece haber saltado alguna etapa.

—En la tumba real. Estamos terminando la obra. Mis pinturas están listas, las estatuas de Nefer también, sólo faltan algunos retoques en las escrituras. Dentro de poco vendrán los tres sacerdotes a lavar el lugar, a rezar oraciones de protección y a preparar el ambiente para cuando venga su dueño, ya sin cuerpo. También lacrarán el lugar —responde la joven.

—¿Qué hacen estos sacerdotes? —pregunta Juan.

—Ellos rezan oraciones secretas, antes de cerrar el lugar.

Unas son para proteger el alma del muerto, otras, para impedir la entrada de ladrones y violadores.

—¿Son barreras de energía como en los Colosos? continúa preguntando Juan.

—Sí, debe de ser algo parecido. Ellos tienen mentes muy poderosas y entrenadas para desarrollar pensamientos vivos y conocen muy bien la magia. Son poderosos.

—¿Tú les temes?

—No, son buenos. Saben mucho y hacen el bien, enseñan, ayudan a los muertos y a los vivos, reparten comida para quien no tiene, rezan oraciones para quien precisa...

Tamara calla de repente y queda suspendida en la vivencia del pasado. La mente está a miles de años de distancia.

Después de unos diez minutos de silencio, cuando Juan no sabe si la joven sigue allí o se fue a otro tiempo o lugar, decide volver a preguntar:

—¿Con quiénes estás ahora?

—Con Nefer, estamos cerca de la entrada de la tumba, en el primer salón... Los sacerdotes están aquí, están haciendo su trabajo espiritual., mandaron salir a todos los obreros y artistas... , sólo Nefer y yo estamos con ellos, no sé bien por qué. Uno de ellos se acerca, me da miedo. Tiene un papiro en una mano y un copón de oro, en la otra. Viene hacia mí, quiere que beba ese brebaje... No, no quiero...

La joven se revuelve en el sillón con fuerte angustia y miedo. Grita y solloza, pide que no la maten. Está muy alterada. —¿Quién es el sacerdote? ¿Lo puedes reconocer? —pregunta Juan preocupado.

—Sí... es Andrés, es Andrés... él me quiere matar.. Qué horror. Es el mismo, Andrés y el sacerdote son la misma persona, son uno mismo. Me quiere matar, está lleno de odio.

Es curiosa la técnica de las regresiones porque permite sentirse, verse y ser otra persona, con la misma esencia que ahora. Una parte de la conciencia queda aquí y la otra viaja, en busca de su identidad. Por este motivo Tamara puede reconocer a Andrés, en ese otro hombre milenar.

Vuelve a sacudirse violentamente. Juan la induce a un sueño profundo, calmándola. Deberá permanecer una hora entera en este estado para serenarse y cuando despierte, estará bien. No recordará nada. Sólo los puntos importantes, los que sean necesarios para su futura psicoterapia. Reconocer a su asesino del pasado es una experiencia muy fuerte de asumir y exige una elaboración

cuidadosa. Es terreno peligroso. Se necesita mucho equilibrio.

Tamara había llegado a revivir los momentos previos a su propia muerte por envenenamiento. Esta vivencia era demasiado vital y peligrosa, no sólo para su salud mental, sino para la física. Debe ser retirada de esta angustia presente, calmada y controlada. Todo debe ser muy cuidadoso.

La sesión había terminado. Los dos médicos conversan entre sí, admirados y sorprendidos ante tanta información y ante el hecho maravilloso de la regresión. La mente transpersonal guarda hasta los mínimos detalles de todas las experiencias vividas pero comprobarlo es fascinante. Los siglos o milenios no parecen contar en el Espíritu del hombre. La computadora perfecta trabaja sin errores desde la eternidad.

—¿Qué fue lo que te hizo creer en la reencarnación? —preguntó el doctor López, de improviso, curioso.

—En principio, el razonamiento lógico de su explicación.

Creo que el karma con sus idas y venidas nos ofrece la oportunidad de mejorar las equivocaciones y superar errores del pasado. Por otro lado, las diferencias sociales y culturales del mundo encuentran una explicación. Algunos vienen como pobres porque fueron ricos o porque deben aprender la humildad, otros vienen con defectos físicos porque también deben aprender algo o enseñarnos algo. La vida enseña permanentemente... Dios es justo, por lo tanto, no podría darle tanto a unos y nada a otros. Quiere decir que todos somos hermanos iguales, sólo nos diferencian los distintos niveles de evolución que alcanzamos, siempre subiendo un poquito más...

—¿Por qué, por ejemplo, Tamara vuelve a encontrarse con su asesino, en la figura de su marido? —preguntó asombrado el doctor López.

—No siempre podemos conocer las razones, pero imagino que en este caso debe ser para que Tamara lo perdone, después de milenios, y para que Andrés, el sacerdote asesino, encuentre el perdón, se arrepienta y haga algo para reparar su culpa. Tal vez... hacerla feliz a ella... y ella a él.

—Bueno... no parece hacerlo bien —ironizó López.

—No sabemos lo que el futuro puede darnos... además, no debe-

mos juzgar, si no queremos ser juzgados... —comentó Juan con dulzura.

Los dos hombres permanecieron unos minutos en silencio, cada uno sumergido en su propia mente, tratando de descifrar los enigmas del hombre.

—¿El marido de Tamara recordará estos episodios? —preguntó de repente López.

—Creo que no. La mayoría de nosotros ignoramos nuestro pasado porque es más sano. Con el correr de la terapia le tendremos que informar de esta historia. Es muy importante que él colabore en este presente que tienen los jóvenes como marido y mujer, para poder llegar a reconstruir el futuro. Cuando por alguna razón sale a la superficie el recuerdo traumático de otra vida, obviamente es para mostrar que algo anda mal, en el presente, y debemos corregirlo. Es como somatizar una enfermedad física por una gran angustia o una frustración.

—A veces pienso que puedo entender, intelectualmente, la idea de varias vidas, como proceso de evolución del Espíritu pero... el asunto de las venganzas y persecuciones, a lo largo del tiempo, me parecen fantásticas —comentó López.

—Debemos darnos tiempo para entender las cosas del alma —aconsejó Juan.

—¿Cómo seguirá el tratamiento de Tamara?

—Dejaremos pasar unos días y volveremos a intentarlo. Tal vez necesitamos docenas de sesiones antes de encontrar la punta del ovillo. Es cuestión de suerte. Sabemos que el sacerdote que la envenenó es Andrés pero no sabemos de Nefer, cómo murió, cómo vivió, quién fue en realidad y qué rol jugó en sus recuerdos. Algunas veces se mezcla el amor con el odio, el fracaso con la envidia, además el haber juntado tanto rencor perjudica el buen pensamiento de la mente, que se envenena con estas ideas. Tiempo y paciencia.

—Todavía falta saber sobre los fantasmas que la persiguen, parecían muchos, seres comprometidos con esa historia de amor y odio... La joven habla de ellos permanentemente, con miedo. Tienen la apariencia de reales, para ella —comentó López, pensativo.

—Veremos, veremos, debemos tener mucha paciencia en estos

casos, podemos romper el hilo de la memoria transpersonal o akásica y entonces... sería muy difícil volver al pasado.

—¿Realmente crees que esos fantasmas, esos hombres y mujeres del pasado pueden venir a vengarse, enloqueciendo a la joven, a través de los siglos? ¿Crees que podemos guardar una memoria tan perfecta y revivirla?

—Si no creyera en el mundo espiritual, con sus reglas y misterios, no estaría haciendo este trabajo —respondió con seguridad Juan—. Me llevó años entender esta doctrina de la reencarnación y comprobarla, en terapia. No tengo dudas de que el mundo invisible convive con nosotros, en nuestra mente y fuera de ella. Es un desafío a la ciencia moderna, un volver a los orígenes del hombre.

Los dos amigos continuaron durante otro buen rato conversando sobre las posibilidades de la regresión, del karma y del misterio maravilloso que es el otro lado de la vida, que obviamente no está tan lejano y sí, bien cercano.

Tiempo después investigaron en libros y diccionarios egipcios y comprobaron la veracidad de las descripciones de Tamara, de las ceremonias fúnebres, de los Colosos de Memnón y del templo que se supone existía detrás de ellos, ahora destruido por el tiempo. Confirmaron la complicada mitología egipcia y la participación real de ella en la vida de los hombres de esos tiempos misteriosos, perdidos en la espiral celestial.

Tamara había vivido realmente en el Egipto de los faraones magos.

III

Doña Marisa estaba en la sacristía de una pequeña iglesia del barrio de Líniers. Sentado frente a ella, un viejo sacerdote, el padre Antonio, amigo fiel de la familia. —Padre —preguntó la mujer—, ¿cree usted en la reencarnación y en la técnica psicoanalítica de las regresiones?

—Hija, estas cosas son muy delicadas, tanto para Dios como para los hombres. De cualquier manera pienso que si sirve para devolverle la paz y la cordura a Tamara, debe intentarse —contemporizó el cura.

—Yo creí que estaría totalmente en contra... la Iglesia no acepta este volver al pasado o estas múltiples vidas —dijo tímidamente ella.

—Bueno, ahora no lo acepta pero hasta quinientos años después de Cristo, aceptaba la idea de la reencarnación y del karma... A veces, deberíamos volver a los orígenes —meditó el padre, en voz alta.

—No sé... a mí me parece extraño... vivir varias vidas y poder recordarlas... —comentó la madre de Tamara.

—No siempre las recordamos. En realidad, sólo nos es permitido entrar en el pasado cuando significa una cura para algún problema o una solución —explicó el anciano, con serenidad. —Bueno, si podemos rezar a los ángeles y algunas personas pueden verlos, en realidad, no es difícil aceptar estas ideas de seres invisibles.

—Hija, me parece que estás mezclando todo —rió el padre—, una cosa es hablar con los espíritus y otra es tener varias vidas. Tal vez todo se una, pero cada cosa a su debido tiempo, dicen las escrituras.

—¿Para qué servirían estas diversas vidas? —preguntó Marisa, desconfiada.

—Para darle al alma diferentes oportunidades de perdonar y ser perdonado, básicamente es eso. El amor al prójimo es el lema de la redención, no lo olvides, en cualquier doctrina, filosofía o religión que consideremos.

—Me parece que usted es un cura muy particular... —sonrió Marisa.

—Tal vez, tal vez. Creo que nos debemos dar la posibilidad de la duda. Creernos más sabios que los otros es un pecado de orgullo, hija.

—¿Tamara habrá vivido realmente, hace miles de años, en Egipto, como dice el psiquiatra? —preguntó preocupada la madre de la joven.

—Puede ser. Aparentemente, los detalles que contó son demasiado exactos para ser inventados. Además, Tamara conoce muy poco de la cultura antigua egipcia.

—Si ella recuerda esa otra vida con naturalidad y precisión, también podría reconocer personas del hoy que estuvieron allí, ¿no es verdad?

—Es probable. Los que creen en la reencarnación dicen que volvemos a encontrarnos por dos motivos básicos: para trabajar el mutuo perdón y reparar las ofensas o para cumplir alguna misión en conjunto.

—Es interesante esta teoría —meditó Marisa—, pero me da miedo por la responsabilidad que parece exigir.

—La responsabilidad es la cualidad más importante y necesaria para el desarrollo del Espíritu —completó el padre Antonio, conocedor del tema.

Los dos amigos callaron, pensando en muchos asuntos a la vez e intentando encontrar los lazos kármicos o del perdón que tuvieran que desenvolver. Cada uno buscaba las respuestas como podía.

La tetera inglesa los invitaba a otra taza de buen té y las masitas, tipo “scones”, recordaban a los antiguos five o’ clock tea. Hora sagrada de confidencias y recuerdos. Doña Marisa y el padre Antonio disfrutaron de ese tiempo compartido, entre sombras de pasado y percepciones del futuro.

La amistad, cuando es verdadera, desarrolla emociones y senti-

mientos muy fuertes, que nos dan seguridad. Compartir preocupaciones con los amigos, es un regalo del Cielo.

—¿Qué pudo ocurrir en Egipto hace siglos o miles de años, que perturbaría así a mi hija? —preguntó de repente doña Marisa, ligada a su preocupación del pasado.

—No lo sabemos. La regresión o sea la recuperación de la mente transpersonal debe darnos alguna luz. Creo que alguna historia de odio y rencor muy fuerte debe de estar grabada en ella. Por alguna razón, que ignoramos, salió a la superficie y ahora grita para hacerse oír. Son los caminos de la divinidad para encontrar el perdón mutuo.

—Si ella reconociese a alguno de nosotros como agresores del pasado, ¿no le parece que podrían quedar peor de lo que está? —preguntó angustiada Marisa.

—Hija, para eso están los profesionales, no te preocupes, todo se aclarará. Hay técnicas para borrar los recuerdos inconvenientes y otras, para trabajar y elaborar las situaciones límites, calma —contempló el padre, con cariño—. La ciencia camina de la mano de Dios.

La charla se prolongó por más de una hora. Siguieron hablando de las vidas pasadas, de las posibilidades de reencuentros y venganzas galácticas, de ángeles, demonios, infiernos y cielos. Marisa fue sintiendo que su corazón se calmaba y su razón se tranquilizaba, buscando respuestas a sus eternas preguntas. En el fondo de sí misma, seguía negando la posibilidad de haber estado en otro cuerpo, en otro lugar, en otra familia, en otro mundo... Tenía miedo.

La idea más angustiante era la posible actuación errada de quien se sentía una buena persona. Esta idea de planos de existencia que cohabitan con nosotros, era demasiado para su mente simple. Decidió dejar en paz a esos seres a quienes no quería ni pensarlos.

El padre Antonio prometió visitar a Tamara en cuanto terminaran las sesiones de regresiones. No quería interferir en el tratamiento. Estaría espiritualmente en contacto con ella. Se quedó pensando en cómo cada acción que cometemos tiene una respuesta y como el big bang se da siempre con una preexistencia.

Realmente la vida humana es un misterio maravilloso, a veces, asustador, otras, fascinante.

Mientras Marisa volvía al tema de sus dudas kármicas, el padre entrecerró los ojos y se perdió en el tiempo. Allí en La Pampa natal revivió la imagen de su padre sentado a la cabecera de una mesa redonda, en actitud de meditación, entregado a sus comunicaciones entre los dos mundos. ¡Cuánto tiempo había pasado! Cuánta crítica había hecho a su buen padre. Cuánto había luchado contra esas ideas y ahora la física cuántica y las regresiones, así como la transcomunicación venían a probar que el viejo no estaba tan equivocado en sus ideas. La vida es una eterna enseñanza, sin duda. Los dos mundos se conectan permanentemente, aunque no lo percibamos.

La figura de su padre parecía sonreírle del más allá o quizá, del más acá.

Doña Marisa caminó unas cuadras y tomó el ómnibus que la llevaría a su casa. Había poca gente en la calle. Hacía mucho calor.

Trató de abrir su corazón a la esperanza, como le había indicado el padre Antonio pero su cabeza seguía funcionando a mil por hora.

Pensó en su marido, tan serio y lógico, tan materialista y práctico. Se hubiera reído mucho de sus pensamientos de ultratumba, sin duda. Pobre Enrique. ¿Estaría él también viendo lo que ocurría? Hasta ese momento se lo imaginaba en el cielo, sentado y descansando, ahora ya no sabía qué pensar. ¿Estaría Enrique presente con su kah? ¿Podría ser y ver? ¿Estaría en paz o persiguiendo enemigos? ¿Cómo sería la entre-vida? No podía ser muy diferente al mundo de Tamara, sin duda.

Era demasiado para ella. Decidió pensar en algo frívolo, como un vestido nuevo, por ejemplo.

Sentada en el ómnibus, en las primeras filas, observaba las verdades, los negocios, las personas que iban desfilando por la ventana. De repente, sintió una mirada aguda en su nuca. Sin darse cuenta casi, se dio vuelta para atrás y quedó petrificada al reconocer, en el último asiento, a su marido. Elle sonrió con ternura e hizo un gesto amistoso con la mano. Su mirada profunda se clavó en la de ella.

No podía sacar los ojos de los otros. No había duda de que era él. Su rostro, sus canas, sus arrugas, su sonrisa, hasta la camisa verde que ella le había dado en la última Navidad.

Trató de pensar con lógica. Jamás podría ser él porque estaba

muerto hacía demasiado tiempo. Volvió a mirarlo con más atención. Tenía un broche de corbata, de oro con una perlita, regalo de su hija. Sin duda era él hasta en sus mínimos detalles. Parecía de carne y hueso. Era increíble, había vuelto del valle de los muertos.

No podía creer lo que veía. Sin duda toda esta charla la había afectado y veía fantasmas por todos lados. ¿Sería un fantasma o sería su marido? Después de todo Tamara volvió a vivir en el pasado o... ¿sería todo imaginación suya?

Cerró los ojos y volvió a mirarlo. No estaba más. En su lugar había otro hombre, sin arrugas, pelado, gordito y feliz. ¡Increíble! Enrique se había esfumado como por arte de magia. Sin embargo estaba segura de que lo había visto, sentado en el fondo del ómnibus.

Automáticamente empezó a rezar.

Los seres invisibles que se hacen visibles y los que vuelven del más allá eran una pesadilla para ella. Siguió rezando con los ojos cerrados y mucho miedo. Aceptar la realidad es difícil, nos recuerda al viejo lema, pero cambiado: “Creer para ver”.

La vida se manifiesta de muchas maneras y en diferentes planos, sin duda. Tal vez, sólo nos falte familiarizarnos con la idea.

IV

Andrés, por su parte, había ido a visitar a Susana, la fiel amiga de Tamara. Siempre sintió un cariño especial por esta mujer joven que daba clases en colegios nocturnos del suburbio y ayudaba a los niños de la calle. Su vida era un real apostolado de amor.

Su aspecto físico, joven y moderno, cuidado y prolijo, parecía contrastar con la imagen que nos hacemos de los seres caritativos. Nadie sabría decir el porqué.

Belgrano. Barrio de flores y jardines, casonas antiguas y modernísimos rascacielos. Pasado y futuro. Aristocracia y pueblo. Avenidas anchas colmadas de comercios de mil y una cosas, vidrieras decoradas con esmero, gente caminando sin parar. Avenida Cabildo, arteria del barrio, movimiento continuo, circulación febril.

Belgrano tiene sabor a bombón de chocolate, olor a magnolias y aire de dama antigua. Es barrio, ciudad y metrópolis. Es arte y conventillo. Es un mundo propio dentro de otro mundo mayor.

En este mundo, Cabildo y Céspedes, vive Susana. Entre el bullir de la calle y el tañir de las campanas de la Iglesia Redonda.

Susana lo recibió en el living de su pequeño pero elegante apartamento. Las plantas invadían el lugar y el cachorro se adueñaba de los sillones. Una mesita ratona con varias cajitas sobre ella hacían de centro del conjunto de tres sillones. Una alfombra elaborada cubría

el piso de madera lustrada. Una lámpara alta y varios cuadros. En un rincón, la cálida mesa redonda y las seis sillas.

Sentados frente a dos humeantes tazas de café conversaban sobre Tamara y su problemática actual. Las cajitas sonreían desde la mesa ratona.

Andrés sentía la culpa del divorcio y el susto de la enfermedad de su mujer. Culpa y responsabilidad.

Susana lo tranquilizaba con el amor de quien sabe dar sin pedir cambio.

—Tú sabes que hace unos años yo misma hice una regresión

—empezó a explicar Susana—. El problema era diferente pero igualmente importante para mí. Tenía un serio problema en la vista, me estaba quedando ciega. La medicina tradicional no encontraba soluciones ni motivos. Probé la terapia de regresiones y llegué a mi última vida, hace ciento cincuenta años.

—¿Qué pasó? —preguntó entusiasmado Andrés.

—Me vi y me sentí yo misma aunque con otro cuerpo. Era hombre y me sentí cómoda con este rol, aunque parezca extraño. Estaba en una mazmorra, atado con gruesas cadenas al piso, en posición acostado. Tenía hambre y sed. Me dejaban solo. De noche las ratas me atacaban y sufrí mucho, ellas comían mis ojos. No me podía defender y morí así, solo y sin ojos. Fue horrible, horrible realmente...

Susana parecía haber vuelto al momento cruel. Se sacudió toda y los ojos se le llenaron de lágrimas. Tomó un sorbo de café y se controló. Estaba desencajada y temblorosa.

—¡Por Dios! —gritó Andrés—. Es horrible. Nunca imaginé algo así. Es una muerte espantosa. Estar atado y las ratas avanzando... ¡es un horror!

—Nunca hablo de este tema porque me pone mal pero ahora lo hice, pensando que tal vez te ayudaría a tener fe en las regresiones y a entender un poco más cómo arrastramos cosas del pasado lejano.

Andrés no podía creer lo que oía. Susana explicó cómo algún sentimiento muy fuerte había quedado grabado en su memoria transpersonal y por otro motivo había aparecido en su vida ac-

tual. Coincidía con el cambio de vida que eligió, dejar su cómoda vida por ésta, de voluntariado y sacrificio. El dolor y el miedo del pasado se hicieron presente, lastimándole los ojos para despertarla a otra realidad existencial. Todo tiene una explicación, aunque a veces, no la encontremos. La vida está llena de sorpresas.

Susana había hecho un buen período de terapia después para trabajar el perdón a quienes la mataron tan cruelmente y para borrar esa energía negativa de su presente. Murió llevándose en su mente el horror de este desencarne, la agresión de las ratas y la maldad de los humanos. Los recuerdos durmieron su inconciencia transpersonal hasta que algo los despertó. La manera de marcar presencia era enfermando los mismos órganos involucrados.

—¿Te curaste rápido? —preguntó el joven muy entusiasmado con este tema.

—En algunos meses, aunque continúe la terapia por más de un año. Tuve que trabajar mucho pero valió la pena. —¿Reconociste a alguien?

—Sí, pero juré nunca decirlo. Es alguien a quien quiero mucho en esta vida y quien tuvo un papel protagónico en el pasado. —¿Cómo hiciste para perdonarla, para mirarla a la cara y saber que te había matado antes y ahora está en tu vida? —preguntó Andrés, muy impresionado con la historia.

—Me costó mucho realmente. El trabajo debe ser diario y constante. Claro que sin ayuda terapéutica no habría podido hacerlo. El padre Antonio me ayudó mucho también, para manejar el rencor. Creo en Dios y en sus emisarios celestes. Todo lo que ocurre es para enseñarnos algo y debemos aprender. El que hace mal pagará las consecuencias del error y además sufre mucho. Volvimos ahora, en roles diferentes para intentar reconocernos y perdonarnos.

—¿Qué más supiste de esa encarnación? —preguntó Andrés maravillado.

—Te dije que era hombre, me llamaba Pierre, tenía treinta y cinco años y morí en una prisión en París. Reconocí calles y casas, personas y escenas de esa época. Era como ver una película donde el actor principal era yo misma. Tuve mujer e hijo, a quienes

no volví a ver... planeaba una revolución, junto con algunos compañeros de la fábrica y fui traicionado... El resto ya lo sabes —explicó Susana.

—¿Cuántas personas reconociste? —preguntó Andrés.

—Dos

—¿Qué sentiste?

—Primero, un gran rencor, rabia y frustración. Te diría que sentí realmente odio. La traición es algo duro de digerir, pero, con ayuda fui limando este sentimiento hasta diluirlo en el mar. Si lo agregase a mi vida actual, estaría colocando veneno en mi psiquis y podría enfermar seriamente. Cada sentimiento tiene un lugar y un tiempo y debemos respetarlo.

Se hizo una pausa en la conversación. Susana estaba envuelta en el recuerdo y Andrés, sumergido en un mundo nuevo y fascinante. Los dos intentaban decifrar los enigmas.

—Cuando volvemos con las mismas personas ¿tu rees que repetimos los roles? Me refiero a que si en esa vida pasada fuimos hijo de alguien, volveremos otra vez, como hijo de ese alguien? —preguntó de improviso Andrés.

—No —explicó Susana—. Las enseñanzas del mundo espiritual nos dicen que cambiamos de sexo y de roles justamente para conocer otras perspectivas y hacer un mejor trabajo de evolución, dandonos otras oportunidades.

—Sueno raro eso de haber sido hijo de alguien y ahora se el padre o el hermano, por ejemplo... —comentó Andrés, pensativo.

—Depende de cómo se miren las cosas, pudiera ser muy bueno para los dos... —sonrió Susana.

—¿Por qué crees que volvieron juntos a esta vida, ustedes?

—Creo que para perdonarnos mutuamente porque yo debo haber colaborado al mal de él, también. Es probable que planeáramos este encuentro aquí y ahora para lavar el pasado doloroso de nuestras almas... Esta persona nunca supo ni sabrá, lo que vi en las regresiones, sería malo. Si nos olvidamos del pasado por algo será... Tal vez no podamos con él —meditó Susana—. Lo importante es trabajar para superarnos y no quedarnos en el pasado doloroso.

—Todo esto me resulta muy difícil de asimilar —comentó Andrés pensativo— pero si a ti también te pasó, es válido. Estuve leyendo mucho sobre el tema.

—Lleva su tiempo. La educación que recibimos, judeo-cristiana no nos ayudó mucho en el tema. Diferente es para los orientales que nacen sabiendo de la vida espiritual y del karma. Debemos volver a los orígenes y practicar el perdón como única herramienta de evolución —acotó Susana—. Es hora de estudiar más los lazos kármicos que nos unen, más allá del tiempo vivencial y aprender a reparar las ofensas del pasado.

Continuaron hablando de la energía cósmica o de la fuente de vitalidad que se enrosca y se alisa a lo largo de los tiempos, siempre buscando la justicia y la superación. Toda acción despierta una reacción y así vamos juntando las bolas de energía que deben ser canalizadas y elaboradas. Los odios y rencores se proyectan más allá de la situación presente. Como decía Einstein “el tiempo es una mera subjetividad”.

Los dos planos de existencia marcaban su presencia. El perro saltó de la silla y se puso a ladrar. Un aire fresco con olor a jazmines inundó la pieza y allá lejos dos campanitas tocaban sin dueño.

La tarde se cerraba sobre la ciudad agitada, llevando el descanso y la comprensión a todos los rincones. Las calles se ensombrecían y la noche se acercaba lentamente.

Los dos jóvenes disfrutaban de la conversación liberadora, que desnudaba las almas, en busca del Grial perdido.

V

La clínica del doctor López. Olivos. Habían pasado unos días, de esos que no conocieron a Einstein y marcaban presencia sin piedad.

Los dos médicos observaban a Tamara, profundamente hipnotizada y relajada en el sillón especial. Otra sesión de regresión. Los elementos de asistencia, libros, cuadernos de anotaciones, grabadores y cintas, todo estaba listo para ser usado. El ambiente tranquilo y en penumbra llamaba a la meditación y concentración. Había un ruego callado de los dos profesionales a lo Alto, para el éxito de la misión. Siempre es peligroso remover el pasado kármico y siempre hay un compromiso difícil de cumplir respecto a la revalorización de los hechos. En estas terapias los errores se pagan muy caros. No podemos despertar el recuerdo y dejarlo sin elaborar. La vieja energía se pegotea con la actual y puede producir un bloqueo venenoso. La psiquis es parte de nuestro espíritu, obviamente, sin tiempo ni espacio.

Juan llevó a Tamara, otra vez, al valle de los artesanos, cuando se llamaba Tapki y tenía dieciséis años. Todo el escenario volvió a aparecer ante los ojos de los presentes, como una película de Hollywood. Los actores empezaron su función de gala.

Tamara hablaba con dulzura, describiendo detalles comunes de su vida. La voz era suave y lejana, venida de los tiempos. Era difícil escucharla, debían hacer un gran esfuerzo auditivo. Siempre ocurre lo mismo. Parece que la voz también viene del pasado lejano.

Habló de los vasos canópolis, contenedores de las vísceras del

muerto, de la ceremonia de abertura de boca, cuando se colocaba un pergamino con indicaciones espirituales para saber hablar con los dioses y poder entrar en el reino de Osiris. El muerto, que era considerado un ser vivo, debía tener instrucciones claras para poder pasar las pruebas de la entre-vida.

Su cuerpo era enrollado en tiras de lino blanco y luego guardado en varios estuches para finalmente quedar dentro del sarcófago ritual. Siempre había un sacerdote que hacía las oraciones finales y le daba las últimas recomendaciones. Todos sabían que él estaba presente y asistía a su propio funeral. Lo despedían con cantos y danzas. Era un motivo de alegría para todos, porque finalmente iría a la tierra prometida. Se dejaban cantidades de alimentos para que cuando volviera a visitar su tumba y su cuerpo físico pudiera energizarse. También sus artículos personales serían objeto de su contacto y de placer. Todo se preparaba para que pudiera disfrutar de lo que le había sido querido en la Tierra.

Ellos no creían en la muerte, era sólo un cambio de la misma vida.

Los dos médicos se sorprendían con tanta información espiritual y con la precisión de los detalles. Todo era cuidadosamente grabado y anotado.

Ella hablaba de las grandes plantaciones de papiro, la planta sagrada que reunía al Sol, los reflejos de la energía y la curación del triángulo. Hablaba de las plantas de lino, tan cuidadas para ser usadas en la fabricación de las ropas. Hablaba de las piedras preciosas, talladas para el artesanado de las joyas y adornos de estatuas y templos.

Contaba sobre la educación espiritual que todos recibían, de la bondad para con los pobres, de la magnificencia de los reyes, de la escritura sagrada, del retornar de la muerte para ser sanador, en fin, hablaba de todo lo que era importante en ese tiempo, en ese lugar. Recordó el sistema social vigente que daría envidia a los actuales.

De repente ella lloraba y gritaba y volvía a sonreír, pasaba de la alegría a la tristeza, de los buenos recuerdos, a los malos, hasta que llegó al momento crucial de su muerte.

—Ahora el sacerdote me entrega el vino envenenado —empezó a

sollozar Tamara—, Nefer está conmigo, aparece una víbora, un aspid, surgió de la nada... y pica el pie de Nefer... Se va cayendo suavemente, como de terciopelo. Las estatuas lo saludan, los techos lo reverencian, el arte se inclina ante el maestro... Con los ojos abiertos y sorprendidos se va yendo, de a poco. Me mira con odio. Yo lo quiero.

Nefer clava los ojos en Tapki y le recrimina su conducta.

Ellos, los dioses, nunca perdonarían que Tapki hubiese hablado de lo no hablable, contó el secreto del otro lado del Nilo.

Nefer se va culpándola de su muerte. Cuando Nefer se enamoró de ella, le contó su vida real. Venía del otro lado del río, era amado por reyes y faraones, era un gran maestro, conocía los secretos de la vida y la muerte pero no podía hablar. Tapki no sabía que ese otro mundo existía pero los otros hombres del pueblo, tampoco. El mundo de los aldeanos tenía límites, las montañas, la zona verde y lo más lejano, el río. Era el mundo de los dioses y de los artistas que trabajaban para ellos. Nadie salía ni entraba de allí. El arte de enseñar a los muertos su camino a la eternidad era el premio de este encarcelamiento. Todos lo aceptaban con amor y respeto. Se sentían elegidos de los dioses y se orgullecían de este honor. El precio que pagaban era alto pero más alto aún era la convicción de formar parte del mundo espiritual y tener acceso a la eternidad.

Nefer, enamorado, cuenta de los templos, jardines y riquezas del otro lado, de la vida y de la muerte. Tapki quiere conocer ese otro mundo y lo convence de la traición. Se irán juntos, escapando, hacia la libertad de los mundos. Serán felices y libres.

El sacerdote Atur descubre el plan y programa destruirlos, en nombre de los dioses. Nadie puede conocer el lugar sagrado de las tumbas reales, el secreto debe ser preservado. La única salida es el castigo de los traidores. Primero es Nefer con la picadura fatal del aspid, luego es Tapki con el brebaje mortal. Los dos cuerpos quedan abrazados en el suelo de la tumba. Es el final de una historia de amor. Es el comienzo de un secreto guardado.

Atur ama secretamente a Tapki y al sentirse rechazado decide terminar con el romance y la violación del secreto. Todo en nombre del gran dios, creador de todo lo creado.

Atur no fue el único en saber del plan de fuga de los enamorados, otros lo supieron.

Lalia, una vecina querida, dibujante, escuchó el plan de ellos y quiso también probar el otro lado de la vida o del río. Conversó con otros, más oídos. Finalmente Lalia y cuatro hombres fueron muertos, cerca del río cuando pretendían escaparse.

El final de esta historia reúne a los amantes muertos en el piso de la tumba real, al sacerdote Atur, ciego de odio y despecho, a los cuatro hombres y a Lalia, muertos también por querer escapar.

Otros artesanos que estaban cerca de la tumba también fueron sacrificados por seguridad. Historia de amor y odio, proyectada en el tiempo.

Ahora, los médicos podían entender este triángulo amoroso:

Nefer, el amante traicionado en su arte y en su amor, por la joven Tapki que no debió contar lo prohibido; la propia joven, destruida por su ignorancia y su falta de discreción; Atur, empujado por una pasión amorosa no correspondida, muerto de celos y de rabia, destruye el amor del otro y el suyo propio.

La culpa del pasado se proyectaba entre los esposos, influenciándolos para la mala convivencia. Trabajarían esta relación para intentar recuperar la pareja presente de Tamara y Andrés. El tiempo y el esfuerzo de ellos darían la respuesta. Nefer era una incógnita porque no se presentaba en la actualidad. Deberían trabajar este rol como un deseo escondido de la pareja perfecta. El perdón a Nefer sería más difícil de elaborar ya que no tenía su reencarnación ahora, en la Tierra.

Es increíble cómo las pasiones fuertes, los compromisos no realizados y los odios pendientes pueden destruir tantas vidas, más allá del tiempo real. Sería un largo trabajo de adaptación a la realidad. Las sombras del pasado se hacían presentes en el ahora. Tamara se repondría de su desequilibrio con una buena terapia de recuperación.

La tarea era dura pero valía la pena. Había que intentar el reencuentro, a través de los tiempos, para la elaboración del mutuo perdón.

El triángulo debería aceptar su error y luchar por la superación del primitivismo emocional.

VI

Habían pasado dos meses. Tamara se recuperaba lentamente. Sus períodos de cordura eran cada vez más prolongados. Solamente continuaba con las pesadillas de persecuciones, durante las noches. La esperanza brillaba con audacia.

Juan continuaba con la terapia del trabajo del perdón y el entendimiento de las faltas del pasado. Estaba trabajando la figura de Atur, o de Andrés. El odio de ella hacia él y el desprecio de él hacia ella habían cavado las bases para un matrimonio muy endeudado con el pasado. El problema básico de ellos era la falta de confianza y eso estaba probado con firmes razones.

El padre Antonio visitó a la joven y quedó feliz de ver la mejoría. Ella se sintió muy protegida por la comprensión de él. El sentía que recibía el perdón de su padre, desde algún lugar.

Tamara aún quería saber por qué se habían encontrado en esta vida como marido y mujer, tal vez hubiera sido más lógico el encuentro con Nefer. Nefer no estaba en su presente.

“Confía en tus guías”, la frase retumbaba en su cerebro sin encontrar mucho provecho.

Trató de mentalizar a su ángel pero la figura era muy desdibujada. Pensó que igual estaría allí y así fue. El ángel guiaba los pasos por la noche oscura.

Una noche Tamara tuvo un extraño sueño. Mientras estaba en su cama, en el sanatorio, vio salir una forma humana de su propio cuerpo físico y elevarse al techo. La figura era desdibujada y muy

sutil, leve y gaseosa. Se fue armando de a poco hasta que se paró, al lado de la cama. Luego, empezó a ascender hasta el techo. Pensó que chocaría pero en vez de eso, siguió viaje, a través de las paredes y salió al exterior. El cielo era maravilloso, podía ver las estrellas con naturalidad, sentir el perfume de la noche y sobrevolar las casas. Disfrutaba de esta experiencia. Después de dar varias vueltas alrededor de su casa, siguió viaje hasta la casa de Andrés. Se sorprendió del destino. Allí, se acercó a la cama donde dormía su ex esposo, tranquilo y sereno, y le tomó la mano. Andrés salió también de su cuerpo con su doble etérico y se paró al lado de la cama. Los dos jóvenes se abrazaron con amor y juntos, subieron al techo de la habitación, proyectándose en el cielo estrellado, otra vez. Bailaron entre las casas y jugaron entre los árboles. Después de un tiempo se fueron a una plaza del barrio y se sentaron en un banco alargado y húmedo por el rocío de la noche. Tamara miraba a su alrededor. Dos señores de edad avanzada estaban sentados en otro banco, conversando sobre fútbol, una mujer joven lloraba en un rincón del parque, dos niños traviesos jugaban a una hora incorrecta. Nadie parecía verlos a ellos. Se movían y hablaban y nadie los percibía. Tamara se preguntó si estaría muerta. Estaba viva, sin saber cómo.

La conversación fue animada. Trataron el tema del pasado, dijeron recordar otra fecha, entre las estrellas, cuando se comprometieron a trabajar juntos el perdón. Recordaron la fiesta de despedida, antes de volver a la Tierra. Todos sus amigos estaban allí. Era emocionante. Atur y Tapki estaban vestidos como en la época del valle sagrado. Atur, de rodillas, le ofrecía un copón de miel y atrás de él, dos ángeles guardianes los bendecían. Uno de ellos puso un anillo de casamiento en la mano de Tapki. Ella lo recibió con amor y abrazó a Atur, diciéndole hermosas palabras de perdón y olvido. Se acercaron otras luces incandescentes, soles luminosos, personas de verdad y todos bailaban alrededor de los novios.

Cuando salieron del ensueño, estaban otra vez en el banco húmedo de la plaza del barrio. Las manos entrelazadas y los corazones palpitantes.

Capela sonreía desde lo más alto del cielo. La madre Hathor, con cabeza de vaca, les daba su bendición. El Nilo corría pre-

suroso, llevando la barca de las almas. Los cocodrilos sagrados custodiaban su pasaje.

Después de un tiempo se levantaron los dos, volaron sobre las casas y árboles y se dirigieron a sus camas.

Atur la acompañó hasta el sanatorio y la dejó en su cama.

Vio cómo su cuerpo sutil se acostaba sobre el físico, sin despertarlo. Se sintió cómoda de nuevo aunque algo pesada. Andrés se retiraba sonriente a su propio cuarto. Ella lo veía a través de las paredes. Un ángel alto y flaco la cubrió con su manto y le dio un beso.

Nunca más volvió a tener ese sueño.

Todo indicaba que la terapia era un éxito, a excepción de las pesadillas, que continuaban asustándola de noche, con las figuras tortuosas de seres horribles que la perseguían. Todos estaban felices con los progresos logrados, a pesar de todo. Un poco más de tiempo y, tal vez, lograrse el equilibrio completo. La esperanza era grande. Las posibilidades, muchas.

Una de esas noches de esperanza Tamara se despertó gritando y hablando como una poseída. Las enfermeras corrieron en su auxilio pero era imposible. La fuerza que tenía era equivalente a cuatro hombres. No la podían controlar.

—La voy a matar, la voy a matar —gritaba Tamara, enloquecida—. Estoy lleno de odio y sed de venganza... Nadie mata y queda libre. Nadie. No es justo. La quiero matar. Soy Nefer.

La dulce joven estaba transformada. Su rostro parecía hinchado, los ojos desorbitados, salían del lugar, la boca echaba espuma amarillenta y se deslizaba por el mentón, las manos crispadas parecían garras salvajes. Gritaba como un hombre y se comportaba como un batallón.

Con mucha habilidad la sujetaron y le dieron una inyección.

Demoró en hacer efecto. Tamara continuaba gritando, insultando y amenazando.

Una enfermera se acercó y le dijo, con suavidad:

—Hija, recuerda a tus guías y al maestro, recuerda la luz.

Llama a tu ángel de la guarda, él te ayudará a salir de ésta. Calma, y reza.

Estas palabras, como frases mágicas, la calmaron de inmediato. Se dejó caer suavemente, entregada al remedio y a los guías. Se vencía ante la impotencia del destino.

Con la psicoterapia había podido enfrentar la figura de Atur o Andrés. Estaba aprendiendo a entender las rivalidades y rencores de los dos, en la vida actual, comenzaba el camino del perdón y la comprensión. Ellos dos volvían a compartir la vida en la Tierra pero... ¿Nefer? ¿Cómo manejar estas pesadillas y estas sombras? Sólo quedaba una historia de amor y odio, trunca y perdida en los tiempos. No tenían planos de existencia compatibles, en el momento y nadie quería creer en fantasmas.

La apariencia de la joven era impresionante, semi desmayada sobre una cama, los ojos abiertos sin ver, la boca espumante, los músculos contraídos en rictus amargo y la sensación de no pertenecer más a este mundo.

La noche se cerraba llena de presagios tristes, lejana a aquella del paseo por la plaza y el banco húmedo. Las estrellas no brillaban. Los dioses no aparecían para bendecir. La oscuridad cubrió la casa y las almas. Todo era miedo y desilusión. Las puertas se cerraban. El círculo se achicaba.

VII

Sala de la clínica. Reunión de todos, Marisa, Andrés, los dos médicos, el padre Antonio, algunos enfermeros y la buena Susana.

—La realidad era muy dura —empezó diciendo Juan, con tono serio—, estamos aquí para buscar una solución al problema que se presentó.

—La terapia de regresiones dio resultado, en parte —intervino López—. Conseguimos que viera a su asesino, que trabajara el perdón para con Andrés, dando oportunidades nuevas a la pareja. Tamara se fue calmando y consiguió períodos más largos de contacto con la realidad. Necesitó menos calmantes y el progreso era alentado... pero el ataque del otro día la llevó nuevamente a estados profundos de desequilibrio. Ahora presenta disociación de personalidad, eso es serio, Es ella, por momentos y por otros, se cree un hombre, diferente de ella... y dice que la matará. Realmente demuestra mucha violencia.

Se hizo un profundo silencio donde cada uno intentaba buscar desesperadamente una solución. La posibilidad de las regresiones había despertado en ellos enormes incógnitas existenciales. Se cuestionaron sus propias vidas, la responsabilidad que tenían con ellas y con las ajenas, las posibles múltiples vidas en la Tierra, los rencores y odios, así como los amores y conocimientos que se podían almacenar en la mente tranersonal, la imtalmente fuera de control. Además de la natural desilusión, estaban llenos de miedos y angustia. Tan cerca habían estado de lograr la sanación de Tamara y ahora, todo estaba tan lejos...

Juan se tomó la cabeza entre las manos como si temiese perderla. Su rostro mostraba gran angustia. López miraba el piso, adivinando las baldosas impares, Andrés se perdía en la ventana que jugaba con la enredadera y llamaba a Dios, Marisa miraba sin ver, sintiendo el dolor comerle las entrañas, el padre Antonio rezaba, pidiendo sabiduría y orientación de lo alto, intentando conciliar su dogma actual con los recuerdos de su padre, allá en la pampa natal. Inconscientemente, lo llamaba con urgencia, aceptando que siempre acudiría.

—No lo puedo creer, justo ahora que había tantas esperanzas... —gimió la madre, interrumpiendo el silencio.

—Padre —intervino Andrés, dirigiéndose al sacerdote—, ¿cree usted en las posesiones del Diablo?

Todos miraron al padre y al marido, asombrados de esa pregunta, tal vez porque estaba en sus mentes también, sin querer aceptarlo. El cura tomó su tiempo y respondió cauteloso. —Creo que existe el mal y que algunas personas se dejan dominar por sentimientos de odio y maldad, pero... el Diablo, creo que debemos dejarlo fuera de esto.

—¿Si hiciéramos un exorcismo? —volvió a insistir Andrés.

—Por Dios —intervino Juan—, parece que estamos perdiendo el juicio. Nadie habla de exorcismos en el tercer milenio, eso es cosa de la Edad Media, la caza de brujas y los crucifijos empujando espíritus al infierno. Por Dios, seamos razonables, usemos la lógica.

—A pesar de todo, leí que en el pasado se curaron algunos casos de desequilibrio mental con exorcismos —aventuró Marisa—. El método debe de ser bueno.

—No creo —dijo Juan—. Se perdieron más almas que nunca. Ellos parten de la base que la persona está “ocupada”, poseída por un Espíritu demoníaco, un emisario del Diablo y la actitud es cruel, de expulsión, sin ninguna contemplación por el hermano perdido en la ignorancia.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Susana interesada.

—El sacerdote, porque sólo ellos lo pueden hacer, en la Iglesia, prácticamente echa a puntapiés al intruso, en nombre de Cristo, convocándolo a no volver más pero sin preocupaciones sobre su destino en la erraticidad de la entre-vida o sea, sin darle una oportunidad de redención.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó Marisa.

—La falta de amor y de caridad para con esa alma perdida —respondió Juan—. Si hay un Espíritu que se pega a otra persona deberíamos intentar sacarlo de allí por el amor y la comprensión para ayudarlo a crecer y encontrar el camino.

—¿Amor para con los crueles y malos? —se sorprendió Andrés.

—Si no existiera el amor para con los pecadores —suavizó Juan—, a ninguno de nosotros nos querrían. No seríamos dignos.

Se hizo un prolongado silencio donde todos pensaban en la cuota de maldad y de bondad que poseían. Nadie podía tirar la primera piedra, sin duda, pero esta historia de amor y posesiones diabólicas o casi, era muy densa para ellos, acostumbrados a la vida fácil y común donde no entraban estos problemas.

—Estoy pensando en la figura del Diablo —comentó Susana—. Creo que no puede existir. ¿Ustedes piensan así?

—Yo creo que existe el bien y el mal —empezó Juan—. Si Dios es principio y fin de todo lo creado y el Ser Supremo, no puede tener un “hermano gemelo”, que sería el Demonio y que lucharía contra El. Si tuviese un igual, no sería el Supremo. Así que yo creo que lo único que existe son espíritus malvados, ignorantes de la ley divina.

—Entonces, siguiendo tu lógica —intervino Andrés—, existen espíritus malvados e ignorantes que pueden actuar como tales y perjudicar la vida de los vivos, o ¿me equivoco en el razonamiento?

—No hay duda —comentó el padre Antonio— que existen espíritus perversos que gozan en el mal. Creo que la definición de Juan es la más acertada para definir la maldad de los hombres. Si se es malo en la vida, se debe continuar así en la entre-vida, probablemente hasta que Dios, en su infinita bondad lo redima.

—Creo que el Espíritu debería hacer algo por sí mismo —acotó Susana—, porque si todo depende de Dios, es muy fácil ser malo y después, convertirse en bueno, por la gracia divina, sin esfuerzo personal.

—No entremos en temas sagrados y teológicos —intervino nuevamente el padre— porque no tenemos los conocimientos suficientes para ello. Dedicuémosnos a pensar en la recuperación de Tamara.

—Si conversáramos con este Espíritu oscuro, siguiendo mi lógica —siguió Juan— y lo convencemos de que debe retirarse porque es

bueno para él y para el otro, a quien esclaviza, tal vez podamos ganar la batalla. De otra manera, es inútil.

—Estas conversaciones me dan miedo —dijo Marisa—. Parecen espíritas hablando y yo siempre les tuve miedo. No sé bien por qué.

—Será porque no nos tomamos el tiempo para pensar o para estudiar la lógica de los procedimientos espirituales —sentenció Juan—. Nada es peor que una mente cerrada a las posibilidades de la vida y del conocimiento.

—No me gusta este asunto de posesiones y exorcismos —suspiró Andrés—, pero, tal vez, deberíamos informarnos mejor. Algo hay que hacer. No podemos ignorar los signos de los tiempos.

—El miedo es resultado de la ignorancia y ésta es la causante del sufrimiento humano —sentenció el padre Antonio—. Estoy de acuerdo con Juan. Debemos buscar ayuda e informarnos más. Dios está presente en cada corazón generoso.

Se hizo otro silencio. Cada uno intentaba entrar en su propio ser para entenderse.

—Si la medicina moderna no encuentra soluciones y la Iglesia no hace más exorcismos —se lamentó Andrés— no sé dónde buscaremos ayuda. Debe existir alguna posibilidad, sin duda.

Todos callaron, angustiados y asustados. El silencio era cómplice de la pesadumbre general. Las soluciones fáciles nos resultan difíciles. Los caminos seguros se nos antojan peligrosos. Somos seres confundidos entre la animalidad y la espiritualidad. Planeta de transición, sin duda.

—Tamara habló un día que tenía un diario íntimo —dijo la madre de improviso—. Tal vez eso nos dé una pista de algo profundo de ella. No sé, es una esperanza. Tal vez escribió algo que ignoramos y que nos pueda dar una luz.

—Es verdad —dijo Andrés—, cuando llegó de viaje encontramos ese diario entre sus papeles. Lo guardó Susana... después comentó que Tamara escribió mucho sobre la señora que conoció en el avión y que vivía en Río de Janeiro. Estaba impresionada con su videncia y sus palabras, así como con los hechos de paranormalidad que siguieron.

—Sí —dijo Susana—, nos habíamos olvidado del diario de Ta-

mara. Esa señora brasileña había leído su suerte, pronosticado sus problemas y augurado una solución con los guías espirituales. Le había dado una tarjeta con su dirección, ofreciéndole su ayuda, incondicional. Deberíamos buscarla. Tal vez ella sabía que esto ocurriría.

—¿Cómo podría ella ayudar? —preguntó Andrés—. No es médica ni psicóloga ni sacerdote.

—Tal vez tenga métodos transpersonales o espirituales que ignoramos —dijo Susana pensativa—. Según el diario de Tamara parece una mujer de grandes conocimientos espirituales. Deberíamos probar. La respuesta está siempre donde menos la esperamos.

—A esta altura —intervino Marisa— acepto cualquier sugerencia. No encontramos salida en la medicina ni en el exorcismo, ni en terapias alternativas, valdrá la pena todo intento.

Griselda con los cabellos canosos y los ojos bondadosos parecía sonreír desde el recuerdo del diario íntimo. En algún lugar del Cosmos, sonreían las estrellas, abriendo nuevamente la puerta de la esperanza.

El aire se volvió denso de repente, una presencia de otro plano parecía estar allí. Entre las sonrisas de esperanza de todos se vislumbraba escondido un gran miedo, por no saber a qué se enfrentarían, ni cómo ni dónde.

No tenían la sabiduría de los reyes antiguos, no conocían la magia, no sabían cuál sería su nombre espiritual, el Ren, nada entendían de la entre-vida y no disimulaban su terror a la muerte. El Valle Olvidado estaba muy lejos.

Una sombra se dibujó en la sala, ahora silenciosa, una música tocó su armonía. Un pájaro cantó en la noche y la Luna se inclinó ante las estrellas audaces. Había nacido una esperanza. Amón—Ra estaba presente. Anubis cuidaba las barcas de las almas y alejaba a la serpiente de siete cabezas que comía el Ren de los hombres. La serpiente quería estar activa. Gritaba porque la alejaban de sus víctimas. Thot le enseñaba el camino de regreso a las profundidades. Ra brillaba más que nunca. La eterna lucha de Caín y Abel estaba presente, una vez más, despertando pasiones y sentimientos encontrados.

... y la noche cubrió el canto de los pájaros.

Parte III

Río de Janeiro,
Buscando el Grial

I

Río de Janeiro. Ciudad maravillosa, llena de encanto y luz. Sirena del Atlántico. Musa de los Orixás, Iemanjá, diosa del mar.

El Pan de Azúcar recorta su figura pesada contra el cielo diáfano. El “bondinho” cruza los dos colosos de piedra desde la Urca, llevando turistas encantados.

Copacabana y Leme descansan sobre las playas, más allá, Ipanema y Leblón continúan la cadena de arena y rascacielos. La laguna Rodrigo de Freitas dibuja un círculo irregular en medio de los edificios y montañas, El Botánico abanica las palmeras imperiales, saludando al sol. Más lejos aún, el gigante de acero atraviesa el mar, juntando Niterói con Río. Los pájaros cantan hasta morir. Las olas se acurrucan sin cesar. Río. La ciudad que nunca duerme. Sueño y fantasía hechos realidad.

Cuando los ángeles constructores del Universo hicieron este lugar, no olvidaron nada: montañas, mar, floresta, orquídeas, pájaros y mariposas, encanto y magia. Río es un milagro, es único. Hay algo en el aire que nos infunde vida y ganas de vibrar, hay algo en la energía liberada que circunda el lugar, que nos hace soñar. Tal vez sea reflejo de otros planos de conciencia que se extiende y confunde con los mortales del Olimpo.

El avión posa en el aeropuerto del Galeão, seguro y firme como una promesa. El calor húmedo es abrumador. El aire huele a pasto mojado y jazmines en flor. Gente que va y viene. Carritos llenos de equipajes nuevos. Gritos de encuentro y llantos de despedida. El mundo

viviente. Todos los aeropuertos tienen el mismo clima. La misma voz melosa de los parlantes. Encuentro y despedida. Risa y llanto.

Tamara baja del avión apoyada en su madre y sostenida por Susana. Andrés no pudo venir. Compromisos de trabajo o miedos sin resolver. Debemos elegir y seguir adelante, siempre.

La joven está calmada, mantenida con sedantes poderosos que le quitan la voluntad. Su rostro demacrado y ojeroso muestra el sufrimiento del alma torturada. El cuerpo delgado y sin gracia acusa recibo de la enfermedad mental. Es la sombra del esplendor pasado.

Llevan poco equipaje, sólo lo necesario. En esos momentos difíciles tomamos conciencia de lo superfluo y lo justo y sabemos la diferencia. Después nos volvemos a olvidar.

Un taxi las lleva por el “camino rojo” a toda velocidad. Recorren diferentes barrios, atraviesan túneles y llegan a Copacabana, la diosa africana, la virgen cristiana. Playa y barrio encantadores.

El hotel reservado está frente al mar, sobre la avenida Atlántica, a la altura del Posto seis. Hermosísimo lugar. Paraíso actuado. Centro de actividades múltiples.

Las veredas zigzagueantes, blancas y negras, acarician el agua y juegan al dominó.

La arena, blanca y finita, juega a la escondida con el mar y grita piedra libre. Una Luna corajuda se asoma en el cielo, la Tierra se inclina ante Oxum y se eleva para Oxalá.

Las tres mujeres se refugian en el cuarto del hotel. Amplia habitación con dos salas que tendrán que compartir. Observan el entorno. Es un departamento en miniatura. Dos cuartos con dos camas cada uno, unidos por un corredor que desemboca en el baño, verde y blanco. Muebles antiguos, estilo inglés, contrastan con los cuadros modernos, copias de Modigliani y Picasso. Una lámpara señorial ilumina desde la mesita y las flores del jarrón chino perfuman el ambiente. Olor a limpio. Recuerdos viejos.

Toman un refrigerio rápido en la terraza observando el paisaje que las desconcierta. Jugo de maracujá y sándwiches triples. Esperanza, mundo nuevo. Playa y sombra, luz y sonido.

Tamara, como si fuera un bebé, obedece. Luego de la fugaz comida, se acuesta y duerme igual que un niño protegido por su ángel. No

tiene capacidad de decisión. Es un robot moderno, un conjunto de huesos sin nombre. Su imagen encoge el corazón y humedece los ojos.

Marisa y Susana se acomodan en las reposeras y conversan animadamente.

—Mañana será un gran día —dice Susana.

—Sin duda —responde Marisa—, Todas nuestras esperanzas están en esta bendita tierra y en doña Griselda.

—En realidad deberían estar en Dios y no en los hombres —comenta la joven.

—Por supuesto pero esta mujer fue tan amorosa por teléfono y nos alivió tanto con la esperanza de una sanación que no puedo dejar de pensar en ella como una diosa.

—Bueno, no exageremos, por favor —advierte Susana, sonriendo— ocurre que es nuestra última puerta. Si no diera resultado, sería terrible y tendríamos que acostumbrarnos a la idea de ver a Tamara internada de por vida. Dios no lo permita —comenta tristemente doña Marisa.

—Todavía no termino de entender —comentó pensativa Susana— el proceso de estas sanaciones espirituales,

—Tampoco yo. Aparentemente, por lo que estuvimos leyendo, debemos confiar en la intervención de los ángeles custodios y guías que son los que, en definitiva, hacen el trabajo.

—Sí —concordó Susana—. Así parece funcionar. Tengo fe en la Providencia Divina pero ocurre que nunca presencié una cura de este tipo y me siento llena de dudas.

—Igual que yo —continuó Marisa—. Nuestras experiencias en Buenos Aires se limitan al conocimiento de curanderos de barrio o del campo, que curan con métodos indígenas y ellos se dedican a enfermedades físicas. Nunca oí que hicieran curaciones mentales o espirituales, de cualquier manera, estos curanderos Son fabulosos, según la opinión de todos los que conozco. Creo que todo sanador debe ser respetado, por la obra” que hace, sin considerar su técnica o el origen de su conocimiento. Todo es válido en este terreno tan sutil.

—Sin duda. Estoy sólo pensando en voz alta —respondió Susana—. Esto parece algo difícil de hacer, curar, devolver la salud, el equilibrio...

—Seguramente, pero si la ciencia no puede resolver el problema, estoy dispuesta a experimentar todo lo que se ofrezca. Si pensamos bien, en la antigüedad sólo los sanadores o curanderos hacían medicina con ayuda de hierbas y brebajes naturales.

—Desde ya. La naturaleza nos provee de múltiples remedios, recordemos al Amazonas y la lucha que hay hoy por los laboratorios internacionales, que quieren apropiarse de todas las variaciones curativas que existen allí. Nuestros amigos brasileños no son curadores pueblerinos, sin desprestigiarlos, son reales sanadores espirituales. Este hecho me da mucha confianza, aunque tenga algo de miedo. No entiendo el funcionamiento de este mundo espiritual que acude a ayudarnos.

—Yo tampoco. Espero con ansiedad el día de mañana, no logro imaginar la técnica que usarán y estoy muy curiosa, además de esperanzada, en este milagro que se nos ofrece.

—Ya nos dijeron que no tiene nada que ver con exorcismos y cosas por el estilo. Es algo natural, como las hierbas.

—Gracias a Dios —exclamó doña Marisa—. Moriría de miedo de presenciar algo así, me recuerda a películas de terror y diablos malévolos, a sacerdotes que discuten con el Demonio y ocurren cosas terribles como objetos que vuelan y personas que mueren.

—Tranquilícese —intervino con dulzura Susana—. Nada de esto ocurrirá mañana. Los exorcismos son cosas de la Edad Media. Ningún diablo o demonio puede introducirse en el cuerpo de una persona y actuar. Estamos en el tercer milenio, no se olvide. Vamos a aprender a tener paciencia y a obedecer a nuestros ángeles. Calma y confianza, son las dos palabras claves.

Susana abrazó a su madre postiza y las dos permanecieron juntas unos minutos, intercambiando energías vitales, ondas mentales y esperanzas verdaderas.

Allá en su cama, dormía Tamara el sueño de los inocentes, perdida en las sombras de los tiempos. Ignoraba la experiencia que tendría que vivir, perdida entre el ayer y el hoy, ajena a las culpas del pasado.

Las dos mujeres continuaron hablando durante un buen rato.

Angustia y esperanza. Ilusión y amor. Siempre la dualidad del ser presente en las vidas, complicando la comprensión de los hechos trascendentales.

Cuando alguien nos presenta la posibilidad de la ilusión, parecen abrirse mil puertas doradas que nos llevan a valorar la vida en toda su extensión. Empezamos a entender que la existencia material depende de un hilo muy delgado y que cualquier sacudón, lo quiebra. Tal vez, lo más importante sea aprender a vivir el presente con dignidad, como única vivencia válida para la construcción del futuro.

Tener esperanza es esperar que ocurra algo que nos satisfaga. Siempre esperamos el resultado que planeamos, sin pensar que no somos nosotros, los dueños de la rueda kármica. Es curioso observar que el sufrimiento se nos presenta siempre, como un hecho contrario a nuestros deseos. Deberíamos aprender a desear mejor y a esperar, con confianza, la proyección de los caminos de Dios.

Mañana será un gran día, por cierto. Conocerán el mundo nuevo de la Espiritualidad. Se enfrentarán a los fantasmas del pasado y los amigos nuevos del presente. Egipto respiraba entre los susurros del viento, llevando el mensaje de los dioses hasta el propio Creador.

Horus agrandaba su ojo místico, Isis abrazaba a sus hijos bien amados y más lejos, Toth escribía jeroglíficos nuevos sobre las nubes del cielo. Los dioses estaban atentos al cumplimiento de la ley del amor universal.

La noche cerró el capítulo de la llegada a esta tierra bendita con un manto de esperanza. Al día siguiente, a las diez de la mañana, Griselda apareció en el hotel como estaba combinado. Buscaron una salita tranquila y se ubicaron para conversar. Doña Griselda estaba más celestial que nunca. Los cabellos canosos, atados en elegante rodete, el rostro manso iluminado de ternura, la figura espigada mostrando su fuerza moral.

Había algo en esta mujer que nos recordaba a los ángeles en su paso por la tierra de los hombres. Su atmósfera era diáfana como las aguas de un lago y reflejaba un alma muy evolucionada, dispuesta al amor.

Cuando abrazó a Tamara se quedó unos segundos observando algo que parecía ver por sobre su hombro. Nadie vio nada. Una sombra viscosa se enroscó en el cuello de la joven y una carcajada muda llenó sus oídos. El aire se volvió frío, lejano y maligno. El mundo de las sombras estaba presente con su manto de terciopelo negro. Sólo algunos lo percibieron.

... y los hombres ignoraron las señales de los tiempos... y la bestia se presentó.

La tomó en sus brazos la contuvo dentro del amor fraternal.

Una energía sublime llenó el lugar.

La joven se revolvió molesta en el abrazo de doña Griselda.

Sus ojos se abrieron exageradamente y su corazón empezó a latir con furia. Parecía un gato preso. La señora canosa la calmó con amor y seguridad. Sabía lo que hacía. Vibraciones de otro plano cambiaron la atmósfera, limpiándola de las impurezas de las faltas cometidas.

—Quería tener una charla con ustedes —empezó diciendo doña Griselda— para que supieran algo más de este tipo de tratamiento. Sé que leyeron todo lo que les mandé por correo y que ahora tienen una idea más clara pero, igualmente, creo que necesitan informarse. Por favor, pregunten todo lo que quieran.

Las dos mujeres se miraron preguntándose por dónde empezar. Recordaban el diálogo de la noche anterior. Eran tantas las incógnitas que tenían... Estaban entrando en un inundo totalmente desconocido.

Griselda fue explicando con cariño y paciencia que era la vicepresidente de un Centro Espiritista Kardecista en el barrio de Laranjeiras, cerca del Corcovado. Hacían muchos tratamientos espirituales, atendían enfermos, tenían sesiones de imposición de manos o pases sanadores, bebían agua fluidificada, vitalizada por los Espíritus Superiores, quienes protegían los trabajos mediúmnicos y, además, conversaban con los desencarnados. Esta parte llamó poderosamente la atención a las dos mujeres porque era algo que hasta el momento, consideraban cosa de locos.

En sueños habían visto a muertos queridos y hablado con ellos pero el hecho solo se contabilizó como un sueño más o el deseo reprimido del inconsciente. Hablar y ver a los muertos eran asuntos de libros baratos y películas de terror de quinta categoría. La mente materialista y lógica rechazaba al mundo invisible, más por miedo e ignorancia que por conceptos racionales. Se imponía la lógica del mundo civilizado.

Griselda explicó que lo único que hacían era remontarse a los tiempos del comienzo del cristianismo, imitando las enseñanzas del

Maestro, curando en su nombre y llevando paz. Recordó a la Virgen María quien recibió la noticia de su gravidez por medio de un ángel celestial, a Elías quien conversaba con Abraham y a muchos otros santos como San Francisco que hablaba con los animales.

Las enseñanzas sagradas estaban llenas de ejemplos de comunicaciones mediúmnicas o de los dos planos de existencia. Antiguamente parecía más fácil hablar con otras esferas porque los hombres eran más simples y estaban más cerca de Dios.

Luego habló de la reencarnación como proceso necesario para el crecimiento del alma, la ley de causa y efecto, toda acción genera una reacción y debemos aceptar las consecuencias. Habló del amor y del odio sobrepasando las fronteras de la vida y la muerte y de la importancia de nuestro doble astral o periespíritu.

—¿Es igual el kah de los egipcios? —preguntó curiosa Susana.

—Exactamente. Desde el comienzo de los tiempos hemos oído hablar de él con diferentes nombres. Era conocido de los griegos, los egipcios, los druidas, los romanos y los iniciados de todas las religiones antiguas. Es la copia fiel del cuerpo físico que nos acompaña siempre, en la vida terrena y en la entre-vida. La mente pasa de un cuerpo a otro, al morirnos y este doble etérico la contiene, es su vehículo.

—¿Cómo pasa la mente al otro cuerpo? —preguntó doña Marisa, sorprendida.

—La mente es todo lo que somos —explicó con amor Griselda—, es algo totalmente diferente al cerebro físico. Esta mente es nuestra esencia, cuando el cuerpo material se muere, pasa a vivir en el doble sutil o cuerpo bioplasmático. Así se mueve en el período de entre-vida y puede dejarse ver y oír y también, a veces, comunicarse, el Espíritu solo no puede moverse o expresarse, necesita de este cuerpo sutil para hacerlo. El trabajo de perfeccionamiento del alma continúa, sin prisa y sin pausa, siempre.

Las mujeres callaron, concentradas en las imágenes que se les presentaban, intentando comprender el juego de las energías sutiles que se encadenaban sabiamente para hacer vivir la vida.

—Cuando vi a mi marido en el ómnibus —preguntó Marisa, pensativa— ¿estaba viendo a su doble?

—Claro, a su cuerpo sutil, doble etérico o periespíritu. Con él está la mente que mantiene las vivencias y recuerdos de la última vida y con este cuerpo nos podemos comunicar, igual que lo hacemos ahora, en la Tierra.

—¿El se podría comunicar conmigo? —preguntó casi asustada Marisa.

—Sólo si tuviera autorización para hacerlo. Los espíritus no están a nuestra disposición. Tienen mucho trabajo que cumplir en la entre-vida. Deben estudiar, practicar la ayuda al prójimo, entender las leyes kármicas y especialmente practicar el amor y el perdón.

Solamente se comunican cuando necesitan pasarnos un mensaje para orientarnos o cuando precisan algo para ellos, como oraciones o luz y entendimiento.

—Esto de comunicarnos con los muertos como con un teléfono me parece increíble —comentó Susana, sonriendo.

—No es exactamente así. Les dije que sólo cuando los Superiores del Mundo Espiritual lo consideran útil, se produce el nexo entre los dos mundos —explicó Griselda con severidad—. De otra manera, estaríamos perturbándolos y perturbándonos.

—¿Quiénes se comunican con nosotros, entonces? —preguntó Marisa.

—Hay distintos tipos de comunicaciones mediúmnicas, algunas son con Espíritus perdidos, otras con obsesores o perseguidores, rencorosos, abortados, suicidas y drogadictos. Están además los espíritus familiares, los ángeles buenos, los mentores de los grupos, los consejeros y toda una gama de Espíritus Superiores que aconsejan, curan, liberan, organizan y encaminan a las almas.

—¿Dijo usted que hablan con “abortados”? —preguntó sobresaltada Marisa—. ¿Qué es eso?

—El Espíritu se prepara para reencarnar —empieza a explicar doña Griselda con amor— durante el período de entre-vida, con mucho trabajo y esfuerzo, después de largos períodos de vida espiritual. Los Guías Espirituales lo ayudan a conectarse mentalmente con la futura madre y con el padre. Es un proceso de reaproximación, en el cual los personajes se reconocen por la memoria akásica que po-

seen y aceptan el compromiso de ayudarse en la nueva vida, siempre apuntando a elaborar el perdón de las ofensas pasadas. Asumido el compromiso, se lleva a cabo la concepción física que es posterior al hecho espiritual. Si la madre aborta porque se arrepintió de la responsabilidad asumida, este ser ve truncada su posibilidad de vida terrenal y sufre mucho. A partir de allí se convierte en lo que nosotros llamamos, Espíritu de abortado.

—Es increíble —exclamó Susana, asombrada por esta posibilidad de vida y muerte, en la cual jamás había pensado antes.

—Ocurre que el sufrimiento de este ser es enorme, no sólo en la fase espiritual o emocional, sino en la física. Es destruido con crueldad y deshecho. Por un lado, sufre el dolor carnal de la muerte provocada a cuchillazos y por otro, la crueldad de ver sus esperanzas de vida truncadas, sin piedad —continuó explicando Griselda.

—Si las mujeres supieran estas cosas, no abortarían —comentó Susana, pensativa.

—Cierto. El problema no acaba aquí. A veces, estos espíritus quedan muy rencorosos, angustiados o enojados, volviéndose contra sus padres, especialmente la madre, a quien tratan de perjudicar —continuó Griselda seriamente.

—Nunca imaginé que lo que para la ciencia es un simple feto, fuera un ser pensante y actuante, como cualquiera de nosotros —dijo pensativa Susana.

—No olvidemos que es un Espíritu viejo que ya tuvo otras reencarnaciones, por lo tanto es un ser completo con sentimientos, recuerdos, emociones y deseos.

—Además —continuó Griselda— es interesante destacar que la ciencia actual está considerando al feto como un ser con capacidad de dolor físico.

Las dos mujeres quisieron saber más del apasionante tema de los abortados, de los fetos pensantes y sufrientes y de todo el mundo real e invisible que surgía, por primera vez, ante ellas.

—Se están haciendo experiencias en Belfast, Irlanda del Norte, en el “Wellcome Trust Fetal Behaviour Research Centre” y en la Universidad de Londres. Se ha levantado la tesis de que toda opera-

ción quirúrgica hecha antes del nacimiento, debe ser con anestesia, porque el feto siente dolor, se contrae y modifica sus latidos cardíacos, ante cualquier amenaza de agujas.

—¿Desde qué tiempo de vida? —preguntó Susana curiosa.

—Aparentemente, desde las primeras cuatro semanas pero, nosotros creemos que desde el instante mismo de la concepción, desde la formación del huevo.

Se hizo un profundo silencio. Las mujeres estaban pensando en este mundo nuevo que se abría a sus ojos como una flor de primavera.

No podían dejar de pensar en la cantidad de abortos que se llevaban a cabo diariamente en el mundo llamado civilizado. Generalmente se piensa que es algo sin desarrollar porque no tiene aún, brazos o piernas y no sonrío, Ahora, ante la información recibida de los dos mundos, Marisa y Susana se preguntaban cuándo realmente empieza la vida y cuándo termina o cuándo continúa de un plano al otro. Un feto es un Espíritu viejo que necesita otra oportunidad de vida para seguir evolucionando y no, una “cosa”.

La barca de Anubis cargada de almas cruzaba el nilo. Maat los esperaba con la balanza celestial y la pluma. Los otros dioses vigilaban atentos.

Cada una continuaba envuelta en sus pensamientos, tratando de descifrar el enigma de la vida, que veían hoy, con ojos diferentes.

Después de un tiempo, Marisa dijo:

—Usted habló también de espíritus de drogadictos y suicidas. ¿Cómo explica eso?

—Son espíritus que murieron siendo suicidas o drogados y sus almas torturadas, por la culpa y el miedo, no reconocen su nuevo estado de seres sin cuerpo físico. Continúan sufriendo los sinsabores de sus tristes vidas. Esperan que los ayudemos con palabras de esclarecimiento o bondad, además de las oraciones o pensamientos elevados que les podamos enviar. Cuando los podemos ayudar, junto con los Guías del Mundo Espiritual, encuentran el camino al conocimiento de Dios y el trabajo redentor. Algunos son dóciles y mansos, otros rebeldes y agresivos.

Continuaron hablando un tiempo más sobre la experiencia de la

muerte, sin conciencia. O sea, los que no admiten que están “muertos” y pretender continuar “vivos”. Hablaron del cuerpo astral o periespiritual, de sus recuerdos y dolores, de la memoria transpersonal o akásica, de los mundos encontrados.

—¿Todos quieren vengarse y persiguen personas? —preguntó asustada Marisa.

—No, gracias a Dios, no —sonrió Gríselda—. Sólo los que no conocen la bondad del Padre e ignoran las leyes divinas. Siempre debemos ayudarnos mutuamente ya que nadie se salva solo.

Doña Griselda les habló también de los guías del mundo espiritual, de ángeles y mentores que se acercaban para inducirnos al bien y a la superación del ser.

Desde lo alto, Capela sonreía, una vez más, cuidando a sus hijos amados.

Las mujeres no podían creer lo que oían, todo un mundo invisible se les hacía presente.

La conversación se prolongó un buen tiempo. Las preguntas eran muchas y las dudas, también. No era fácil incorporar tanta información sobre un mundo que creían inaccesible y ahora se mostraba tan real y presente como las propias arenas del mar.

Rostros de jóvenes torturados, bebés sin completar, fetos y miradas tristes poblaron las mentes de las mujeres. Una profunda tristeza las invadió. El ángel blanco, alto y delgado, apareció para dejar su mensaje divino, lleno de comprensión y amor.

Susana meditaba sobre estos rostros que aparecían y desaparecían ante su mente. Nunca antes había considerado la posibilidad de la existencia de un “abortado” o de un drogadicto o suicida como seres del mundo espiritual que comparten sus vidas con nuestro plano existencial. La idea de que estos seres estaban, de alguna manera, presentes en su vida, la inquietaba y sorprendía. Estamos acostumbrados a pensar que cuando alguien muere, se va. No sabemos bien adónde ni cómo pero imaginamos siempre lugares lejanos y no comprometidos. Ahora resultaba que podían convivir con nosotros, carentes y tristes, esperando una limosna de nuestros corazones.

Un fuerte olor a rosas cubrió el lugar. Los Mensajeros Divinos pasaron por allí y dejaron su palabra. El Mundo Espiritual estaba presente.

La mañana pasó rápida entre charla y café, fantasmas y ángeles. Las sombras y la luz andaban de la mano intentando el equilibrio.

II

Una esquina, una botella de agua ardiente, tres velas prendidas, dos cigarros humeantes... Nadie toca nada. Ofrenda. Playa y arena, flores al mar. Iemanjá. Ofrenda. El sol iluminando el horizonte y llamando a la oración. Alá y las mezquitas. Ofrenda. Las palmeras meciéndose entre los brazos de Iansã. Ofrenda. Xangô afilando un cuchillo. Ofrenda. Oxum acariciando a los niños pobres. Ofrenda. Ogum en su caballo blanco. Ofrenda. Las campanas de la iglesia, ofrenda. El último libro del Dalai Lama, ofrenda. Los minaretes mirando el cielo, ofrenda. La Biblia sobre la mesa. Ofrenda.

La ciudad entera es una ofrenda de agradecimiento y amor al Creador.

El mar se junta con la arena, la luna con el cielo, el humo con el cigarrillo, la cultura del este con la del oeste, las energías sutiles con las densas, Dios con los hombres de todos los tiempos y lugares... El viento lleva el mensaje.

Una bahiana gorda, envuelta en encajes puros de nieve y collares de caracoles, vende cocadas azucaradas. Un joven vuela con su moto último modelo, un cura cruza la calle, un niño pide limosna, un bebé llora en su cochecito, el borracho se inclina ante la pinga. Es la vida. Es el mundo. Es el misterio de la creación renovada e inconclusa.

Tamara y sus dos acompañantes bajan de un taxi amarillo.

Laranjeiras. Barrio elegante y tradicional del Río antiguo que

nace otra vez cada mañana. Casas coloniales y edificios modernos, jardines y flores, soledad y barullo.

Las calles angostas y floridas dan una apariencia calma al barrio, a pesar de los supermercados ruidosos y los vendedores ambulantes. El aire recuerda el pasado de carruajes y encajes, palacios y fuentes. Es un rinconcito añejo pintado de moderno. Cosme Velho. Corcovado. Trencito y autos subiendo hasta el Padre entre medio de la selva. Brazos abiertos abarcando el universo. El coloso de piedra blanca se levanta sobre la punta de la montaña, abrazando la ciudad. Hay algo mágico en este Cristo que le infunde vida propia. No es una simple estatua gigante, es la manifestación de Dios, al igual que los Colosos de Memnón o las figuras de Ramsés, en Tebas. La fe profunda de sus artistas los dotó del hálito divino y desde la eternidad, sonrían con amor a los hombres de buena voluntad.

Se dirigen a una enorme casona antigua, pintada y cuidada con esmero. Calle tranquila donde aún quedan algunos pocos árboles de naranjas, que dieron el nombre al barrio.

Entran en un hall amplio, repleto de libros para vender. Una joven atiende el servicio. Varias personas salen de diferentes salas. El movimiento es grande, jóvenes, viejos y de mediana edad.

Las personas parecen ocupadas en todo lo que hacen. Muchos compran libros, otros consultan sobre autores y temas, esperando la orientación de la joven vendedora. Una señora con dos niñitos, busca ayuda para ellos. Un hombre viejo retira una cesta de alimentos. Varias mujeres conversan sobre una conferencia que tendrá lugar dentro de dos días. Otros están sentados en actitud de meditación. Nadie perturba. Todo es actividad y movimiento organizado.

Marisa y Susana observan todo, llenas de curiosidad. Nunca imaginaron un lugar que pudiera ser tan activo y tranquilo, al mismo tiempo. Tamara solamente sonrío sin ver, ausente de la realidad. Perdida en otro tiempo. Sin regreso. Es una muñeca de trapo tirada en la calle sucia.

Aparece doña Griselda con la eterna sonrisa a flor de piel y ese gesto tan suyo de cariño. Inspira confianza, seguridad y amor.

Les dice que ahora pasarán a una sala especial y que deben man-

tenerse calladas y quietas, pase lo que pase, deben ser meras espectadoras. Misterio y ansiedad.

Entran en un cuarto relativamente pequeño, poco iluminado, muy pulcro. Una mesa redonda en el medio, una Biblia sobre ella y cuatro personas en trance, sentadas alrededor. Dos hombres y dos mujeres. Edades dispares. Un cuadro de Jesús Nazareno con el cabello partido al medio y rizado cayendo sobre los hombros, grandes y misteriosos ojos celestes observando el universo en formación y una energía muy particular, colgado en la pared principal. Dios está presente.

Una música suave de fondo y un agradable olor a incienso completan el cuadro.

Fuera de la mesa hay varias filas de sillas dispuestas en orden, donde se sientan las dos mujeres. Un señor maduro, de cabellos blancos y grandes ojos verdes está de pie junto a los médiums en actitud de oración. Es Alaerte Días, el presidente de la Asociación Espírita. Junto a él otras dos personas en actitud similar, listas para actuar.

Es un ambiente de recogimiento, elevación y espiritualidad.

Dios está presente.

Las mujeres sienten una extraña emoción ante la vibración superior reinante en el lugar. El corazón se llena de energía divina, el alma se emociona ante la presencia de su Creador.

Tienen la sensación de haber salido de este mundo material, regido por los cinco sentidos tradicionales y estar entrando en otro, muy diferente. Aquí nada recuerda a la agitada vida de afuera, las bocinas de los colectivos, los gritos de la gente, las calles violentas, la riqueza y la pobreza caminando de la mano. Es energía de paz total, de equilibrio y armonía, que se expande por el ambiente y llega a las personas, contagiándolas. Es un espejo del mundo invisible.

Estos momentos despiertan al alma dormida y la impulsan a comprometerse con su Dios Interior. Es aquí cuando sentimos activados nuestros chakras sagrados y vivenciamos el paso de la energía divina por todos nuestros cuerpos. Paz y armonía. Mundo perfecto.

Tamara súbitamente se agita, se revuelve en la silla, comienza a retírse, retuerce sus manos y habla palabras sin sentido. Su madre se asusta y trata de calmarla sin entender qué está ocurriendo. Rápido interviene Griselda.

Parecería que la joven estuviera viendo seres de otros planos. Quiembra la paz reinante con una ola de agresión, violencia y desequilibrio. Algo serio está ocurriendo.

—Por favor, recuerden lo que les pedí, a partir de este momento ustedes son meras espectadoras, no hablen ni intervengan. —La voz es dulce pero muy segura. No dudan en obedecer.

Griselda abre el Evangelio y empieza a leer, la hoja encontrada al azar. Es la parábola del Buen Pastor. ¿La recuerdan? El joven pastor deja a las noventa y nueve ovejas para ir a buscar la única perdida entre los montes. Todos valemos la pena. La salvación es para todos por igual. Hermosa historia del amor universal, relatada en un lenguaje de aldeanos para ser entendida sólo por los sabios.

Después Griselda dice unas palabras de abertura de la sesión mediúmnica donde pide la asistencia de los buenos espíritus para la labor que se llevaría a cabo.

Susana y Marisa recuerdan las charlas sobre mensajeros divinos y mentores espirituales que se hacen presentes en estos momentos para organizar las manifestaciones espirituales. Mentalmente se unen al ruego.

Sobre el techo de la sala se proyectan las imágenes de dieciséis guías espirituales, formando un círculo. Son los ángeles custodios que vienen a cuidar y proteger toda manifestación en el campo extrasensorial. Ellos son los misioneros de la luz, participantes del cordón energético cósmico.

El Mundo Espiritual parecía responder desde el silencio y el incienso.

De repente Tamara se pone de pie y empieza a gritar con voz ronca y grosera,

—La voy a matar, la voy a matar... Es una maldita.

Las dos mujeres no podían creer lo que veían. La dulce joven se había transformado en un monstruo de película de terror. Su rostro era irreconocible, hinchado y desencajado, furioso y demoníaco. Las manos crispadas semejaban garras salvajes, la voz, un trueno agonizante. Todo su cuerpo se eriza como el de un gato y su imagen infunde miedo. Parece venido del infierno del Dante.

Doña Griselda se le acerca con cariño y le toma las manos, ignorando su aspecto repulsivo. Tamara reacciona con más violencia ante la ternura.

Griselda vuelve a tomar sus manos y las retiene con amor y ternura, ignorando su apariencia y su voz desagradable, mientras habla con dulzura.

—Hijo mío, eres bienvenido a esta casa de paz y amor.

—Qué amor ni amor —grita Tamara—. Yo no quiero amor, quiero venganza, ja ja ja —reía con carcajadas satánicas y estruendosas. Obviamente, no era Tamara. Alguien estaba dentro de su cuerpo o pegada a ella.

—¿Quién eres? —pregunta con voz firme Griselda, mirando a la joven Tamara.

—Sabes muy bien quién soy, me viste desde el primer momento, en ese avión, en Egipto —responde agresivo—. Me volviste a ver cuando llegamos aquí e intentaste dormirme con tu pensamiento. Sé quién eres y a qué te dedicas. No te tengo miedo.

—Está bien, cálmate, ya dirás tu nombre... —continúa Griselda—. Cálmate, cálmate. No precisas tener miedo, no me interesa, al contrario, debes sentirte bien recibido. Somos tus hermanos cósmicos.

—¡No! ¡No! Nada de calma y paz, son palabras huecas. Estoy aquí para vengarme, para destruir a esta idiota que me alberga, sin saber qué hace... —grita la voz desde adentro de la joven, furiosa y violenta.

—Es verdad —continuó calmadamente Griselda—, ella te da lugar sin saberlo. Tú te apoderaste de su cuerpo y de su mente con mucha maldad y todavía la criticas. No deberías hacerlo.

—Ella pensó que podría conmigo pero se equivocó. Soy mil veces más fuerte que ella y que tú y que todos los que están aquí —amenazó iracundo—. Soy invencible, domino la magia.

—Puede ser, por favor tranquilízate para poder dialogar mejor —responde Griselda, intentando llevar el diálogo a un nivel más tranquilo.

—No quiero hablar, quiero destruir a esta perra que me traicionó y tengo el poder para lograrlo. Además no estoy solo, detrás de mí hay una legión —el Espíritu parecía disfrutar con su perversión, entre carcajadas y gritos.

Griselda respira con calma y eleva los ojos a los ángeles, en el techo. La posibilidad de otros espíritus malvados, reforzando la actitud del presente, es preocupante. Cuando se rasga el velo de las sombras, ellas se lanzan al ataque sin piedad.

A continuación, le responde, con dulzura pero con mucha firmeza.

—Deja a tus cómplices fuera de esto, si no pensaré que tienes miedo de estar solo aquí.

—¿Miedo yo? No seas ridícula, no puedo tener miedo porque tengo todo el poder del más allá y me acompañan mis secuaces, grandes magos del pasado —rió malévolamente, con dos carcajadas terroríficas.

Las mujeres estaban hipnotizadas, estáticas, sin sacar los ojos de Tamara o de lo que se había convertido ahora, que no sabían bien qué era. La escena era kafkiana.

Los cuatro médiums no se movían de la mesa, con ojos cerrados y aire ausente. Alaerte no se separaba de ellos y mantenía la actitud de meditación, al igual que las señoras de la asistencia. Todos estaban en actitud de servicio.

Parecían dos escenas totalmente contradictorias. Por un lado, la violencia de Tamara, o de su poseedor, y por otro, la entrega, docilidad y meditación de los médiums de la mesa.

En ese momento uno de los jóvenes de la mesa se pone de pie y empieza a gritar con rabia.

—Estoy aquí, estoy aquí, vine a ayudar a mi amigo. No podrán con nosotros. Somos los poderosos señores de la oscuridad.

Alaerte intervino con voz dulce pero firme, acercándose al joven.

—Eres bienvenido, hermano, a esta casa de amor pero ahora no puedes hablar, tendrás que esperar tu turno. Siéntate y espera. Serás atendido, después. Debes respetar las reglas de la casa, de otra manera, no podrás ser escuchado.

—Soy el mago Ramis de Tebas. El mundo me pertenece y hago lo que quiero con los hombres —dijo la voz mostrando mucho orgullo y soberbia.

—Tal vez —respondió Alaerte, con paciencia—, en tu mundo puedas hacerlo, pero no aquí. Esta es una casa de amor y respeto. Nadie domina a nadie. Por favor, cálmate.

—Vine a ayudar a mi amigo, ustedes no lo respetan. Nosotros somos los dueños de la vida y la muerte. Voy a actuar junto a él.

—No, no lo harás —dijo firmemente Alaerte—. Estamos escuchando a tu amigo y tú, en vez de ayudar, perjudicas. Cállate y espera tu turno, por favor. Es muy importante respetar el orden de aparición de cada uno. Siéntate y espera —terminó Alaerte.

El intruso refunfuñó algo inentendible y se sentó de nuevo en su lugar, obediente a la voz segura del director. Marisa y Susana respiraron aliviadas. El ángel estaba presente.

Alaerte se aproximó al médium que daba lugar al extraño mago egipcio y le aplicó unos pases tranquilizadores, con imposición de manos sobre la cabeza.

Una de las señoras que asistía se acercó a Tamara y le aplicó también unos pases calmantes, colocando las manos sobre su cabeza y haciendo movimientos a su alrededor como si limpiara el cuerpo invisible. De sus manos salía una gran fuerza que iluminaba el alma. Estaba quitando el veneno invisible de todos sus cuerpos.

Tamara o el ser que estaba junto a ella, se agitó violentamente y empezó a decir palabrotas horribles, insultos y gestos desconsiderados. Era un monstruo de las sombras, viscoso y repulsivo.

Griselda lo calma y le ordena controlarse o sería mandado afuera del círculo. Pareció entender y dejó de decir palabras obscenas. Era un ser furioso y rebelde pero se aquietaba ante la superioridad moral de Griselda, quien con dulzura y severidad, lo contenía. En cualquier nivel de existencia es respetado el ser iluminado.

—Te das cuenta que hago lo que quiero —gritó irónico—. Soy el señor de la vida y la muerte, todo lo puedo.

—Si fuera así, hermano, hubieras sido más feliz —respondió la señora con firmeza— las personas inteligentes y poderosas no sufren como tú. Creo que eres un Espíritu ignorante y testarudo y por eso eres tan infeliz. Cálmate y piensa. Trata de borrar esos pensamientos de venganza que te envenenan la existencia.

—No puedo, no puedo —grita—. ¿Sabes qué me hizo esta mujer? Me denunció, contó el secreto, rompió la promesa sagrada y me causó la muerte por envenenamiento de víbora. Yo, el gran Nefer, fui asesinado por su culpa.

—Tal vez ella no sabía el mal que te hacía —contemporizó doña Griselda—. No siempre nos damos cuenta que perjudicamos a otros. El amor y el odio se confunden en nuestras pobres mentes. Somos seres muy limitados, no lo olvidas.

—Ella me mató y ahora es su tumor, es la ley del Talión, ojo por ojo, diente por diente —amenazó la voz—. Le voy a devolver el mal que me hizo.

—Ella te amó mucho, de verdad, no quiso herirte tanto. Debes perdonar y olvidar los agravios para ser feliz. Los seres humanos somos débiles, ella no tomó conciencia del peligro que era romper promesas sagradas. Sólo pensó en escapar contigo y ser feliz, pobrecita, sufre mucho, mírala, déjala vivir —explicó Griselda con ternura y autoridad.

—¿Sufrir? —se quejó—, qué saben ustedes del sufrimiento.

El mío sí que es dolor... Vago por los valles oscuros con la sola idea de vengarme de quien tanto amé. Pienso y pienso, siento y siento todo mi dolor. Me cortó el amor, la vida y mi arte que era lo máspreciado que tenía. No tengo paz ni la tendré hasta que acabe con ella. No puedo perdonar.

—Puedes encontrar la paz y el perdón y así entrarás en la vida espiritual como un hijo de Dios —continuó doctrinando Griselda—. El perdón es lo que nos hace empezar a ser felices, es lo único. El odio envenena el alma y la enferma... Dios nos ama y nos perdona y nosotros debemos hacer lo mismo. Pasaste del amor al odio, sin darte cuenta, y ahora vibras en esa faja energética, contaminándote y contaminando a otros con el veneno de la venganza. Sé que sufres mucho y por eso quieres destruir todo a tu alrededor, pero piensa en esta joven. Mira tu obra, mírala y observa en lo que la has convertido. Mírala.

La cabeza de Tamara, que no era de ella, empieza a moverse con lentitud y a recorrer su propio cuerpo. Los ojos hinchados, la cara desencajada, los brazos lábiles, las piernas trémulas, las manos crispadas, el cabello en desorden y la boca espumosa. Es un recuerdo de lo que fue. Es desastroso el espectáculo.

—Realmente está mal—ironizó— pero... , aún puede quedar peor.

—Por favor —suplicó Griselda—. Olvida esa venganza que lle-

va siglos de perturbación... Mira cómo destruyes a la mujer que un día dijiste amar Ten piedad de ella y de ti. Son dos torturados de los tiempos. Ten piedad, olvida, perdona. Tal vez, se puedan encontrar algún día. Quien mucho amó y sufrió debe perdonar.

El cuerpo de Tamara se aflojó, parecía que iba a desmayarse. La cabeza agachada, los ojos perdidos y la flojedad del cansancio. Se estaba entregando.

Entrecerró los ojos y los labios. Los músculos del rostro se relajaron y por un minuto, pareció dormirse. Estaba relajándose de la tensión vivida.

Griselda aprovechó el momento para acunarlo como a un niño entre sus brazos y acariciarle la cabeza transpirada y desordenada. Mucho amor y contención.

Era extraño observar a Griselda abrazando con tanto amor, a este ser tan desagradable. Mirándolos uno recordaba la historia de la Bella y la Bestia. Sólo el amor y la ternura, la comprensión y la tolerancia consiguió romper el hechizo y convertirlo de nuevo, en un príncipe hermoso y feliz.

Las leyendas antiguas están basadas en nuestra propia historia del inconsciente colectivo y nos enseñan a caminar hacia la superación de nuestro primitivismo, siempre con ayuda del amor. Sin duda, son muy sabias.

Después de unos minutos de silencio, le dijo con cariño, —¿Ves? Tú puedes, tú puedes...

Tamara, o su invasor, permanecía callada y acurrucada en los brazos maternos de Griselda. Se veía pequeño como un ovillo de lana suelto. Algo se estaba rompiendo dentro de ella.

El cuerpo de la joven se sacudió por el llanto. Un dolor que venía de las propias tumbas reales, de los Colosos de los tiempos viejos lo invadió. El llanto convulsivo al principio, se fue volviendo dulce y lastimoso, como su apariencia. Los sollozos inundaban el aire. Nefer se fue calmando y respiraba con dificultad, sacudido por las lágrimas. Su cuerpo rígido y agresivo minutos atrás, estaba ahora dócil y entregado, sin fuerzas.

—Compartíamos el arte que era mi vida —empezó diciendo entre llanto y llanto—. Vivíamos una historia de amor maravillosa,

soñábamos con hijos y felicidad eterna. Eramos los elegidos de los dioses... Oh, mi tierra natal... Las piedras y las obras, la eternidad del arte y el amor. Soy muy desgraciado, ahora sufro mucho... perdí todo lo que amaba. El viento nos acunaba entre las palmeras y allí nos amábamos como nadie se amó antes...

También proyectábamos pinturas y dibujos juntos. Había algo superior que nos unía. Tal vez, el saber que éramos elegidos por el Alto para pasar el mensaje de nuestra cultura... El arte es un amor superior que nos eleva a las esferas de los iniciados.

Griselda continuaba acunándolo y protegiéndolo con todo el amor de su gran corazón. El joven Nefer se entregaba a su cuidado, cansado y destruido de tanto sufrir. Continuaba hablando de su vida en Tebas, de su gran amor, duplicado entre el arte y Tapki, la joven artesana del valle sagrado. Sus sueños habían quedado truncos por la traición inconsciente y el conjuro de la envidia. Era extraño observar que cuando se refería a su muerte, sólo encontraba culpable a Tamara. Del sacerdote Atur no habló. Era imposible que olvidara su participación activa en el asesinato. Tal vez, el amor y el odio son las dos caras de una misma moneda y una era tan poderosa, que anulaba a la otra.

Los cuatro médiums permanecían inmóviles y en trance, alrededor de la mesa. Alaerte continuaba de pie, junto a ellos, en oración. Las señoras de la asistencia se mantenían vigilantes y silenciosas. Por el momento no había otras manifestaciones espirituales.

Doña Griselda siempre con la joven entre sus brazos, continuó hablando con ternura.

—Hijo, estos recuerdos de amor lejano son hermosos, en realidad. Tú conociste la maravilla de un sentimiento que muchos ignoran... ahora debes continuar la obra del amor, olvidando las amarguras del pasado y... perdonando para ser también perdonado... El amor como el odio necesita de dos personas, perdónala y ella también te perdonará. El señor les sonreirá desde los corazones aliviados del peso de la culpa.

—Tal vez... tal vez —susurró Nefer, sin fuerzas—. Me cuesta mucho perdonar y me duele el alma de tanto sufrir y vagar por las sombras de los tiempos... Me siento muy solo.

—Ahora relájate, aflójate, entrégate a los Guías Espirituales que están presentes y deja que ellos te lleven a un lugar de recuperación. Serás cuidado y reorganizado energéticamente y podrás empezar a trabajar en el mundo espiritual para hacer tu camino interrumpido durante siglos por tu rencor... Entrégate a los guías... Jesús está contigo y con todos nosotros.

—¿A dónde me van a llevar? —preguntó Nefer angustiado—. Tengo miedo.

—Tranquilízate, hijo. Los guías te llevarán a un plano donde serás atendido, curado y energizado.

—¿Me van a castigar? —insistió asustado.

—No, Dios no castiga. Nosotros mismos lo hacemos. Ya tuviste tu castigo, impuesto por ti mismo, vagar durante milenios, encerrado en la idea fija de la venganza y el odio, lejos de los seres queridos y torturado por las sombras... Ahora, serás cuidado y protegido hasta que puedas valerte por ti mismo. Entonces empezarás tu verdadera vida espiritual, como si hubieras desencarnado hace poco tiempo. Confía en los guías y en mis palabras.

La escena era conmovedora. La joven, que era Nefer, lloraba con ternura, abrazado a Griselda que lo acunaba como a un niño. Todos los presentes rezaban en voz baja pidiendo la protección divina. Marisa y Susana parecían dos estatuas de yeso, inmóviles y llorosas. Emocionadas y conmovidas. Habían entrado en la dimensión desconocida. Nefer se durmió en los brazos de la madre substituta.

Sólo algunos de los presentes, los que eran clarividentes, pudieron ver la tierna escena que siguió. Dos Espíritus del Mundo Invisible, protectores y guardianes de las almas, sostuvieron el kah de Nefer, dormido y lo transportaron en brazos hacia el reino de la otra vida. Igual que Osiris guiaba la barca de Anubis con las almas a través del Nilo sagrado, Nefer sería atendido y cuidado en una colonia espiritual o plano de existencia, hasta que pudiera recuperar la salud de su mente.

Alaerte hizo una oración de cierre de la reunión y los médiums fueron abriendo los ojos lentamente. Tamara empezó a despertarse. No sabía qué había pasado. Asustada y sobresaltada, miraba todo sin entender.

La acompañaron afuera del salón, después de darle de beber agua fluidificada, de la cual, todos bebieron también. Remedio espiritual para recuperar energías.

Había terminado con éxito la sesión de desobsesión, gracias a la buena asistencia de los Espíritus Superiores y la dedicación, cariño y conocimientos de los miembros del grupo mediúmnico.

Desde la pared, el Nazareno sonreía iluminándolos con su mirada santa.

Una atmósfera de paz y armonía reinaba en el salón. Los ángeles regocijados abrazaban a sus pupilos y en el Cielo, Capela brillaba más hermosa que nunca.

Otra etapa de la vida había sido cumplida.

III

En otra salita del Centro Espírita de Río de Janeiro estaban reunidos Griselda, Marisa, Susana, Tamara, Alaerte y las dos señoras presentes en el trabajo anterior. Tenían unas enormes tazas de té delante de ellos y conversaban sobre lo recién vivido, con toda naturalidad y animación.

—¿Cuánto tiempo llevará la recuperación de Nefer, en el mundo espiritual? —preguntó Susana.

—No sabemos. El tiempo, para nosotros, es lo que queremos hacer con él. Dependerá de su trabajo personal pero lo más importante es que se arrepintió de corazón. De otra manera, no podría recuperarse.

—¿Cómo sigue este trabajo? —preguntó Marisa, ansiosa.

—Los Guías se ocuparán de él. Será llevado a un lugar de reposo y recuperación en el mundo astral, una colonia espiritual, donde estudiará, aprenderá y trabajará en favor de sí mismo y de otros. Después de cierto tiempo, que no sabemos cuánto será, podrá empezar a pensar en su próxima reencarnación —explicó Alaerte con dulzura.

—¿Reencarnará entre nosotros? —preguntó Marisa, asustada y, tal vez, preocupada.

—Nadie lo sabe —respondió Griselda sonriendo—. El Mundo Espiritual tiene sus planes y sus variados caminos. Si es necesario, vendrá de nuevo en este grupo familiar, si no lo es, irá a otro lugar del planeta, con otra familia. Todos hacemos parte de la gran familia cósmica, somos todos hermanos, recuerden.

—¿Y el tiempo que necesitará para recuperarse totalmente?— preguntó Susana.

—Tampoco lo sabemos. Algunos espíritus pasan décadas y hasta milenios, como en el caso que vimos, hasta llegar a aprender el perdón y el amor universal. Sólo después de arrepentirse, empieza la verdadera vida en el tiempo intermedio. Otros, lo hacen en poco tiempo. Después vendrá el proceso de purificación y la planificación de la próxima vida en la Tierra.

—¿Ese plan lo hace él solo? —preguntó Marisa.

—No. Todos necesitamos de la orientación de los Guías Espirituales —explicó Griselda—, ellos nos aconsejan y nos ayudan a elegir las posibilidades de la nueva vida, los padres que tendremos, los hijos, hermanos, amigos, profesión, estudios, lugar de nacimiento, en fin todo el entorno social y familiar. Son las programaciones kármicas.

—¿y los espíritus perversos que no se arrepienten, también eligen sus vidas? —continuó Marisa.

—No. Ellos no pueden elegir. Sería como permitir que un loco eligiera una manera de vida o tomara decisiones propias. No puede, simplemente no tiene la capacidad de discernir. Entonces, los Guías lo hacen por él, buscando darle la mayor cantidad de oportunidades y posibilidades para su desarrollo espiritual.

—Es increíble que exista este mundo paralelo y que no nos demos cuenta —exclamó Susana—. Si no hubiera visto y oído lo que ocurrió, no lo podría creer. Vimos a Nefer, pegado al cuerpo de Tamara y el tiempo parecía no existir, miles de años juntos en un día. Habló y contó una historia personal. Recordó el amor y el odio. Trabajó por la venganza durante milenios y perdonó por amor, en minutos. Realmente el tiempo es incognoscible, es lo que queremos hacer de él. Jamás olvidaré lo que vimos hoy.

—Generalmente necesitamos pasar por momentos de dolor y sufrimiento para abrir los corazones a la Espiritualidad. Las verdades son eternas y están aquí, sólo hace falta buscarlas con verdadero interés para encontrarlas. Necesitamos tiempo para pensar y para entendernos —completó Griselda.

—Es cierto. Nos olvidamos del mundo invisible cuando cree-

mos que tenemos todo lo necesario en la Tierra. Sólo cuando algo nos sacude fuertemente, pensamos en las cosas del Espíritu —acotó Marisa, pensativa.

—¿Y Tamara, cómo seguirá su tratamiento? —preguntó Susana preocupada por su amiga.

—Ella se irá recuperando de a poco, recordará sólo las partes importantes para el nuevo equilibrio de su psiquis. El resto, cuando esté bien, se lo podrán contar. Es importante que sepa toda la historia para colaborar con el perdón. Debe perdonar y ser perdonada definitivamente, con trabajo personal. La tarea nunca termina. La vida nos da muchas oportunidades, gracias a Dios.

—¿y los fantasmas que la perseguían? —quiso saber Marisa, de repente—. Esos seres que ella veía.

—Eran algunos amigos de Nefer, de los mismos tiempos, como ese mago de Tebas que apareció, ¿recuerdan? Otros que fueron muertos por el secreto revelado, artesanos del valle y vecinos de Tamara. Además había otras almas afines a él, que no conocieron la historia pero se unían en el afán de la venganza —explicó nuevamente Alaerte.

—¿Cómo es eso de que no conocían la historia? —preguntó Susana—. No lo entiendo.

—Es fácil —intervino Griselda—. Mientras estamos vivos, en la Tierra, nos juntamos con personas que nos son afines, en gustos, cultura, educación, hobbies, deportes, etc. Cuando estamos muertos, o sea vivos sin cuerpo físico, también nos unimos a los seres afines. Así, muchos espíritus perversos, perdidos en la oscuridad y con los mismos sentimientos que Nefer, se acoplaron a la patota para desarrollar juntos la venganza. La ley de la sintonía es universal y eterna.

Se hizo un silencio en el que todos pensaban sobre el tema.

Era increíble saber que los muertos también se juntan por afinidad. Así siendo, todos los que vibraban en la faja del odio y de la venganza, se unieron a Nefer para desarrollar sus sentimientos negativos, sin tener motivos propios, como ocurre, a veces, en la Tierra.

Continuaron bebiendo té y conversando durante una hora más. Antes de irse Susana quiso saber algo más. No entendía por

qué Tamara había sido su propio médium. Se suponía que sería otro el que recibiría la energía del muerto vengador. Por lo menos eso era lo que habían leído en los libros sobre el tema.

—Tamara —explicó Griselda— es una joven muy sensible y posee un alto grado de paranormalidad o mediumnidad. Sin querer o sin saber abrió sus canales energéticos, dejando los chakras conectarse con todo lo que estuviera por allí. Nefer la buscaba desde hacía milenios para vengarse y cuando la encuentra, sin ninguna protección, aprovecha y se le pega a su cuerpo bioplasmático o periespíritu para influenciarla y perjudicarla. El escenario del Egipto le fue propicio para despertarle la memoria transpersonal o aká-sica y así alterarle la mente con las consecuencias que sabemos. Además, el divorcio la sensibilizó mucho y entró en períodos de depresión, que son afines a estas energías negativas. Ella recibió a su propio vengador y obsesor y él se expresó por su boca. Es bastante común este hecho. No siempre el obsesor va a otro médium para manifestarse. Estaban los dos muy imantados y por lo tanto, convivían energéticamente juntos, mezclando sus fuerzas hasta engrudarlas. Así mezclados se expresaron como pudieron.

—¿Qué hubiera pasado si no lo retiramos de su entorno? —preguntó Marisa, de repente.

—No sé —respondió Griselda—. Dios es amor y justicia y tiene muchos caminos que conducen a El. Pero, para los hombres, tal vez, ella hubiera sido una desequilibrada más de los muchos que hay en los manicomios.

—¿Quiere decir que todos los locos son ocupados o poseídos por espíritus vengativos? —preguntó asustada Susana.

—Claro que no —sonrió Alaerte—. Hay lesiones físicas y procesos personales que muestran una alteración mental real. Tal vez respondan a necesidades del Espíritu para su crecimiento, o sea que aceptan esta prueba para su mejor evolución espiritual. Otros casos, como el de Tamara, responden a viejas cuentas pendientes que terminan enloqueciendo a la persona. En estos casos, uno o varios espíritus vengadores se pegan a la persona, influenciándola, hasta trastornarla. La víctima, generalmente, reconoce inconscientemente a su agresor y la culpa que le cabe en esa historia. Si

alguno de los dos empieza el camino del perdón, la cadena se rompe y empieza la reconciliación espiritual. Es un simple problema de sintonía o afinidad de vibraciones que solamente lo quebramos resolviendo las asignaturas pendientes, fuera de tiempo y espacio. O sea, en algunos casos hay lesiones físicas, en otros, hay venganza y odio venidos del karma.

—¿A qué motivo, diría usted, responde esta cantidad de locos poseídos por almas vengativas e ignorantes? —preguntó curiosa Marisa.

—Siempre al mismo: falta de amor al prójimo, exagerado orgullo y deseo de venganza. Cuando aprendamos a dominar el orgullo y educar el ego, practicando la humildad sincera, empezaremos a entender los caminos iluminados del verdadero amor. Mientras tanto, seguiremos debatiéndonos entre la luz y las sombras, conocimiento e ignorancia. Continuaron pensando en toda esta historia tan extraña que comenzó hace miles de años, en el valle de los artesanos, junto a las tumbas reales y los Colosos de Memnón, entre el arte y el amor.

—¿Y el sacerdote Atur? —preguntó Marisa de repente—, ¿qué pasa con él?

—Es diferente —explicó Alaerte—. El está encarnado, en la persona del marido de Tamara y comparte su encarnación con ella. Las regresiones, que ayudan muchísimo en estos problemas, muestran un pasado angustiante y doloroso y dictaminan los motivos reales que existieron y que se proyectan en el presente, perjudicando la pareja. Ahora que conocen el pasado y los motivos, dependerá de ellos el acercarse y perdonarse e intentar una vida plena de amor y perdón.

—¿Ellos eligieron reencarnar juntos? —preguntó Marisa.

—Tal vez, es una posibilidad —respondió Alaerte pensativo—. Si así fuera, ellos deben haber asumido un compromiso, durante la entre-vida, de volver juntos para perdonarse y amarse, construyendo un hogar y haciendo una proyección positiva de sus vidas. Ahora tendrán que trabajar las dificultades humanas para lograr el objetivo divino.

—¿y por qué el divorcio, entonces? —preguntó Susana interesada.

—Hija —respondió con ternura Griselda—, cuando estamos en el Mundo Espiritual hacemos proyectos y promesas, que al volver a la carne, no siempre podemos cumplir. Simplemente porque somos limitados e imperfectos.

—Es verdad —comentó pensativa Marisa—, somos seres muy imperfectos.

—Siempre volvemos a lo mismo —dijo Susana— o trabajamos el perdón aquí y ahora o deberemos hacerlo en algún otro momento, sin tiempo ni espacio.

—Exactamente, este es el secreto de la vida —sentenció Griselda con una sonrisa—. Ojalá podamos aprender la lección.

En el Valle Olvidado el viento acariciaba las arenas y susurraba plegarias a Amón-Ra. El Nilo lamía las costas, dejando su manto de armonía. A lo lejos, tañían las campanas llamando a la oración. En algún lugar los Colosos sonreían, llevando el mensaje a las estrellas. Egipto se juntaba, en tiempo y espacio, al resto del Cosmos. Desde el lugar sagrado, los espíritus bendecían a los vivos. El Sol teñía la Tierra de matices dorados y la Luna se asomaba temerosa entre las palmeras de la orilla. La magia de la vida actuaba sobre el Cosmos, descifrando sus enigmas...

IV

Durante quince días más Tamara asistió a sesiones de cura y pases, imposición de manos, bebió agua fluidificada y recibió orientación espiritual. Adquirió conocimientos y entendió el juego de las energías de los hombres. Aprendió las leyes kármicas y aceptó su responsabilidad personal como único camino de crecimiento. Hizo una amistad profunda, al igual que Marisa y Susana con todos los miembros del grupo y ejercitó la paciencia y el amor universal. Se sorprendió de los encuentros y reencuentros de las almas, de la programación de vida, de la participación de los Guías en la vida cotidiana y de las diferentes influencias que podemos adquirir, dependiendo de nuestra onda mental y emocional. Lo afín atrae lo afín, sin duda.

Tamara había recuperado el brillo vital en los ojos y la sonrisa franca. Todavía mantenía una fuerte palidez en las mejillas y ojeras bajo los ojos. Su cuerpo erguido, otra vez, mostraba el buen ánimo que la embargaba.

Su aspecto era delicioso, sin duda. Sólo quedaban algunos indicios de los largos meses de desequilibrio y soledad. La joven se recuperaba a pasos agigantados.

Desde Buenos Aires, Andrés la llamaba diariamente, maravillado de poder hablar con ella, como en los viejos tiempos, como era en el principio. Tamara conversaba tranquila e interesada en todo este mundo invisible que estaba descubriendo y a quien le

debía su recuperación. Era la calma después de la tormenta.

Hay momentos especiales de la vida en que la realidad se nos presenta como sueño, para recordar a Calderón de la Barca.

Nuestros sentidos físicos están tan sobredimensionados por la cultura materialista que no paramos para pensar en la otra dimensión de vida, que convive con nosotros continuamente. Necesitamos choques violentos como los ocurridos para abrir los corazones a la energía divina, entendiendo o recordando nuestro objetivo de vida.

Tamara podía hablar de su vida como artesana, recordar el Valle, los dioses, y las gentes que conoció, junto a Nefer, su gran amado, sin sufrir más. Eran recuerdos hermosos que omitían los hechos dolorosos.

Fue inducida a trabajar el perdón y olvidarse de esa etapa vivencial. A partir de su sanación, lo único importante era hacer el presente que la llevaría al futuro. Empezó a trabajar seriamente en la elevación de su espíritu.

Río, la ciudad maravillosa, le servía de escenario para tan hermoso ejercicio personal. Sus calles, su gente, su paisaje, su aroma, su música, eran colaboradores directos de su sanación espiritual. Río, milagro, maravilla, ofrenda.

Flashes de memoria akásica hacían su aparición, recordándole la rueda kármica, como en las cartas del Tarot.

Un día, en que las tres paseaban alegremente por la plaza General Ozorio, en Ipanema, admirando el artesanado regional, los cuadros bohemios, los pájaros y las batucadas, un gato siamés blanco corrió frente a ellas y se perdió entre los artículos de venta.

Tamara sonrió y dijo —Igual que mi Ripto.

—¿Quién es Ripto? —preguntó sobresaltada Marisa.

—Mi gato siamés. Vivía conmigo, en el Valle. Tenía la habilidad de leerme la mente. Los gatos se enterraban en cementerios sagrados, cerca de sus dueños. Ellos eran considerados seres superiores, lejanos al hombre, pero importantes en la escala evolutiva.

Las dos mujeres se miraron asombradas. Tamara, seguía recordando su otra vida pero ahora, hablaba en pasado, no estaba más metida en el contexto. Solamente recordaba. Era bueno. Había

superado la obsesión del pasado. Su otra vida era apenas un recuerdo como las otras, las que intuía, a través del sueño.

La figura del gato volvió a aparecer y dejó un mensaje.

Cuando vinieron los capelinos a la Tierra trajeron únicamente gatos como animales de estimación. Ellos fueron evolucionando, como todas las criaturas, perfeccionándose sin cesar. Llegaron a dominar el arte de la telepatía y podían, ahora, intercambiar pensamientos con sus dueños. Eran, sin duda, los depositarios de los poderes de los hombres de la cuarta raza, allá, en la Atlántida perdida.

V

La vida, a veces, nos da regalos inesperados. El último día en Río las tres mujeres asistieron a una sesión mediúmnica de “psicografía”. Alaerte les explicó, con conocimiento y paciencia, en qué consistía esta manifestación paranormal. Los médiums dejaban sus mentes libres y en blanco, y las manos, relajadas. Los seres del Mundo Espiritual se conectaban con ellos, telepáticamente, y dictaban escritos, por eso se llamaba así, escribir con la psiquis.

Generalmente los escritos son mensajes para beneficio de toda la humanidad, conceptos universales, consejos, orientaciones, explicaciones. Algunas veces, sin embargo se reciben manifestaciones de espíritus familiares, amigos o aun desconocidos, que necesitan pasar algún mensaje específico.

El cuarto de trabajo estaba poco iluminado para permitir la concentración de los médiums. Una mesa alargada y seis personas sentadas a su alrededor. El evangelio sobre la mesa y el Nazareno en la pared. Un suave olor a incienso y una música delicada, muy bajita, de fondo.

El silencio era total. Abierta la sesión con una oración inicial pronunciada por doña Griselda, comenzó el trabajo espiritual.

Pasaron unos minutos de inactividad hasta que uno a uno, fueron comenzando a escribir. La mayoría de ellos lo hacía con gran velocidad, ojos cerrados y aire ausente. Estaban prestando sus mentes y cuerpos para hacer el puente que uniría a los dos planos de existencia.

El tipo de letra era muy variado, pequeña, enorme, derecha, inclinada, torcida, legible, ilegible, etcétera.

Griselda y Alaerte no participaban de la mesa de psicografía. Ellos dirigían y coordinaban el trabajo.

Una señora de unos cuarenta años, sentada a la mesa, con los ojos cerrados y la mano trémula, dijo:

—Por favor, esto es para la señora a mi izquierda —y alcanzó el papel a Marisa. Esta recogió el pedazo de papel escrito con manos temblorosas y ojos asombrados.

Cuando lo abrió, leyó:

Mi querida Mari (sólo él la llamaba así),
finalmente estás entendiendo la actividad de la entre-vida. Yo estoy aprendiendo lo mismo. Vamos a trabajar juntos para-la total recuperación de nuestra hija. Los guías nos ayudarán, sin duda.

Te quiere siempre,

Bubi (sólo ella lo llamaba así en la intimidad)

Cuando dobló, emocionada, el papel, un fuerte olor a tabaco y agua de Colonia impregnó la sala. Era su olor. Estaba presente, sin duda. Hay ciertos perfumes de los seres queridos que jamás podríamos confundir. Son únicos y marcan el sello de la personalidad. El olor de Enrique era ese, sin duda alguna. Tal vez, fue la manera que encontró para reforzar su mensaje escrito. Su letra, su estilo, sus palabras íntimas que nadie más conocía y su perfume típico, entre el tabaco de sus cigarrillos y el agua de Colonia inglesa de uso diario.

Marisa recibió el regalo celestial de la presencia de su esposo, infundiéndole fuerzas y coraje para continuar con la lucha por la vida. El, que en vida terrena, no creía mucho en Dios, se presentaba ahora, después de unos años en la entre-vida, con otro aspecto, más creyente, moderado, optimista y confiado. Marisa recordó las lecturas sobre los planos de vida o colonias espirituales, donde son

recibidos los espíritus desencarnados y agradeció mentalmente la obra de los Misioneros de la Luz, que tanto hacen continuamente, por la organización de los seres que nos dejan.

La perspectiva de ir, algún día, hacia un mundo perfectamente organizado, donde todos se podrían rever, le llenó el corazón de paz y esperanza.

Río de Janeiro las despidió, como las había recibido, con ofrendas. El Corcovado abrazaba con más fuerza que nunca a sus hijos, el Pan de Azúcar recortaba su contorno contra el cielo límpido, las arenas jugaban a arrastrarse ante Iemanjá, los tambores celestiales llamaban a la oración.

Entre los Orixás de Ifé, de la lejana Africa, el dios egipcio Osiris, venido de otro lado, llamaba a su bienamada Isis y abrazaba a su hijo único, Horus.

El Nazareno nacido en Belén sonreía desde el cuadro y pedía elevación espiritual para todos los hombres. Más lejos, el manto de la madre cósmica cubría las almas, acunándolas en su vientre y entonando una canción de cuna.

Los Caballeros de la Mesa Celestial habían encontrado el Grial perdido.

... y el mar se recostó en la arena y jugó a las escondidas, mientras en la lejanía se oían las campanas.

Parte IV

Encontrando
al Dios Interior

I

Buenos Aires. La ciudad del tango compadrito y el obelisco misterioso recogió a los viajeros del mundo de Osiris. Maat pesó la pluma y absolvió el corazón arrepentido. Ra brilló con todo su esplendor. El cielo pacificó la angustia de saberse peregrino de la vida. La rueda de la normalidad parecía girar de nuevo. Habían pasado dos meses desde el regreso.

Andrés estaba investigando, con ayuda de la ciencia moderna, la existencia del mundo de las almas. Juan, el psiquiatra amigo, Susana, la amiga incondicional y Marisa, la madre renacida, buscaban orientarlo en su necesidad de comprobación. Igual que Santo Tomás que necesitó poner las manos en las llagas del Cristo para aceptar su resurrección. El hombre es duro de entendimiento y sólo con el dolor parece aceptar una realidad superior a él, animal orgulloso e ignorante, merecedor de las piedras del camino.

Tamara los acompañaba, recuperada y feliz. No tenía dudas de la existencia del Mundo Espiritual porque había vivido en carne propia su coexistencia. Había experimentado el intercambio de energías y vivenciado la proximidad de los Guías Celestes, así como la de los espíritus torturados.

Después de mucho preguntar, visitar, leer e informarse, pudo entrar en contacto con la ciencia revolucionaria del siglo: la Transcomunicación.

Conoció al doctor Roberto Sánchez y al doctor Gerónimo Suá-

rez, especialistas en transcomunicación. Eran los primeros en desarrollar estas técnicas en la Argentina, apoyados por los estudios computarizados de Estados Unidos y Europa y el famoso Internet.

La increíble realidad de sus trabajos consistía en usar los aparatos más sofisticados existentes en el planeta, computadores, ordenadores, pantallas, impresoras y sistemas de grabación para recuperar las imágenes y voces perdidas de los “muertos”. Podríamos decir que es la nueva mediumnidad electrónica del tercer milenio, comenzada en 1959 en Estocolmo.

Después de muchos trámites y comunicaciones Andrés pudo marcar una cita con estos hombres misteriosos, portadores de una colección de diplomas internacionales muy impresionante. La puerta para la credibilidad estaba abierta, o podría cerrarse para siempre. Había logrado aceptar la reencarnación y su vida anterior como Atur, asesino de su mujer. Estaba tratando el problema con buenos terapeutas y reconociéndose como el mismo ser, a través de los siglos. La relación con su mujer estaba inclinándose a un encuentro adulto y seguro pero la posibilidad de la sobrevivencia de Nefer, a través de los tiempos, la comunicación obtenida en Río y toda esa historia de amores y odios prolongados en la mente transpersonal, no eran comprendidos ni aceptados por su alma inquieta y desconfiada.

Decidió buscar una explicación basada en la ciencia y en la razón, sin comprender que ciertas cosas superan la comprensión humana.

Una tarde de otoño, llena de hojas secas corriendo por las veredas, sonando a tostadas a la hora del desayuno, concretó la entrevista con los científicos. El cielo agrisado amenazaba tormenta y el viento indisciplinado sobresaltaba a los transeúntes.

Junto con Juan, Susana y Tamara, se dirigió al laboratorio sito en el barrio de la Boca.

El Riachuelo, caricatura de río, olía a barcos viejos y serpenteaba las costas repletas de containers olvidados y se arriesgaba entre los negocios de los inmigrantes, siempre listos a vender sus productos a los turistas curiosos.

Llegaron a un edificio viejo y alto, un depósito de otras épocas. Al atravesar la puerta, la sorpresa, el ambiente era tan moderno que parecía sacado de una revista cibernética.

Grandes corredores de mármol blanco, muchas puertas conductoras de salas, aparatos extraños por todos lados, techos luminosos y pisos pulidos. La luz tenía una tonalidad especial que hacía pensar en el eterno día. Lámparas dicroicas, de última generación. Tal vez la vida latía sólo a través de las plantas exóticas que colgaban de todos los ganchos de las paredes y se apoyaban en las modernas repisas de datos. Había vida real, además de la artificial, del mundo computarizado.

Entraron en un saloncito, simple y elegante, donde los esperaban los dos hombres. Roberto era alto, delgado y elegante, como el ángel de la guarda de Tamara. Gerónimo era bajo y regordete, con una franca sonrisa en los labios, que transmitía confianza, sin saber por qué.

Después de los saludos de rigor, Andrés dijo:

—Por favor, hablé mucho con mis amigos sobre sus descubrimientos y quisiera que les explicaran algo más, a mí, también.

—Usted sabe —comenzó Roberto— que nosotros no descubrimos nada, solamente aprendimos a operar estas máquinas y hacemos investigaciones para un centro de informática de Chicago.

—¿Es verdad que logran captar imágenes de personas muertas? —preguntó sin poder contenerse Susana.

—Sí —dijo secamente Gerónimo—. Las investigaciones llevan varias décadas pero sólo en los últimos años se tuvieron imágenes más completas y seguras.

—¿Qué entiende por seguras? —preguntó Andrés.

—La tecnología avanzó bastante y ahora, las reproducciones de las personas son nítidas y reconocibles con facilidad. Yo vi a mi propia madre, para poder certificar la autenticidad de las visiones —completó Roberto—. Gerónimo vio a su pequeño hijo de siete años. Nosotros no podemos dudar del método, después de estas experiencias.

Se hizo un silencio agradable donde cada uno buscaba interiormente, las imágenes de los seres queridos que se habían ido, y procuraba descifrar la incógnita de su vida en ese plano de existencia, que era tan misterioso, hasta el momento.

Las complicadas computadoras, conectadas a todo tipo de apa-

ratos adicionales daban una impresión de poderío increíble. La mente del hombre parecía haber logrado la batalla de la eternidad. Su orgullo le pedía humildad para el entendimiento de las leyes sagradas.

—No siempre logramos focalizar la época y ver las imágenes que ansiamos —intervino Roberto—. A pesar de ser aparatos muy modernos y sensibles, entramos en niveles de vida que sobrepasan nuestro conocimiento. Veremos qué logramos. Quiero advertirles que serán necesarias varias reuniones para tener un pantallazo de lo que buscan.

—Es verdad —agregó Gerónimo—. Hay veces que logramos comunicaciones y visiones con relativa facilidad y otras, que nos es imposible llegar al objetivo.

—Supongo —dijo Susana— que por más moderno que sea el sistema, funciona como la mediumnidad natural del hombre, con leyes y permisos del Mundo Espiritual.

—Exactamente —completó Roberto—. Como científicos quisiéramos decir que los aparatos del hombre pueden lograr todo por sí solos, como resultado de investigación mental, pero la realidad es otra. En este campo, dependemos de energías que no conocemos y a las cuales respetamos mucho.

El primer intento sería buscar una imagen del más allá y luego la posibilidad de que Nefer, si estaba allí, se comunicara para decir algo.

Andrés sabía que no debía importunar a los muertos pero su necesidad de comprobar las enseñanzas recibidas a través de Griselda y Alaerte eran muy fuertes. Susana y Tamara lo acompañaban para ayudarlo y Juan no resistía la oportunidad de comprobar que sus teorías eran ciertas. Todos, de alguna manera, estaban jugando a ser Santo Tomás, ver para creer, sin entender que el acertijo es al contrario.

Una mariposa insólita voló sobre la computadora y se quedaron mirándola como si hubiera salido de adentro del misterio actuado. Un perfume a rosas impregnó el ambiente y se hizo la magia de la credibilidad cibernética. La Espiritualidad estaba presente.

Aparecieron unas imágenes borradas de un paisaje gris. Eran montañas oscuras, abismos y piedras puntiagudas. Algunas figuras

humanas se movían por los caminos inciertos. Un gran silencio que llegaba a doler. Nada más. Las imágenes se mantuvieron por unos tres segundos, buscando como un “zoom” puntos de interés. Apareció un lago seco y se sintió la necesidad del agua. Los rostros desdibujados, mostraban cansancio y sufrimiento. Era desolador.

Un frío interno los envolvió a todos, inmóviles en sus sillas.

Nadie osaba hablar. Internamente sabían que estaban viendo un plano existencial de purificación. Nadie parecía feliz. Soledad y silencio. De repente apareció una imagen blanca y dulce que sobrevoló el lugar calmando la angustia. Era un viento fresco saciando la sed. Muy suave, les pareció oír una música sacra. El grabador registró ese sonido como una composición armónica. Silencio. Oscuridad.

Terminada la primera reunión de transcomunicación, los presentes comentaron el resultado. Estaban desilusionados, esperaron encontrar más maravillas.

Realmente parecía una imagen terráquea, de algún lugar solitario, sin mayores incógnitas. Las personas, pobres y harapientas, podían ser seres perdidos en los rincones del planeta. No había magia en esta técnica, pensaron todos.

Pasados unos minutos escucharon las grabaciones. Unos lamentos tenues, el viento soplando, una música de fondo, que no pudieron identificar, un murmullo desconocido. No sacaban conclusiones lógicas. En ese momento una voz muy débil salió de la cinta y dijo:
—Soy yo, Matilde, escuchen los llamados a la vida.

Silencio y sorpresa, nadie había escuchado esa voz durante la experiencia. Parecía salir de la nada.

—Dios mío —gritó Andrés—. Es mi abuela materna. Murió hace diez años. ¡Yo la quería con toda el alma! Es ella, sin duda.

Todos se incorporaron de las sillas, en actitud expectante, sintiendo que el corazón saltaba de pared a pared. El mensaje era claro, debían creer en lo que estaban viendo como una posibilidad de vida después de la vida. Ahora la voz hablaba sin intervención de médiums, sin cuerpos prestados. Ahora era una máquina quien actuaba por los muertos y los comunicaba con los vivos.

La abuela había hablado y había dejado su mensaje de aliento, desde el valle triste de los grises coloridos. Su voz era calma y tran-

quila, parecía tener paz y quería transmitir. Tal vez, lo que no les gustó fue el escenario tan triste, que la acompañaba.

La sorpresa los inmovilizó por un tiempo. Era increíble escuchar voces y sonidos en una cinta, que no habían sido oídos por los humanos.

Los cuatro amigos salieron a la calle y fueron a un bar de la esquina. Lo mejor que tiene Buenos Aires es la cantidad de barcitos que pululan por sus calles. Recuerdo del París añejo que copiaba la ciudad del Plata, en el siglo pasado. Sentados con enormes tazas de café humeante, empezaron a comentar su primera experiencia con la transcomunicación, arte moderna que nos permite comunicarnos con el más allá. Caja de Pandora. Arcano para el hombre.

Comentaron la escena. Andrés creía que debía ser una especie de Purgatorio, Juan hablaba de la prisión mental del inconsciente, Susana y Tamara hablaban de una región de la entre-vida donde los espíritus pasan, antes de estar listos para un programa de recuperación: el Umbral. Algunos estaban presos por mucho tiempo, encerrados en su propia rebeldía y orgullo, otros salían al poco tiempo y unos, más privilegiados, por buen comportamiento, no llegaban a entrar. El mundo espiritual ofrecía muchas posibilidades o niveles de progreso.

La conversación continuó por dos horas, todas las respuestas se buscaron para entender las imágenes vistas poco tiempo atrás. La gran duda sobre este plano quedaba en algunos corazones. La voz de la abuela Matilde sonaba segura y firme, aconsejando la fuerza de la vida y llamándolos a la responsabilidad.

—Si al morir —dijo Juan— nos llevamos todo nuestro bagaje de experiencias y la memoria, esta mente debe proyectar las escenas de la vida que conoce. Esto justificaría el valle tan terreno...

—Si recordamos a Platón —agregó Susana— y su teoría de las ideas, veremos como este principio, que todo lo material existe antes en el mundo mental, se repite desde siempre. Por un lado, el valle terreno puede ser la copia de ese otro, espiritual, como pensaba Platón. Por otro lado, podría ser al revés, el astral es copia de lo que quedó registrado en nuestras mentes, durante el tiempo de vida corporal.

—Es difícil de entender —agregó Tamara—. Yo siento que no es importante cuál de los dos es primero, sino que se correlacionan. Los dos mundos se juntan en una determinada vibración. Este es el punto importante.

Siguieron conversando sobre si el huevo es anterior a la gallina o la gallina, al huevo.

Entrar en el mundo invisible es un impacto para la mente alejada de la espiritualidad, pero entrar a través de computadores, es más impactante todavía.

El hecho concreto era que la abuela Matilde había hablado con ayuda de los sistemas de grabación y todos habían visto una escena del otro mundo, no muy alentadora. Habían atravesado las puertas iniciáticas.

La tarde cerró las puertas y nuestros amigos continuaron sintiendo la necesidad de comprender lo incomprensible. El hombre busca descifrar los jeroglíficos sagrados sin aprender a leer, primero.

Los corazones estaban abiertos y esperanzados, las mentes, alertas y curiosas. El Tercer Milenio traía posibilidades increíbles para recuperar el conocimiento viejo de los hombres sabios de todas las creencias.

II

Una semana después, en el laboratorio de informática de transcomunicación. La pantalla mostraba ahora un paisaje totalmente diferente, grandes extensiones de bosques, especialmente robles, abetos, araucarias y eucaliptus, campos floridos pintados en variadas tonalidades, cielo diáfano y transparente, arroyos de agua clara. Paraíso espiritual o recuerdo de un sueño de amor.

Algunas personas, vestidas de blanco, caminaban por el campo, sonrientes y leves. Unas bailaban sobre las flores, otras conversaban entre sí. Todo era armonía. Los rostros estaban desdibujados. Nuestros amigos buscaban sin cesar el rostro conocido de Nefer, que no aparecía.

En cambio, se empieza a clarificar un rostro desconocido, un ser sonriente y gentil. La impresora escribe “sola” estas palabras: “Soy Ramanarantis y puedo explicarles algunas dudas.

Este hombre era alto, delgado, con cabellos y barba castaños, tez morena clara y grandes ojos negros, de mirada penetrante. Sonreía con dulzura. Vestía una túnica anaranjada y estaba descalzo. De su figura salía una luz que lo envolvía como un halo.

La imagen los toma de sorpresa. Habían escuchado una voz conocida, habían visto otro paisaje espiritual pero nunca imaginaron que la impresora del computador escribiera sola palabras que se correspondían con la imagen en pantalla. Había un Guía Espiritual, sin

duda, dispuesto a conversar con ellos, a través de la comunicación cibernética de los hombres modernos.

Roberto toma la iniciativa de preguntar, absorto en sus investigaciones.

—¿Podría decirme qué significan estos hombres y mujeres caminando por estos campos? —pregunta.

—Están aprendiendo a moverse en este plano y a entender cómo vivir aquí. Es un trabajo que lleva tiempo —explica Ramanarantis.

Los amigos van adquiriendo más confianza y Andrés se anima a preguntar.

—¿Podríamos ver a Nefer?

—No por ahora, más adelante, tal vez. Primero deben saber en qué consiste el mundo al que entraron, con ayuda de esos aparatos.

—¿Cuál es la actividad principal de estos seres? —pregunta Gerónimo.

—Estudiar, aprender, enseñar, ayudar, en una palabra, trabajar y crecer, igual que en la Tierra.

—¿Se trabaja en este mundo? —preguntó curioso Andrés—.

Siempre pensé que era verdad la escritura de las tumbas, descansa en paz.

—Ese es sólo un sueño infantil —respondió sonriendo el Guía Ramanarantis. —En esta vida se hace un arduo trabajo constante para poder progresar. En primer lugar debemos conocer este mundo y aprender a movernos en él, luego ejercitamos la memoria transpersonal para hacer un buen balance de nuestra última vida en la Tierra y finalmente, actuamos. La vida es energía y como tal, no puede parar de ser.

—¿Qué es actuar, puntualmente? —preguntó Tamara, interviniendo en la conversación.

—Ya les dije, estudiar, trabajar, ayudar a desencarnados y encarnados, pasar el mensaje crístico.

—¿Cristico? —preguntó Roberto, interesado—, ¿y los que no creen en el Cristo?

—Hijos míos, Nuestro Padre es amor. Cada uno se acerca a Él como quiere y puede. Todos los caminos son válidos. La palabra crística significa, unión con el Ser Supremo, no precisamente una línea religiosa. Es una palabra de esencia.

Se hizo un profundo silencio. Nuestros amigos no podían creer que un aparato de metal y chips misteriosos pudieran traer imágenes del mundo espiritual y además, dejar mensajes de tanta importancia para ellos. Saber, o creer saber, que conocemos algo de lo que la vida nos depara después de dejar esta tierra, es una cosa pero comprobar la existencia de un plano energético donde se continúa trabajando y aprendiendo, como si continuásemos aquí, era algo muy difícil de asimilar. El asombro, a veces, nos puede. La lógica se mezcla con la emoción y el conocimiento intuitivo y se produce un vértice vibracional que nos inunda el alma.

En la pantalla aparecen otras imágenes de seres vestidos de blanco, caminando, leyendo, conversando. El entorno sólo puede describirse como un lugar de máxima paz y armonía.

—¿Ellos están estudiando? —preguntó sobresaltado Gerónimo, al observar algunos seres que sostenían libros en sus manos.

—Sí. El aprendizaje se realiza telepáticamente, intuitivamente, en este plano sutil, pero como ellos aún tienen la imagen grabada de estudios con libros y papeles, deben continuar, por un tiempo, aprendiendo con las herramientas astrales que representan sus símbolos conocidos.

Otro silencio. El conocimiento que se les daba era demasiado importante para perder cualquier letra. Absorbían el saber que se les regalaba, con avidez.

—¿Cuál es el objetivo de este estudio? —preguntó Andrés nuevamente.

—Siempre es el mismo, crecer, evolucionar, tomar conciencia de uno mismo y elevarse.

—¿Por qué hay árboles aquí, si el mundo sutil es una capa energética donde la materialización no es necesaria? —preguntó Juan, interesado en las imágenes del escenario que acompañaba la conversación.

—Los árboles, al igual que los ríos, caminos y libros, son proyecciones mentales de todos los llegados a este plano. Si en vez de árboles pusieramos un triángulo, con seguridad, nadie sabría dónde se encuentra ni cuál es su valor simbólico. Recordamos lo que conocimos antes, como experiencia. Este es el motivo por el cual las cosas

son similares a las de la Tierra. Proyectamos imágenes familiares que son necesarias en los primeros planos de esta vida.

Nuestros amigos hacían trabajar sus cerebros a todo vapor.

La posibilidad de proyectar las imágenes visuales internas en la otra vida era algo que nunca se les había ocurrido.

Por el contrario, pensaban que en el mundo espiritual todo sería etéreo, sutil, invisible, diferente radicalmente del plano terrenal, de esta vida que conocemos.

Ser los mismos en la vida de Osiris, cruzar el Nilo y llegar a los dioses era un pensamiento racional, ahora, trabajar y proyectar pensamientos que resultaban materializados, era muy diferente. La mente lógica se niega a aceptar la superioridad espiritual.

—¿Quiere decir que la mente almacena todas las vivencias de la vida y luego las lleva consigo y las proyecta en imágenes?—preguntó seriamente Roberto.

—Así es —respondió el guía Ramanarantis—. La mente es nuestro mayor potencial energético. Con ella podemos crecer o hundirnos. Depende de nuestro libre albedrío.

Otro silencio. El entendimiento del libre albedrío es siempre un complejo mecanismo intelectual. El poder elegir, por un lado, y el tener programaciones kármicas que cumplir, por otro, conflictúa el razonamiento lógico. Tal vez, lo mejor sería compararlo con un juego de póquer. Las cinco cartas están dadas, pero de la habilidad del jugador, depende el éxito.

El Mundo Espiritual mostraba la importancia de mantener el pensamiento armónico y equilibrado, tanto en este plano, como en el otro. Es el nuevo salvoconducto, modificándose y transformándose sin cesar. Es la energía vital que conduce el Espíritu en su aventura de las vidas, siempre intentando llevarlo hacia la superación del ser.

Había terminado otra reunión de transcomunicación y nuestros personajes se retiraron con pensamientos muy controvertidos. Por un lado, la explicación lógica de las proyecciones materiales, los tranquilizaba en cuanto a su existencia en el mundo sutil.

Por otro lado, el hecho de continuar trabajando, estudiando y esforzándose, los sorprendía, alejando la fantasía infantil de un descanso eterno, en la ociosidad y la facilidad.

Caminaron largo rato, acompañando al Riachuelo, buscando acomodar las nuevas ideas comparándolas con las enseñanzas recibidas en Río y encajándolas como piezas perfectas de un rompecabezas.

Estaban organizando los conocimientos eternos de la vida después de la vida, sus obligaciones, condiciones y beneficios. Estaban abriendo la caja de Pandora y soltando las sorpresas al aire.

III

U nos días más tarde vuelven a encontrarse en el laboratorio de Roberto y Gerónimo. Las reuniones continuarían por un corto tiempo más. Tenían un abanico de incógnitas para resolver pero la técnica y la espiritualidad, debían cumplir también otras programaciones.

Se encienden las pantallas, se activan los grabadores y las diferentes luces coloridas hacen su aparición. La sala se convierte en la gigante mente cósmica que captará imágenes y sonidos del más allá. Ra y Osiris custodian la barca de las almas que navegan en busca de su propio corazón.

Súbitamente aparece la imagen de una señora de edad madura, tez oscura, con muchas arrugas que surcan las mejillas, cabello corto y renegrido oculto por un pañuelo anudado a la cabeza, ojos dulces y cariñosos, sonrisa amiga. Su aspecto es de tanta ternura que conmueve. Se podría decir que representa la contención y la maternidad perfectas. Atrás de ella, un grupo de personas sentadas en círculo sobre el pasto húmedo, conversan animadamente. En el centro, un hombre alto y delgado, vestido con una túnica blanca, parece dirigir el debate.

—Mi nombre es Cambinda —dice la señora, a través de la pantalla cibernética—. Hoy les será permitido conocer otros aspectos de la vida espiritual, escuchando la conversación de estos

alumnos de nuestro mundo, que fueron antes, del suyo. Presten atención porque es importante.

Todos observan la escena con cuidado y respeto.

—Por favor —dice uno de los hombres sentados— quisiera saber cómo se produce nuestra alimentación. A veces, siento hambre y quisiera comer algo sólido, luego la sensación pasa y siento que comí, aunque sé que no es posible.

—Es natural la sensación de hambre y de satisfacción —dice sonriendo el guía Peter, sentado en medio de la rueda—. Durante cierto tiempo, después de desencarnar, continuamos teniendo las sensaciones carnales primitivas de necesidad física.

—Yo siento mucha sed —intervino una señora joven— y cuando me acerco al lago, siento como si bebiera.

—Así es —explicó el guía—. Primero sentimos la sed o el hambre y luego recibimos la energía que nos calma. En realidad, lo único que necesitamos es la energía que absorbemos proveniente del agua y del aire o prana. Sin embargo, en los primeros tiempos en este mundo creemos necesitar vibraciones más densas como carne y comidas elaboradas. Es la costumbre de recibir proteínas, aminoácidos y grasas. Además de estar aún muy cercanos a las sensaciones carnales.

—¿Cómo absorbemos ese aire o agua? —preguntó un señor mayor

—Fácilmente, casi sin darnos cuenta. Llegamos cerca del agua y su componente sutil se introduce en nuestro cuerpo bioplasmático y lo satisface. Igual ocurre con el aire, de manera aún más fácil. No necesitamos respirar porque no tenemos pulmones físicos pero la energía vital del aire es un componente que reactiva nuestro círculo energético, fortaleciéndonos.

Los alumnos se mantuvieron en silencio meditando sobre estos nuevos conceptos de la vida en la entre-vida. Nuestros personajes estaban duros en sus sillas, absortos en la escena que se desarrollaba ante sus ojos, intentando grabar todos los detalles en sus mentes ávidas.

De repente un joven interrumpió el silencio con una pregunta interesante:

—¿Qué nos puede decir de las antiguas ceremonias fúnebres donde se dejaba gran cantidad de alimentos y bebidas para uso de los muertos?

—Era lógico. Ellos sabían que los “muertos” necesitaban energía proveniente de material físico, en los primeros tiempos de la nueva vida y la proporcionaban. El espíritu, recién liberado, queda preso de la vibración terrena por un período que depende de su grado de evolución. En estas circunstancias, muchas veces acude a su tumba para reabastecerse porque sabe que allí encontrará la energía necesaria. Con el correr del tiempo aprende, como ustedes, a usar únicamente vibraciones provenientes del agua y del aire.

—¿Y las flores que se colocan en las tumbas? —preguntó una señora curiosa.

—Las flores, al igual que los inciensos —dijo el guía— desprenden una vibración elevada que agrada al espíritu, es como un regalo. Además, flores y plantas exhalan una energía especial que sirve para curar heridas de los cuerpos sutiles y equilibrar mentes enfermas, activando los chakras sagrados.

Después de otro silencio, uno de los jóvenes preguntó: —¿Qué ocurre con el humo del cigarrillo, por ejemplo? A mí me parece sentirlo, aún estando en este plano.

—En realidad, sí lo sientes —explicó Peter, sonriendo—. Cuando nos acercamos a seres encarnados que fuman, aspiramos el humo de sus cigarrillos, si fuimos fumantes en la Tierra y sentimos placer en ello. El peligro de los desencarnados perturbados es acercarse a las drogas, de cualquier tipo, para disfrutarlas, como en la Tierra. Hacen mucho mal. Al encarnado lo empujan a seguir drogándose y ellos se atrasan en su evolución, al pegarse a los vicios destructores. Es un problema serio que trae consecuencias funestas para ambos. Recuerden que toda acción trae una reacción.

Los alumnos del mundo espiritual permanecieron meditando sobre su propio sistema energético de alimentación. Nuestros amigos no podían creer lo que estaban vivenciando.

Trataban de registrar todos los detalles de esta nueva realidad

de la vida que estaban aprendiendo. Ahora, desde la óptica de la energía actuante, los ritos antiguos de alimentación de muertos, no parecían tan ridículos como alguna vez pensaron que eran.

Las enseñanzas milenarias de los pueblos eran certificadas por la ciencia moderna. Las ofrendas de flores e inciensos en altares y tumbas tenían otra perspectiva, entendiendo el juego de la alimentación energética sutil.

La imagen de la guía Cambinda volvió a aparecer en la pantalla. Su rostro, dulce y comprensivo, sonreía con los ojos y bendecía con los labios. Su aparición trajo a la realidad a las dos parejas y los dos científicos que permanecían en silencio, con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios entreabiertos en señal de sorpresa. La pantalla del computador parecía ser humana y la figura delicada de la guía, sobresalía de la dimensión especial.

—Hijos míos —dijo suavemente—. Creo que deben agradecer a los ángeles de cada uno por haber podido vivir esta experiencia en el plano espiritual. Tengo, todavía, autorización del plano superior, para responder a algunas preguntas.

Susana y Tamara fueron las primeras en recuperarse del asombro y continuar el diálogo.

—Por favor —dijo Tamara—, yo quisiera saber cómo está Nefer, mi antiguo novio del Egipto.

—Está bien, se recupera con facilidad, después del tratamiento inicial. Está en una colonia espiritual.

—¿Qué es una colonia? —preguntó presurosa Tamara.

—Un lugar, por decir así, donde los seres se agrupan en una especie de comunidad o de ciudad espiritual, hasta recuperarse, aprender y crecer emocionalmente. Existen diferentes guías y mentores que los orientan en el trabajo.

—¿Son todas las colonias iguales? —intervino Susana.

—No, como no son iguales todos los grupos de la Tierra. Los seres se juntan por afinidad de vibraciones o sea, por nivel de evolución adquirido. La mejor imagen didáctica que puedo darles es la de una escalera. Imaginen que cada escalón es una colonia o un nivel de crecimiento. Son planos diferentes de vida. Cada uno va al que le corresponde en ese momento. Después de mucho

tiempo, se preparan a encarnar de nuevo en la Tierra. Todo es trabajo de este lado —explicó sonriendo Cambinda.

Juan, pensativo, intervino.

—Por favor, quisiera que explicara un poco más el concepto de “colonia espiritual”, no me quedó claro. Es algo muy nuevo para nosotros.

Cambinda, sonriendo, respondió:

—Las palabras son sólo símbolos convencionales para tratar de explicar imágenes internas. Nosotros llamamos colonias a determinados puntos energéticos del mundo espiritual. Lo más parecido sería decirles que es una ciudad del otro plano. Allí son llevados los espíritus, después de desencarnar, para aprender a adaptarse a este nuevo estado del ser. Hay guías, profesores, guardianes, enfermeros, médicos que orientan y encaminan el trabajo personal de cada uno. El mundo espiritual es un plano muy organizado con jerarquías específicas.

Susana intervino, muy interesada en el tema.

—Hasta allí puedo comprender la idea, pero, por ejemplo, no entiendo cómo se unen estos grupos de personas.

—A medida que crecemos, nos modificamos y nos juntamos con seres que están en la misma vibración, por la ley de la sintonía universal. Así agrupados, somos llevados a los grupos afines, donde iremos a desarrollar nuestro potencial. Existen diferentes colonias. Algunas son para seres que deben practicar el perdón, otras, para perturbados sexuales, otras para fanáticos religiosos, etc. No son muchas porque los seres humanos tenemos, básicamente, los mismos problemas e intereses.

Los oyentes quedaron pensativos, imaginando estas ciudades espirituales, donde eran consideradas todas sus necesidades de evolución, con esmero y amor, dando a cada uno, la oportunidad de crecer.

Recordaban cómo hasta hacía poco tiempo atrás, jamás se habían preocupado por saber sobre este otro lado de la vida.

La mente es un arcano maravilloso, basta un “clic” para abrir las compuertas de la elaboración mental.

Los diferentes grupos, catalogados por sus defectos y errores, a perfeccionar, antes de volver a la Tierra, eran una imagen realmente atrayente.

—¿Todos van a las colonias, después de morir? —preguntó Marisa.

—No, no todos —explicó la guía pacientemente—. Al principio el alma está perturbada y pasa un tiempo como dormida o atontada. Sólo después de tomar conciencia de sí misma, es encaminada a las colonias. Algunos otros espíritus, muy rebeldes, pervertidos o ignorantes del amor, no pueden ir a estas ciudades. Permanecen en zonas oscuras, de conflicto, encarcelados por sus propias mentes. Algún día, podrán salir, pero necesitan primero arrepentirse.

Después de un tiempo, Andrés preguntó: —¿Cuántos planos de vida existen allí?

—No podríamos hablar de números —comentó la guía—. Este concepto es muy limitado, en términos de existencia. A grandes rasgos, les podría decir que existen tres planos, con muchas subdivisiones cada uno. Existe el plano oscuro, que llamamos Umbral, muy cercano a la Tierra, donde vagan los espíritus perturbados, otro plano, intermedio, donde colocaríamos a las diferentes colonias, con sus subplanos, según el grado de evolución, y un tercer plano, donde habitan los espíritus superiores, ángeles, guías y mentores.

Se produjo otro largo silencio. Cada uno hacía sus imágenes como podía e intentaba internalizar los nuevos conceptos de la vida después de la vida. Cada vez les parecía un mundo más parecido a la Tierra, o ésta, parecida al otro.

Andrés miró a Juan, buscando apoyo para alguna pregunta y éste lo interpretó.

—¿Cómo se lleva a cabo la reencarnación?

—Es un tema muy difícil de explicar en el corto tiempo que tengo para hacerlo —respondió Cambinda—. Diría que después de un tiempo prudencial, después de haber aprendido los temas importantes, los guías del plano mayor organizan un plan de vida para cada uno, en especial, con la colaboración del interesado.

—Disculpe —intervino Tamara—. Nos explicaron en Río de Janeiro cómo los espíritus se asocian, unos con otros, para trabajar el perdón o hacer un proyecto en común en la Tierra, pero no entiendo bien, el hecho en sí de la reencarnación, es decir, el proceso reencarnatorio.

La guía Cambinda meditó durante unos instantes y explicó: —Hablar de este proceso, que es diferente para cada uno, sería ocupar un tiempo que no dispongo. Solamente les puedo decir que cuando un Espíritu está listo para volver, hechos los contactos kármicos necesarios, sufre un proceso de amnesia, por el cual se olvida de su vida en este plano. Quedarán únicamente pequeños flashes. Su cuerpo sutil o doble se achica hasta ser mínimo y entonces es introducido en el útero, con ayuda de los guías espirituales, minutos antes de la concepción física. A partir de allí, irá desarrollándose hasta ser un lindo bebé, que nacerá a la vida. Con el tiempo podrá reconocer a antiguos amigos, espíritus afines, enemigos y creará amigos o enemigos nuevos de esta vida. Ese es el proceso.

Los jóvenes estaban admirados de conocer los secretos de la nueva vida. El tiempo era corto pero la información escueta fue suficiente para aclarar grandes dudas existenciales. La vida se les presentaba cada vez más elaborada, cuidada y perfectamente organizada. Era maravilloso asomarse a la incógnita del hombre.

Pasados unos minutos de meditación sobre el tema, intervino Andrés.

—¿Los espíritus malos también colaboran en su propio plan de vida futura?

—No —respondió el guía—. Ellos no pueden hacerlo porque son desequilibrados mentales y emocionales. Sería lo mismo que ustedes dejaran a un loco tomar decisiones de grupos. Simplemente están incapacitados para actuar. En estos casos es el mundo espiritual que hace las programaciones de vida.

Nuestros personajes continuaban absortos en el diálogo, escuchando con la máxima atención. De repente la imagen de Cambinda se esfumó y apareció nuevamente, en primer plano, el

círculo de alumnos. Ahora no podían oírlos pero los veían con claridad, conversando animadamente entre ellos.

Tamara ahogó un grito y se llevó las manos a la boca en un gesto instintivo de protección. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y muy abiertos, fijos en la pantalla. Un hombre, de los que estaban en el círculo, giró levemente la cabeza y todos reconocieron al padre de Tamara, Enrique. Su aspecto era juvenil, robusto y alegre. Sostenía un gran libro entre las manos y sonreía con amor.

—Dios mío —exclamó Tamara—. Es mi padre.

—Una vez más deben agradecer por lo que están viendo —intervino Cambinda con dulzura—. Ahora pueden tener la seguridad de que está bien, progresando y elevándose en este mundo.

—¿Podría hablar con él? —preguntó llorosa Tamara.

—No —respondió Cambinda—. El tuvo un permiso ya para mandarles un mensaje escrito. Sepan que los “muertos” como ustedes los llaman, tienen muchas tareas en este plano y no pueden ser incomodados con el pensamiento de los que quedan en la Tierra, dudando de su sobrevivencia. Sólo se comunican con los seres queridos de la Tierra cuando tienen autorización para ello y cuando esta comunicación representa algo importante para alguno de ellos.

—Por favor —rogó Tamara—, dígale que lo amo.

—El lo sabe, hijita. La mejor comunicación es a través del corazón. Mándale tu pensamiento de amor que lo recibirá gustoso.

La aparición fugaz de Enrique produjo un ambiente emocionado y lento. Cada uno vuelto hacia sí, agradeciendo y pensando la experiencia milagrosa. Este contacto era la clave de todas sus preguntas existenciales y la puerta al crecimiento consciente.

La imagen se apagó súbitamente y el silencio los envolvió. Después de unos minutos Roberto y Gerónimo conectaron las cintas para controlar la grabación. Todos escucharon con atención. Primero, ruido de agua y viento, después un susurro de voces, la voz de Cambinda muy bajita y lejana, otro gran silencio y una voz extraña, varonil, que decía:

—Soy Nefer. Estoy bien. La colonia en que estoy es maravi-

llosa, igual que Tebas... veo el Nilo y los templos, los dioses y el arte... igual que Tebas.

La grabación se cortó y sólo el ruido de la cinta girando en el vacío quedó en el aire.

Los rostros de todos mostraban la sorpresa recibida. En el momento en que ninguno pensaba en Nefer, éste pasa su mensaje desde el más allá. Obviamente la transcomunicación presentaba las mismas sorpresas que la mediumnidad humana. El plan cósmico hacía sus planes y programas, interviniendo en el momento justo.

Nefer estaba en el Nilo, aprendiendo a reconstituirse, en el camino de la luz y el conocimiento. Sus proyecciones de la Tierra habían construido la réplica de su tierra natal. Dios, en su infinita bondad, permite que sus hijos se ubiquen en el lugar que más les guste, respetando la manera de encontrarlo, según sus últimas formas de creencia. Todos juntos entrelazados en una misma realidad, como en la física cuántica.

Juan tomó la mano de Susana y la apretó con cariño, Andrés abrazó a Tamara. El mundo espiritual enlazaba corazones afines en todos los planos.

IV

Buenos Aires, Corrientes, la avenida de los cines que ya no están, de los cabarets que tampoco viven, de los cafés cómplices de la confianza amiga, de los carteles luminosos y del agitado movimiento de los transeúntes que parecen no saber adónde van.

Taconeos de antaño, flores en el ojal, faldas cortas y tajeadas, figuras que se contonean en el recuerdo de un tango querendón.

La noche tiñe de misterio los edificios y su gente. Las sombras parecen hablar un lenguaje en clave. Una música suave se escapa de algún bandoneón olvidado y en el fondo de un bar, dos figuras entrelazan sus manos en un diálogo sin palabras. Susana y Juan. Los caminos extraños del destino suelen juntar a las personas como títeres de un teatro mudo. Tiempos y tierras juntan a los pares, sin pedir permiso, y todos obedecemos.

En la penumbra de la sala, llena de seres conversando, abrazándose, jugando el juego del maduro, nuestros dos amigos ignoran las otras presencias.

—No me atrevía a invitarte —empezó Juan—. Sé que no sales mucho y no quería molestarte, pero sentí la necesidad de conversar contigo y comentar estas experiencias que nos están ocurriendo.

—Te agradezco la invitación —respondió Susana, con dulzura—. Yo también necesitaba comentar estas vivencias tan extrañas.

—Entiendo la técnica de la informática, de Internet, de la

transcomunicación, pero me cuesta aceptar que podamos ver escenas del otro mundo.

—En realidad, por lo que aprendimos, son escenas de esta vida, ya que las dos se combinan y coexisten, sin perjudicarse. El tiempo es una mera subjetividad como decía Einstein y lo podemos comprobar con estas experiencias. Tal vez, lo que me parezca más exótico es ver y escuchar a las personas que llamamos muertas y darme cuenta que continúan vivas, casi igual que nosotros.

—Sí —corroboró Juan—. Yo creo en el mundo espiritual pero vivirlo es diferente, sin duda. Saber que pueden estudiar, moverse, trabajar, aprender, enojarse, alimentarse, todo esto es increíble... Siempre había imaginado la otra vida como un lugar estático, sin movimiento y ahora, estas vivencias con tanta agitación, me perturban. Supongo, que de alguna manera, es saber que no descansaremos, sino, por el contrario, deberemos hacer aún más.

Las sombras del barcito se enroscaban en las paredes, dibujando arabescos entre las pantallas de las lámparas sobre las mesas. Un mozo comedido acercaba vasos de agua, esperando un nuevo pedido. Los rostros desdibujados mostraban interés y alegría, sobresaliendo de los marcos almidonados de la vida civilizada. Los jóvenes se mantuvieron en silencio, sopesando las informaciones y vivencias, en un vano esfuerzo de entender lo incomprensible. Las esferas superiores de la vida actúan en otros planos de existencia, entrelazando corazones y uniendo mentes.

—¿Qué esperas de la vida? —preguntó de golpe Susana.

Juan se sobresaltó como siempre que alguien invade nuestro interior. Se pasó la mano sobre los cabellos castaños, alisándolos, respiró hondo y respondió con una franca sonrisa.

—En líneas generales, quisiera vivir en paz y armonía, trabajando en lo que me gusta, investigando el ser humano y naturalmente, tener una buena pareja que me acompañe en la experiencia de la vida.

—Yo quiero lo mismo, pero además quisiera tener muchos hijos, un hogar de verdad, un buen compañero, pero parece que por ser simple el proyecto, es difícil de concretar.

—No sé si es difícil o simplemente no sabemos buscar. Creo

que con un mínimo de respeto y amor se pueden construir castillos —meditó el joven psiquiatra.

Susana se mantuvo callada, pensando en las experiencias pasadas, las desilusiones, los fracasos, las lágrimas amargas vertidas detrás de un sueño. Juan miraba para adentro, tratando de recordar cuándo fue la última vez que se sintió feliz, estando en pareja.

El entorno parecía borrado y sólo quedaba la ilusión del futuro, con su incógnita de esfinge. Las manos entrelazadas hablaban un lenguaje más simple y directo, buscando el corazón del otro. Los ojos se escondían detrás de la magia.

—Ahora que entiendo más lo que significa tener hijos —dijo suavemente Susana— tengo aún más deseos que colaborar con el plan divino, dando cuerpo al alma errante.

—Sí, es vivir la vida de otra manera, con una óptica más amplia. Es entender que sólo por el amor nos podremos redimir. Es abrir el corazón al camino de los dioses. ¿No tendrías miedo de recibir como hijo a un enemigo?, por ejemplo —preguntó Juan de improviso.

—No lo pensaría —sonrió Susana—. Solamente vería en ese bollito de carne a un ser muy dulce que viene a hacer una nueva experiencia en la tierra y que, evidentemente, confía en mí para venir a mis cuidados. Si fuimos amigos o enemigos, no importa mucho. Creo que lo único que cuenta es el amor que podamos trabajar juntos.

—Realmente, tienes todo muy claro, a mí todavía me preocuparía el lazo kármico... Me dijiste que hace un tiempo hiciste regresiones, ¿reconociste a alguien especial?

—Sí —respondió Susana meditativa—. A un ser que en esta vida quiero mucho, pero por favor, no quiero hablar de eso.

—Por supuesto, no pretendía hacerte contar algo tan íntimo —se excusó Juan tímidamente—. Solamente pensé en los lazos kármicos y junté puntas de ovillo.

—No te conté —continuó ella— que además de esta persona, hay otra, una mujer, pero con ella no coincidimos en esta vida, continúa en la entre-vida.

—¿La reconocerías, si la vieras?

—Sí, puedo ver su rostro con claridad, dentro de mí. Esa fue una

persona que me ayudó mucho y allí, fui yo la que no colaboró con el perdón... Como ves, las historias son múltiples y todas se entrecruzan, en algún momento de las vidas.

Juan permaneció en silencio elaborando la teoría de los encuentros y reencuentros tan increíbles, que se producían en los seres humanos, muchas veces, sin que ellos tuvieran conciencia de lo que ocurría.

Susana pensaba en esos dos seres tan especiales de su vida, a quienes ahora agradecía su existencia, en los dos planos.

Juan acarició la mano de Susana y la miró con la esperanza pintada en las pupilas, más allá de todo tiempo y espacio. Cupido apuntaba su flecha hacia los jóvenes corazones, sonriendo desde los templos sagrados romanos. Un ave escribía su poema de amor en los círculos concéntricos de la inspiración. La noche acunaba las estrellas y en algún lugar lejano, Isis buscaba los pedazos del cuerpo de su amado Osiris, mientras la barca de las almas procuraba la orilla santa.

Cuando los enamorados empiezan a susurrarse se hace un camino sutil que une a muchos corazones.

En la otra punta de la ciudad, Andrés y Tamara conversaban frente a las copas de champagne, en un elegante restaurante porteño.

—Me siento muy feliz de poder estar juntos nuevamente —susurró Andrés, abrazando a la joven.

—Yo también —respondió Tamara—, pero más aún de esta nueva manera de relacionarnos que surgió. Cuando miro hacia atrás, veo que éramos muy inmaduros para vivir y tal vez, por eso nos pasaron tantas cosas que nos separaron.

—Por un lado, creo que fuimos inmaduros, sin duda, pero por otro, veo que sólo el sufrimiento y el conocimiento de otras esferas de vida, nos dieron la capacidad de entendernos. Es muy diferente saber que continuamos vivos, del otro lado, que podemos comunicarnos, que existe una ley de justicia, donde damos y recibimos, según nuestros actos. La experiencia que vivimos me hizo ver la vida con otros ojos. Ahora entiendo más la responsabilidad que debemos asumir por nosotros mismos. Nunca antes me había preocupado por saber qué pasaba adentro de nosotros, qué era la vida en sí misma ni qué quería esperar de ella. Nunca olvidaré tu rostro, cuando estabas poseída por ese ser horrendo, que resultó ser tu novio del pasado. La

locura es peor que la muerte en sí porque nos priva de la elección y la representatividad. Me sentía impotente y me escondía en mi miedo. No podía creer que un amor se convirtiera en odio cruel...

—Es odio porque los corazones son haraganes para el amor, que es dar y no pedir... —meditó Tamara—. Es más fácil odiar que amar, porque en el odio no nos comprometemos. Después de las experiencias con Griselda y Alaerte, empecé a entender mi parte en la tragedia. No sólo le produje la muerte por asesinato, sino que lo traicioné en sus creencias sagradas. Sin olvidarnos del sacerdote a quien debo haber dado indicios de aceptación inconsciente, para producir tanta pasión y rencor...

—Por favor, no empieces a sentirte culpable .

—No me siento culpable porque entendí el juego de las emociones pasadas y mi ignorancia espiritual, pero cuanto más averiguo de ese mundo invisible, más siento que debo investigar, allí está la llave de la felicidad.

—Siempre estaré agradecido al dolor que sufrimos porque es el que abrió la puerta de nuestro reencuentro. A pesar de que no entiendo bien por qué nos juntamos tú y yo, como pareja; y no Nefer contigo.

—No te puedo dar respuestas ciertas porque en este campo nadie tiene certezas, pero creo que viviendo juntos podríamos perdonarnos por la pasión que despertamos y por la culpa de un asesinato y la pérdida del alma de Nefer. El, por otro lado, estaba tan lleno de odio que no tenía condiciones de programar una venida a la Tierra. Estaba más perturbado que yo, cuando me quería matar... Pobre Nefer, ahora que sé que está empezando a componerse, me siento más feliz, siempre pido por él, para que se recupere totalmente.

—Los caminos kármicos son incógnitas permanentes, nosotros tuvimos mucha suerte de descifrar el enigma, ahora sólo falta poder actuar el compromiso asumido.

—Ese es el paso más difícil, pero los guías nos ayudarán, sin duda. Creo que lo peor ya pasó... —terminó Tamara meditativa.

El champagne burbujeaba en las copas de cristal, las flores desprendían su aroma y las velas consumían las emociones. La noche sonreía a los amantes renovados.

Nadie parecía observarlos y ellos ignoraban el mundo del entorno.

Las manos juntas dibujaban esperanzas de vida nueva y allá en el cielo, Capela brillaba como nunca. Los tiempos pasan y los niños aprenden. Caminamos despacio porque el orgullo y la soberbia todavía nos pesan como ornamentos incómodos. El tercer milenio abre nuestras mentes a oportunidades creídas perdidas.

Tamara olió el perfume de las flores y sonrió, al tiempo que decía:

—Ahora pienso si nuestros amigos de la pantalla estarán oliendo y comiendo la energía de estas flores...

—Creo que hay un momento para todo, éste es nuestro, no deben interferir —respondió seriamente Andrés.

—Es sólo una broma, por supuesto que entendí bien el juego de las energías sutiles. Cuando pienso en Internet que nos permitió ver las cosas que antes sólo veían los clarividentes, no salgo de mi asombro. La figura de papá fue, tal vez, lo más impactante. El era un buen hombre pero no estaba en un camino espiritual..., ahora parece un ser muy evolucionado. Es maravilloso el proceso de conscientización.

—Por lo que entendí, debe de haber puesto mucho esfuerzo para lograr ese éxito, sin duda.

—Naturalmente, y vino a demostrarnos que continúa vivo del otro lado. Me impresiona. Nos queda una sesión más de informática, quisiera pedir muchas cosas y preguntar sobre muchos temas...

—Recuerda que los muchachos nos avisaron que la prudencia es necesaria, también en la cibernética de esta era. Podemos programar muchas preguntas, pero las respuestas sólo vendrán con autorización de lo Alto. Conformémosnos con lo sabido y tratemos de practicar lo aprendido. Yo era el más escéptico y ahora parezco el más creyente, pero las imágenes y las voces me convencieron de mis dudas.

—Encontré una libreta de anotaciones en un cajón, con poesías espirituales. Nadie sabe de quién es, te la mostraré mañana es hermosa, sin duda. No quiero pensar que cayó del cielo, pero hasta parece —sonrió Andrés.

—Me gustaría mucho verla.

Se hizo otro silencio donde los corazones nuevos se apretaban

en un abrazo de reencuentro. Tebas y el restaurante se fundían en un mismo plano. El Nilo surcaba las aguas del ayer y Thot enseñaba los jeroglíficos a los nuevos alumnos de la vida.

La esperanza renovada es el mejor regalo. Los duendes misteriosos tejían los hilos de una pareja feliz, vuelta a encontrarse entre estatuas y fantasmas.

Esa noche, mientras Andrés y Tamara dormían juntos y abrazados, ocurrió un hecho sorprendente. Sus cuerpos yacían plácidos y satisfechos, saciados en el amor reencontrado. Las sábanas coloridas entrelazaban las figuras como un tejón de fondo teatral. La Luna se asomaba entre las hendidias de la ventana, intentando penetrar el misterio humano. Las sombras se escondían de sí mismas, en un vano intento de ser primeras estrellas. La noche recibía los invitados a la mesa del arcano.

De repente, de sus cuerpos dormidos empezó a salir un humo oscuro que dibujaba su doble carnal, lentamente. Esta extraña materia sutil formaba la copia fiel del cuerpo físico que muy despacio, se iba levantando junto al cuerpo dormido hasta quedar de pie, junto a la cama, Las dos figuras se miraron y sonrieron. Ellas conocían este método de proyección, gracias al cual los espíritus se podían encontrar y entenderse libremente, sin la atadura del cuerpo denso.

Se los veía aún más jóvenes, fuertes y saludables. La única diferencia entre el cuerpo de carne y éste, era que este último parecía transparente, delicado y etéreo.

Después de mirarse y reconocerse, se abrazaron largamente y emprendieron viaje. Tomados de la mano, se proyectaron sobre el techo de la habitación, atravesaron la pared y salieron al exterior. Sobrevolaron la ciudad, observando las casas, los árboles, la gente, hicieron piruetas en el aire y se internaron en otro plano existencial. Era el valle de las almas, allá en Tebas, junto al Nilo sagrado. Caminaron sobre la arena y se recostaron sobre el pasto húmedo de la orilla. Permanecieron largo rato así, abrazados y felices, sintiendo la alegría del reencuentro.

Andrés comenzó a hablar, con voz suave y tierna.

—Mi querida, ahora que estamos libres del envoltorio pesado de la reencarnación, quisiera contarte algunas cosas. Cuando des-

pertemos, no nos acordaremos de esta aventura espiritual pero en el fondo del inconsciente quedará la huella de la experiencia. Según me dicen los guías, servirá para entendernos mejor, en nuestra vida actual. Podremos sentir, con el corazón, la cercanía y el perdón, necesarios para nuestro crecimiento.

—Siento lo mismo, desde la intuición —agregó Tamara—.

Ahora nos vemos como antiguamente fuimos y tendremos acceso al misterio del drama pasado.

Ninguno de los dos sabía a ciencia cierta cómo se enterarían de lo acontecido pero la fe en la Espiritualidad les daba la fuerza para llevar a cabo la vivencia.

Ante sus ojos apareció una tela gigante que hacía de pantalla. Primero todo era borroso pero lentamente, se fue aclarando hasta dejar ver la ciudad de los artesanos. Reconocieron las casas, las callecitas, los enormes monumentos, las tumbas, el aire y el clima de aquellas épocas.

Se vieron caminando por allí. Andrés tenía una túnica verde, larga hasta los tobillos, sostenida por un cinturón ricamente trabajado. Sobre el pecho un ancho collar de oro con incrustaciones de piedras preciosas y el símbolo del ankh, la cruz de la vida, en el medio. Tenía sandalias de cuero crudo y el cabello renegrido, suelto sobre los hombros. Su mirada era dura y penetrante.

Tamara vestía un suave vestido de hilo blanco, muy simple, con un escarabajo de piedra sobre el pecho, símbolo de la regeneración. Sus cabellos estaban recogidos en un delicado peinado que resaltaba su belleza. La mirada dulce e inocente, perdida en el horizonte.

Llegaron a un pequeño templo, escondido entre las colinas del valle y entraron. Las paredes estaban desnudas, de piedra vacía y rojiza. Adelante una gran estatua de Hathor, la madre universal, la figura de Osiris sobre la barca de las almas y Horus, con el gran ojo místico. Un delicado perfume a incienso salía de una vasija de aceite caliente. A un costado, un gran ramo de flores y algunos alimentos frescos, colocados sobre una alfombra de paja trabajada.

Cuando llegaron adelante, los dos se inclinaron ante el altar y murmuraron algunas palabras. Acto seguido el joven la invitó a pasar a un cuarto trasero. Allí se sentaron en unas sillas conforta-

bles, pesadas y laboriosamente talladas. La madera lucía su encanto y retrataba las figuras de los dioses, en diferentes actos de amor al pueblo.

El sacó una jarra con una bebida amarillenta y la ofreció.

Los dos jóvenes, en silencio, bebieron el vino puro. Luego buscó un rollo de papiro, cuidadosamente enrollado, que extendió sobre el piso de piedra. Era relativamente angosto pero muy largo. Las figuras se encimaban a los jeroglíficos y producían un efecto impresionantemente serio.

Atur o Andrés empezó a explicar el significado de la teología divina. Habló de la importancia de prepararse para la vida en el mundo invisible, como objetivo primordial, de la necesidad de desarrollar el amor al prójimo, de la obra sagrada de perpetuar la divinidad, a través del arte y de la obligación del secreto iniciático.

Tamara o Tapki escuchaba con mucho interés, intentando grabar los conocimientos adquiridos. Estaba hermosa y seductora como nunca.

—Recuerda que estás siendo preparada para ejercer la magia. Deberás aprender las palabras sagradas que dirás al muerto, delante de su momia. También, podrás imantar estatuillas para ser usadas como amuletos energéticos, abrir la boca de las momias y custodiar los templos funerarios para la eternidad. Todos estos conocimientos deben morir en ti, nadie puede saber lo que aprendes, como tampoco podrás nunca salir de este valle. En compensación, serás visitada por los grandes hombres del mundo, en busca de orientación espiritual y los guías te acompañarán siempre en tu tarea sagrada. Si traicionas la confianza depositada en ti, la venganza será terrible y duradera. No lo olvides.

Tapki se sobresaltó y su frágil cuerpo tembló con el miedo al castigo.

—Sé muy bien cuáles son mis responsabilidades, no temas —respondió presurosa— desde niña estoy sabiendo cuál será mi destino y estoy preparada.

Continuaron hablando durante largo tiempo. El conocimiento religioso junto con las artes de la magia mística surgía como río caudaloso de la boca del gran sacerdote del Valle. La joven iniciada

escuchaba y aprendía con entusiasmo. El aroma agrídulce del incienso envolvía al misterio revelado.

Ahora quedaba claro cuál era el papel del sacerdote y la futura pitonisa. Estaban los dos comprometidos con el secreto divino. Los dioses esperaban de ellos una cierta actuación que debía cumplirse a toda costa. En este terreno no había posibilidades de error.

La pantalla se oscurece y la escena se borra. Pasados unos minutos la luz hace su aparición y con ella, otra escena: Tapki y Nefer abrazados en el amor actuado, haciendo planes para el futuro.

—Yo sé que tú no podrías haberme contado los secretos que hablaste. Agradezco tu confianza y debes estar segura de que no abriré la boca jamás —decía Nefer.

—Lo sé —respondió Tapki sonriente—. Tampoco tú deberías haberme contado de la vida del otro lado del río y de las posibilidades que tiene, como vida normal para una pareja que se ama. —Los dos hemos roto las promesas a los dioses. Te confieso que, a veces, tengo miedo. Dicen que las paredes oyen y si fuera así, a esta altura, estamos perdidos.

—Olvida todo eso, mi amor —induce la joven—. Debemos ser felices porque somos jóvenes y nos amamos. Aquí no podríamos serlo. Si el gran sacerdote se entera de que planeo huir contigo, seguramente, me mandará matar. Igual ocurriría contigo.

—Yo también ansío la felicidad del hombre y no, la del ser divinizado. Sólo de pensar en estar juntos en una casa, con vida propia, construyendo nuestro arte y procreando hijos, me olvido del miedo que me da, romper promesas de vida y muerte.

—Dejemos a los hombres religiosos el trabajo espiritual y seamos felices como hombre y mujer, simplemente —sugirió la joven en tono convincente.

—Cuando estoy contigo, olvido todo, hasta mi honor, y sólo pienso en la vida terrena, siento bullir la pasión en mis venas y me olvido de la barca de las almas. Cuando estemos muertos, veremos qué hacemos, por ahora, sólo quiero vivir y vivir —respondió apasionado Nefer.

Los dos jóvenes, enceguecidos de pasión se introducen en el mundo físico, olvidando las promesas sagradas. El mundo se limi-

taba a ellos dos, y era suficiente. Siempre parece suficiente para los jóvenes.

Nos vamos de esta escena con el ave Fénix sobrevolando la tierra de los venidos de las estrellas. El amor humano habla más fuerte que el espiritual. La carne tiene necesidades que el Espíritu parece ignorar. El hoy es más importante que la eternidad.

Tamara y Andrés vuelven a verse, recostados en la grama verde, donde empezaron esta sesión de cine del otro mundo.

—¿Te das cuenta, mi amor —comenta la joven—, que todo empezó cuando yo entusiasmé a Nefer para que huyéramos juntos del valle, haciéndole romper las promesas y rompiendo las mías, también?

—Sí, ahora veo claro. Como gran sacerdote no podía correr el riesgo de que tú hablaras y contaras los misterios de la magia mística. Además, tu traición me dolió mucho. —Concentrémosnos para ver si podemos saber más de este triángulo doloroso —sugirió la joven.

La pantalla apareció nuevamente. Ahora estaban Atur y Tapki en el mismo templo que anteriormente. Continuaban estudiando pero no sólo con los papiros y jeroglíficos, sino también con vasijas, potes, hierbas, ungüentos y estatuillas de madera y piedra. Ella estaba practicando la magia de las momias y conectándose con los dioses. Su rostro parecía iluminado y de sus manos salían rayos de luz que vivificaban los objetos inanimados. Era la magia actuada, el misterio revelado.

El sacerdote egipcio se inclinó sobre Tapki y le susurró palabras de amor. Se había enamorado perdidamente de la joven discípula. Ella coqueteaba juguetona y dejaba que él creyera en su interés. La vanidad de saberse preferida por un hombre tan importante como aquel, era un sentimiento que no podía evitar. El juego del amor propio, de la vanidad, del orgullo y de la irresponsabilidad humana, jugaba un papel destacado, nuevamente.

Tal vez, la joven nunca imaginó que en la desesperación de su amor, Atur usaría sus poderes para seguirla. Así, cuando retozaba feliz en los brazos de Nefer y hacía planes para el futuro amoroso de ellos, Atur, con ayuda de la magia, se introdujo en el ambiente y

escuchó y visualizó toda la escena. Dolorido en su orgullo de hombre mortal y olvidado de su papel jerárquico, decidió vengarse. La excusa de la promesa rota fue suficiente. El sabía que a pesar de sus errores, la joven no haría mal uso de los conocimientos adquiridos pero decidió hacer cumplir la ley con todo su rigor. Obtuvo autorización de sus superiores y hasta de los mismos dioses, según él, para perpetuar el crimen del asesinato.

Primero encantó a la serpiente para que fuera justo al ataque del joven artista, luego preparó el brebaje envenenado que acabaría con la traidora. El secreto estaba seguro, hasta el escenario era sagrado. Cumplido el trabajo cruel de destruir dos vidas, no volvió a conocer la paz. La conciencia le hablaba fuerte y seguido, recordándole el horror cometido por alguien, que se suponía cercano al trono de Dios.

Quiso matarse y no pudo hacerlo. Pasó varios años perdido entre las paredes del templo y las tumbas reales, viendo el rostro joven en cada pintura que aparecía en las paredes. Torturado mental y espiritualmente, acabó sus tristes días pidiendo clemencia para su crimen. Este hecho le valió un aprendizaje más rápido en la entrevista y la posibilidad de un reencuentro más leve.

Cuando la televisión espiritual terminó, los dos jóvenes, con sus cuerpos dobles sutiles, se levantaron, agradecieron a Osiris por la barca, y volvieron volando sobre las estrellas.

Al llegar junto a sus cuerpos dormidos, en un departamento de Buenos Aires, se fueron introduciendo lentamente en ellos. Otra vez, estaban con sus cuerpos sobrepuestos, sin darse cuenta. Una brisa suave sacudió las cortinas y los esposos se revolviéron en la cama, buscándose inconscientemente.

Al despertar sólo sintieron una gran sensación de alivio, como quien se saca un peso de encima y la necesidad de profundizar la relación. Tenían la impresión de haber soñado pero no recordaban nada. La espiritualidad hace sus planes sin pedir permiso, abriendo corazones y mentes a la luz universal.

V

Habían pasado unos días tranquilos, en los cuales cada uno de los personajes hizo su vida cotidiana, preguntándose sobre los lazos kármicos que se presentaban, ahora, de una manera tan normal y familiar. Los misterios dejan de serlo cuando empezamos a entender la mecánica de la vida. Nada peor que la ignorancia para despertar miedos y conflictos.

Esta sería la última sesión de transcomunicación y todos estaban curiosos por tener más respuestas a las eternas preguntas del alma.

Junto con los jóvenes técnicos estaban las dos parejas y Marisa.

Después de conectadas todas las máquinas, empezó la comunicación con el mundo invisible, el valle de los muertos vivos.

La primera figura a conectarse fue la de una joven hermosísima, de cabellos sedosos y largos hasta la cintura, piel aceitunada, grandes ojos negros almendrados, labios carnosos y sensuales. Su cuerpo era esbelto y gracioso. Estaba vestida con una falda amplia y voluminosa, de varios colores donde resaltaban especialmente el rojo, negro y amarillo.

La blusa, con mangas abullonadas y estampado fuerte realizaba la belleza del conjunto.

Un par de collares audaces adornaba el cuello alargado. Era realmente una imagen muy sensual y terrena. Nuestros amigos se asombran al verla, ya que esperaban, tal vez, erróneamente, una

figura más estilizada y angelical. Sabemos que el mundo espiritual tiene una amplia gama de existencias y diferentes planos, de modo que imágenes diferentes no deberían sorprendernos.

La joven se presentó como una gitana, en su última reencarnación y disponible para responder a las preguntas de los presentes.

Pasado el primer momento de asombro, Susana fue la audaz en comenzar las preguntas.

—Si fuera posible, quisiera saber, señora —dijo con mucho respeto—, qué fuimos Juan y yo en otras vidas.

Los rostros de sus compañeros mostraron inmediatamente la desaprobación colectiva por la pregunta. A pesar de ello, la gitana linda respondió con amor:

—Dame un segundo, miraré en mi Tarot.

Ante el asombro general, sacó de su bolsillo un mazo de cartas de Tarot y empezó a barajarlas como el mejor de los jugadores. Tiempo después, respondió, mirando las figuras sorprendidas.

—Esta es la primera encarnación juntos que tienen. Estuvieron en la entre-vida, planeando reencuentros y misiones en común. Tenían los mismos objetivos de vida y la misma necesidad de concretarlos haciendo un trabajo en equipo. Por esta razón, los guías les permitieron llegar juntos en tiempo y lugar. Ahora depende de ustedes cumplir con el programa kármico original.

Los presentes se mantuvieron callados, observando la imagen extraña y sensual y pensando en los caminos ignorados de la espiritualidad. Jamás hubieran creído que alguien con tanta fuerza terrena pudiera presentarse como siendo un ser evolucionado espiritualmente. Otro error de los preconceptos que cargamos en nuestras mentes.

La gitana, adivinando estas imágenes mentales, les dijo sonriendo:

—Queridos míos, aquí, en esta frecuencia espiritual de existencia, tenemos diferentes planos. Yo aún estoy en uno, muy pegado a la Tierra, por eso mis vestidos mundanos, mi mazo de cartas, igual que el libro de los que estudian y mi coquetería en tener collares y faldas vaporosas. Todo esto, es resto de mis proyecciones mentales de la Tierra, donde usaba el Tarot como herramienta de videncias y necesitaba la apariencia fuertemente femenina como símbolo de

mi propia identidad. Tengo permiso de los Espíritus Superiores, que comandan este plano, para continuar presentándome así. Recuerden que la apariencia es sólo la proyección que tenemos de nosotros mismos y de los otros. Desde el cuerpo sutil, nada de esto es necesario.

Se hizo otro silencio armónico donde cada uno intentaba registrar el hecho como capitalización de información.

—Quisiera preguntar, si puedo —comenzó Juan—, cómo comprobamos el hecho de haber estado juntos en la entre-vida y planear algo en común,

—Hijo —respondió la gitana sonriendo con severidad—, el mundo espiritual no está hecho para ser comprobado y sí para ser aceptado como realidad. Cuando el corazón se abre al amor y al compromiso de la vida, muchas cosas pueden ser certificadas. Cuando, en cambio, se quiere tener pruebas, la esfera más alta nos dice que no podemos informar. Existió un Tomás que puso las manos en las llagas crísticas para poder creer, pero no hay más oportunidades iguales. Ahora, se cree por razonamiento lógico y por corazón abierto. Es creer para ver.

Juan permaneció callado, pensando en la veracidad del mensaje recibido. Nadie podía tener el tupé de querer tener una prueba de la actividad de los seres que se movían en ese mundo que ya no era tan misterioso como antes. Avergonzado por su pregunta, volvió a hablar.

—Disculpe, señora, no quise ser irrespetuoso ni pedante. Simplemente me equivoqué en la presentación de mi ansiedad. Tal vez, haría de nuevo la pregunta, ¿cómo sabemos si nosotros dos estamos haciendo lo correcto o lo programado anteriormente?

—Sencillamente escuchando sus corazones —respondió la gitana—. La mejor manera de saber si estamos en el camino correcto es prestar atención a nuestro corazón interno, ese que nunca miente y que se une al Dios interior de cada uno.

Andrés que había permanecido callado, preguntó:

—Creo que estoy entendiendo algo de este mundo espiritual pero quisiera saber si existe un modo de evitar los inconvenientes que se presentan en las vidas comunes, así como las nuestras.

—No, el camino es difícil, lleno de piedras e inconvenientes que sólo el caminante puede esquivar. Todo lo que ocurre es para nuestro crecimiento interior, hay que hacer el camino, caminante. Con respecto al comienzo de la charla, debes aceptar el hecho de estar por primera vez encarnado con esta tu compañera de experiencia terrena. Luchen juntos para completar el programa, que es lo mejor que pueden hacer. Hay veces que no importa si hubo historias pendientes o no, simplemente se empieza una nueva historia y ésta, debe ser exitosa.

Pasados unos minutos de pensamiento activo, Susana preguntó:

—Entendí que Juan y yo estamos haciendo, por primera vez, la experiencia de vida juntos, en la Tierra. Comprendí el hecho increíble de habernos conocido en la entre-vida, pero no entiendo qué tenemos nosotros que ver con Andrés y Tamara.

La gitana giró sobre sus pies, haciendo rodar la falda colorida. Su cuerpo enviaba rayos energéticos de vida que llegaban a todos los presentes. Era una verdadera transfusión de sangre. Era magia.

—No siempre podemos saber los destinos —comenzó a explicar—, muchas veces los guías no permiten este conocimiento porque podría ser perjudicial para el desarrollo espiritual. En este caso, no tengo autorización para hablar más. Creo que deben pensar y aceptar que son amigos queridos de esta vida, que intentan ayudarse mutuamente, colaborando con el plan cósmico. Esta es la misión. Si estuvieron o no juntos en el pasado, no parece ser importante. Todos nos relacionamos, como partes necesarias de un gran engranaje. Nada existe separado del resto, ni una hormiga, ni una hoja, ni una piedra, ni los seres humanos, todo es parte del universo divino.

Juan tomó la mano de Susana y la apretó con cariño. Los dos juntos proyectaron su sueño de amor. La vida sonreía y guardaba sus secretos.

Andrés tomó a Tamara por los hombros. Las dos parejas parecían revitalizarse. El trabajo del autoconocimiento expande la conciencia hasta límites más lejanos del amor. La vida es energía, en cualquiera de sus planos existenciales.

El sol jugaba a las escondidas detrás de la ventana. Las plantas exhalaban su aroma típico, impregnando el ambiente de fuerza vital. Allá lejos, Osiris y Anubis conducían la barca de las almas, al puerto seguro de la conciencia activada. Las estrellas iluminaban los destinos.

En ese momento la pantalla muestra a la gitana en una danza muy particular. En el girar de su cuerpo, la falda dibuja círculos coloridos y sus cabellos se lanzan al viento, encantando el encanto.

Su risa fresca sorprende a los personajes de nuestra historia y ella sigue envolviendo en la magia de su existencia. Las campanitas sutiles marcan la melodía húngara. En el rodar de su danza pierde la gitana el Tarot, que cae al suelo, como semillas germinadas.

Sonriendo siempre, se agacha gentilmente y las observa.

Han formado una posibilidad de ser. Mirando para el grupo atento dice:

—Concentren su vista en estas cartas, dejen la mente en blanco y observen.

Los jóvenes clavan la mirada en las cartas misteriosas, dueñas de los arcanos e intentan lograr una conexión sutil.

La pantalla se ilumina y una escena sorprendente los cautiva. Nefer está en la tela. Su aspecto es jovial y saludable. Lleva una túnica de hilo blanco y está sentado sobre una piedra, al costado de un río. Otro personaje lo acompaña. Por su aspecto podemos percibir que es un guía del mundo invisible. Su rostro es luz, paz y armonía. Los dos conversan, sin saber que son observados, desde otro plano de existencia.

Las voces, susurrantes al principio, se hacen más claras después.

—¿Recuerdas cómo viniste aquí? —preguntó el guía angelical a Nefer.

—Poco. Recuerdo que alguien me explicó que debía dejar de vagar por los valles oscuros, envenenado de odio y sed de venganza —explicó el joven—. Mi mente se abrió y comprendí el mal que me hacía y hacía a otros. Me dormí y desperté, después de un tiempo que no puedo precisar, en una especie de cabaña en las montañas.

—Sí, cuando abriste el corazón al perdón y aceptaste tu responsabilidad —agregó sonriendo el ángel— allí, empezó tu verdadera vida en este plano.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —preguntó pensativo.

—Primero permaneciste dormido, o sea, con la conciencia suspendida hasta que te repusiste de los estragos que sufriste. Fuiste cuidado y reorganizado energéticamente. De a poco, despertaste y te concientizaste de tu estado de “muerto”.

—¡No es posible que no lo supiera! —exclamó Nefer.

—Claro que no lo sabías —rió el guía—. Pasaste muchos siglos perdido en las zonas bajas de tu mente enferma.

Después de unos instantes Nefer volvió a preguntar muy sorprendido.

—¿Cómo, perdido en mi mente?

—Sí. Descarnaste lleno de odio y con la idea fija de vengarte. Viviste fuera de espacio y tiempo, con ese único pensamiento. No pudiste tomar conciencia de que ya no poseías cuerpo físico y que no estabas en la Tierra.

—¿Realmente, la mente puede jugarnos esa mala pasada, aun en este plano? —preguntó muy sorprendido y casi asustado. —Naturalmente, la mente es nuestra esencia. Descendiste a los oscuros mundos de tus pensamientos destructivos y allí permaneciste, encadenado a tu propia energía mental.

—¡Es increíble! —suspiró Nefer— ...¿y cómo llegué a tomar conciencia de mí mismo?

—De a poco, fuiste instruido por espíritus guías, espíritus amigos y tu propio ángel guardián, de tu nuevo estado. Aprendiste a moverte y a pensar de forma diferente, de acuerdo con las nuevas necesidades.

—Recuerdo, vagamente, haber ido a un lugar donde me proyectaban escenas de mi vida terrena... , era una especie de pantalla de cine —recordó el joven.

—Es verdad —consintió el mentor espiritual—. Tuviste algunas clases de temas de concientización y aceptación de las leyes de Dios. Luego te informaste sobre las leyes kármicas, la reencarnación, los amores y los perdones que debemos elaborar... Todo

quedó grabado en tu memoria transpersonal y lo usarás, cuando sea preciso.

Después de minutos de silencio, donde nadie se animaba a interrumpir la maravilla de la enseñanza que se desarrollaba, Nefer volvió a preguntar.

—¿Quiere decir que la muerte no nos transforma y que todo el secreto reside en la mente?

—La muerte no nos modifica en absoluto —explicó el guía—. Nos vamos de la Tierra, siendo iguales a lo que fuimos en ella, buenos o malos, dueños de nuestra mente y los pensamientos que tuvimos. Sólo el trabajo personal de autoconocimiento y elevación, nos permite avanzar en la evolución del alma.

Nefer permaneció callado, meditando sobre la nueva doctrina del mundo espiritual, con sus reglas, responsabilidades y derechos. Un mundo nuevo se abría ante él. Nuestros amigos estaban sorprendidos y encantados con la posibilidad del aprendizaje cibernético, a través del mundo espiritual.

Este mundo espiritual se presentaba, cada vez más, parecido al terreno. Reflejo de planos existenciales, proyectados por las mentes eternas.

Allá lejos, a la distancia, el templo de Karnak, magnífico en su estructura, aseguraba la continuidad del pensamiento organizado. El Nilo espiritual, idéntico al real, contorneaba las orillas sagradas de los dioses. En el cielo estrellado, la trilogía divina daba su bendición. Nefer estaba en casa.

Súbitamente Nefer preguntó:

—¿ Tú crees que Amón—Ra es el dios único y que Osiris es su hijo bienamado?

—Sí, de alguna forma. Dios es único, no importa cómo lo llamemos ni cómo lo reverencemos. Si tú visualizas a Dios como el sol Ra, así será para ti. Si un judío lo ve como un patriarca severo y austero, así será. Si un musulmán lo siente como un gran guerrero, así será. Cada uno lo siente con la proyección mental que le es afín, sin perjuicio de su identidad única y divina.

—Entonces —meditó el joven— aquí cada uno tiene el Dios que quiere...

—No exactamente, cada uno lo ve, como siente. La única religión es la del amor al prójimo y al Creador. La mejor religión es un buen corazón.

Nefer abrazó a su ángel guardián. Resplandecía de felicidad.

El saber es la alegría de los corazones sanos y la felicidad del alma iluminada.

La pantalla del computador se oscurece y la joven y alegre gitana vuelve a aparecer.

—Este fue un regalo de los Espíritus Superiores de esta vida. Ahora pueden sentirse seguros del avance de Nefer en la Espiritualidad. Continúen luchando para crecer emocional y espiritualmente, abran los corazones endurecidos y cólmenlos de amor. Ese es el mensaje.

La comunicación se cortó definitivamente. Había terminado la posibilidad de entrar en el otro mundo, escuchar y observar su existencia. La magia de la vida había actuado una vez más.

Todos se abrazaron emocionados, intentando grabar todos los detalles de la experiencia vital recibida. Llevarían algún tiempo hasta poder asimilarla. El mundo nuevo que habían vivenciado estaba cambiando la óptica del mundo, de la vida cotidiana, de los sentimientos, responsabilidades y derechos de cada uno.

Los ángeles modernos usaban los métodos informáticos para llevar su mensaje de amor, igual que en los tiempos primitivos.

Los dos mundos, coexistentes e interactuados, marcaban su presencia en las almas abiertas a la conexión espiritual.

Osiris sonreía, desde la barca cargada de almas, camino a la Eternidad.

VI

El otoño cedió paso al invierno. Los árboles pelados se cobijaban en la esperanza del futuro soleado. El viento limpió la angustia y se llevó lejos las energías primarias. Ra brillaba desde la primavera cercana.

Los meses pasados trajeron paz, armonía y amor a los espíritus angustiados del ayer.

La vida nueva crecía pujante, esperando encontrar el último perdón.

Los caminos kármicos son sorprendentes, ellos no tienen tiempo ni espacio. Su único objetivo es llevarnos por la senda del autoconocimiento, del desapego, del amor y del perdón. Nos van uniendo, separando, reencontrándonos, buscando como pichones desplumados, el nido cálido de la armonía y orden.

La mente superior, ese Dios interno nuestro, va tapando, al crecer, a la mente inferior e ignorante para desarrollar la divinidad en el hombre.

En el departamento de Tamara, Andrés y su mujer intentan la vida nueva.

Buenos Aires, Seguí y Salguero. Palermo. Recuerdos del antaño elegante, aristocracia y sombreros, flores en los ojales, caballeros de taco y bastón, damas de vestidos largos, rosas en los balcones y sabor a champagne. Muchachos con jeans ajustados, rock en las radios, músicas psicodélicas en las calles, pintura y Picasso.

Cortinas vaporosas cubren las ventanas, plantas exóticas se en-

redan por las paredes, detalles de confort y buen gusto, por doquier. Una gata siamesa se acomoda en el sofá mullido, recordando a la otra de Tebas.

El cambio es notable. La vida late en cada pedacito de ser. Los dos jóvenes no se cansan de planear el futuro, de vivir el amor de pareja y de proyectar el sentimiento solidario, que acabaron de aprender.

Su conversación animada es interrumpida por el timbre del teléfono.

—Señora —dice una voz impersonal—, es del laboratorio para comunicarle que su examen dio positivo. La felicito, será mamá en pocos meses.

Los jóvenes se abrazaron con ternura, emocionados ante la noticia reveladora. La vida continuaba abriendo abanicos de esperanza. La luz brillaba desde el fondo del alma de cada uno. El tercero, complemento de la dualidad, aparecía para equilibrar las columnas de la Kabhala, llevando el mensaje de la perpetuidad divina.

La gata saltó del sofá y se escondió bajo la mesa. Perdería su reino con la llegada del intruso. Lo sabía. Tenía intuición.

Las campanas de la iglesia sonaron llamando a la oración, igual que en Egipto. En algún lugar los hombres se inclinaban ante el Creador. En otro, un abrazo actuaba el perdón. En el cielo apareció la barca de las almas surcando el río sagrado. Osiris la preside, con su corona blanca y los brazos cruzados sobre el pecho, portando el látigo y el gancho, emblemas sagrados de la magia divina, Anubis, con cabeza de chacal, lleva el timón.

Otros dioses lo acompañan para cuidar el pasaje de las almas, de un plano a otro. De repente se observa que falta un Espíritu de la tripulación. Hay uno menos, uno que ya cruzó el plano, retornando.

Capela sonreía desde el firmamento, enviando rayos amorosos en su eterno deseo de elevar las conciencias. Thot jugaba con las cartas de] Tarot, mostrando un camino al interior del ser. Isis bendecía a sus hijos, desde el trono de Tebas.

... y la vida empezaba otra rueda kármica, juntando corazones perdidos.

Índice

Parte I

Descubriendo Egipto, Reconociendo el Pasado 7

Parte II

Regresando a Buenos Aires, Hundiéndose en el Ser 75

Parte III

Río de Janeiro, Buscando el Grial 127

Parte IV

Encontrando al Dios Interior 167